ALFREDO DE BRAGANZA

24 HORAS PARA MORIR EN LA INDIA

UN THRILLER DE DAVID RIBAS



24 HORAS PARA MORIR EN LA INDIA



ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *24 horas para morir en la India*
Copyright © 2025 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/
Web del autor en
Amazon España

Redes sociales del autor:

Para Sheeva.
A Dino y Ariam.
A Cristina Suárez, lectora incansable y amiga —que es lo más importante.

CITAS

No se puede amar lo que no se conoce, ni defender lo que no se ama.
Leonardo da Vinci

Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.
Apocalipsis, 3:15—16

La muerte es la solución a todos los problemas. Sin hombre, no hay problema.
Joseph Stalin

PREFACIO

Como en todo el país, las estaciones de tren en la India son enormes y hay una gran afluencia de gente.

Pero aquel día la multitud de personas en Nashik Road Railway Station tenía otro motivo para estar a la espera, soportando el calor y el ruido, en una de las estaciones de tren más antiguas y concurridas de toda la India: la visita del político y jefe de la oposición Kanshi Jaishankar.

Miembros de la fuerza especial de policía Central Industrial Security Force (CISF), vestidos con uniforme de camuflaje y armados con fusiles, estaban debidamente situados por toda la estación de tren.

Fuera del perímetro y detrás de los muros se divisaban acacias y palmeras y había mucha gente pendiente de la llegada del conocido político.

David Ribas, de pie sobre una caja junto a una columna de un andén, rodeado de viajeros y curiosos, levantó la mirada y observó al jefe de seguridad indio encargado de la protección del político. El hombre vestía con traje y corbata y no dejaba de dar órdenes a sus subalternos y estos a la policía local. Sus más de cien kilos le daban una apariencia más inequívocamente grosera y basta que refinada.

Tenía una larga barba cuidada y un turbante sij de color lila alrededor de la cabeza.

Cada dos por tres se oía a un vendedor de té gritar con su tetera en la mano y su bolsa llena de pequeños vasos de plástico sobre los hombros: «*Chai*, *chai*, *chai*». También anunciaban sus productos a voz en grito los vendedores de *samosas* (empanadilla triangular de patata y verduras) y los de agua mineral embotellada y refrescos.

La única nota discordante que el español veía a su alrededor era la cantidad de gente que habían permitido que entrara en las inmediaciones y se agolpara en los andenes y en la plataforma que hacía de puente de unión de un lado a otro de las vías de ferrocarril.

David reprimió un suspiro viendo todo aquello desde la posición privilegiada en la que se encontraba. Podía concebir la posibilidad de que algo saliera mal.

Los preparativos para la llegada del tren que transportaba a la comitiva no habían sido planificados, no eran ni minuciosos ni prolijos. A todo esto, conforme pasaba el tiempo, el calor iba siendo más opresivo.

El hecho de que el político quisiera darse un baño de publicidad al verse rodeado de gente local, y así salir en los medios de comunicación como un líder cercano al pueblo, ponía en juego la seguridad. Y la India ya tenía un historial entre sus líderes políticos de trágicos magnicidios.

Todas las personas en la zona, salvo la policía militar y demás miembros de seguridad, se suponía que habían pasado por los detectores de metales similares a los que existen en los aeropuertos. Sin embargo, los encargados dejaban pasar a las personas, una a una, sin registrarlas, aun sonando de los arcos metálicos el inconfundible pitido electrónico.

De repente, a lo lejos, el tren con la comitiva hizo su aparición.

La gente recibió al líder político gritando eslóganes, ondeando banderas y pancartas.

Los vagones avanzaron muy lentamente por el andén. El jefe de seguridad sij se mesó la barba con vehemencia, mientras asentía a un ayudante, muy sonriente por el final de aquel estrés, pensando

quizá que todo estaba saliendo bien y pronto descansaría dentro de un vehículo oficial con aire acondicionado a máxima potencia.

El convoy, engalanado con banderas de la India y flores, paró. Los vítores aumentaron aún más de volumen.

Antes de descender al andén, desde lo alto del escalón de la puerta, el líder político Kanshi Jaishankar, vestido con un kurta blanco, reflejo del mérito gandhiano, alzó el brazo al aire saludando a la masa de gente.

Desde su altura agachó la cabeza para que alguien le pusiera un collar de frescas flores naranjas y amarillas de caléndulas, símbolo de alegría, prosperidad y tradición.

Justo en aquel momento el suelo vibró.

La onda expansiva lanzó a las personas que David tenía delante hacia atrás, tirándolas al suelo.

Inmediatamente él consiguió refugio detrás de la columna y miró hacia arriba: sobre la superficie del andén que se había abierto como un volcán, una enorme nube flotaba en el aire con diversos objetos.

Entonces comenzó a llover todo tipo de cosas y cuerpos humanos destrozados.

David dio un respingo hacia atrás cuando algo ovalado le golpeó en el pecho. Lo agarró por instinto como si de una pelota de fútbol se tratara: era la cabeza del político indio Kanshi Jaishankar.

Miró el rostro hinchado del político indio que sujetaba con las manos; tan solo hacía un momento mostraba una sonrisa con la grotesca ofrenda floral colgando de su cuello: ahora solo quedaban extremidades cercenadas.

Dejó caer la cabeza mutilada al suelo y se quedó por un instante contemplándola con incredulidad a sus pies.

De repente, ráfagas de fuego automático en rápida sucesión rasgaron el aire.

Se oyeron gritos, sollozos y el continuo ruido de disparos: uno, dos…, seis…, diez.

Alguien se había propuesto realizar una matanza despiadada de gente vulnerable y, además, inocente.

PARTE UNO
UN PRODUCTOR DE CINE, UN SECUESTRO Y DOS INTENTOS DE ASESINATO

1

Era de noche en Bombay. El cielo era de una espesa negrura. Como a todas horas, las calles estaban saturadas de gente. En realidad de noche solía ser peor, porque los cientos de miles de desheredados tomaban las aceras como refugio para poder dormir.

Había pasado la temporada de las altas temperaturas, que era cuando la ciudad agonizaba. Entonces, el calor era un abrigo, e incluso después de ponerse el sol era como un horno abierto. Si te quedabas quieto sin hacer nada, el sudor brotaba de tu piel. Ahora, aunque el bochorno era el habitual durante el día, el clima era más fresco por la noche.

David Ribas tomó una de las salidas de la carretera y condujo la moto hacia las afueras. Mantuvo la velocidad de la Royal Enfield 500 al límite de lo legal, pero luego redujo la marcha. No sería agradable que la policía intentara pararle y tuviera que huir de ellos.

Por si fuera poco, su carnet de conducir llevaba mucho tiempo caducado. Tampoco utilizaba casco. En ocasiones, ante un control rutinario, había pagado unas cuantas rupias al policía que le había retenido ante un semáforo para que le dejara marchar.

Sin embargo, no le gustaba pagar esos sobornos y tener que estar huyendo de aquel modo. Por eso había decidido actualizar en breve su carnet de conducir y mantener un seguro en regla, aunque en todos los documentos el titular estuviera con nombre falso. Y aunque no solía usar casco por la incomodidad que conllevaba

debido al sudor, al menos lo portaría atado en la parte trasera de la moto.

Una vez fuera del centro urbano, se sintió como si estuviera en mitad de una película distópica, de ciencia ficción, ambientada en algún tipo de planeta industrial.

Parte de la carretera principal se elevaba con un puente muy largo en cuyo recodo había una destartalada ciudad de chabolas.

Aquel era un lugar donde los más ancianos se despertaban al alba resignados porque la muerte había pasado de largo una noche más.

Eran construcciones de cartón, de ladrillos, de madera, de chapa y otros materiales, tejados de lonas publicitarias envejecidas por el calor que habían robado o recogido en los basureros públicos, y de planchas de metal.

Con el discurrir del tiempo, los que llevaban más años viviendo en aquel lugar habían acumulado alrededor de sus chabolas plásticos sobre otros en un intento de taponar agujeros o alguna grieta e impedir que el calor y la humedad se colaran dentro. También impedía que entrara agua durante la pertinaz lluvia de la época del monzón.

Después de sortear basura apilada en las calles, restos de chapas oxidadas, grandes bidones vacíos y un sinfín de enormes tubos de PVC, empleados para la construcción, y de avanzar por varias manzanas de cobertizos y construcciones rodeadas de altas alambradas, David llegó a su destino. A ambos lados de la calle había unas edificaciones de ladrillos y apartamentos a medio construir.

Los constructores habían vallado la zona. Debido a que el mercado de viviendas había caído en picado durante los últimos meses, el desarrollo urbanístico se detuvo abruptamente, dejando abandonados los edificios.

Con el tiempo, un mar de sombrías chabolas había inundado el lugar.

La única iluminación en la calle provenía de una farola cuya luz era tenue, y de un enorme cartel con luces de neón que

parpadeaban cambiando de color rojo al verde y viceversa, anunciando una licorería próxima.

David aparcó y se bajó de la moto para abrir el portón sin cerrojo de una alambrada exterior de un edificio de apartamentos a medio construir situado al fondo de un enorme descampado.

No se había percatado de que, desde el interior de un coche aparcado en la oscuridad de la calle, dos hombres le vigilaban.

Inconscientemente, el cuerpo se le tensó al hombre que permanecía sentado frente al volante. Un instante de desconcierto había cruzado como una sombra su rostro: lo que antes era una imagen de aburrimiento y cansancio debido a la espera desde hacía cuatro horas, ahora presentaba un gesto hosco y severo.

—Es él, ¿verdad? —preguntó su compañero.

El primero, que llevaba el largo cabello recogido en una coleta, encendió una pequeña linterna y contempló sobre sus rodillas la foto sujeta con un clip en la hoja de una carpeta. Apagó la linterna y contempló a David Ribas caminar, un hombre fibroso, porque para un profesional como él los músculos grandes solo servían para ralentizar la rapidez cuando la precisión, la flexibilidad y la fluidez eran igual de importantes.

—Sí, Johnny Boy. Es él —respondió con una sonrisa.

Tras echarle un vistazo, le pasó la foto a su compañero, al que afablemente llamaba Johnny Boy.

Su compañero asintió y se encogió de hombros sin mirar la imagen; rompió en trozos la fina carpeta con su contenido, bajó la ventanilla y arrojó todo a la calle.

—Entonces, ¿a qué esperamos? No quiero pasarme toda la noche en este lugar.

—No seas impaciente. Si salimos a por él ahora, se puede dar a la fuga. Vamos a dejarle que suba. Entonces, lo pillaremos desprevenido.

David recorrió a pie la oscura y larga travesía hacia la entrada del edificio.

En el interior de alguna chabola, un bebé lloraba desconsoladamente hasta que acabó por callarse. Desde algún otro lugar de la noche resonaron fuertes ladridos de perros, que se

fueron disipando conforme los animales se alejaban, persiguiendo aquello que los había alterado.

En el exterior del edificio de apartamentos abandonados aún colgaban andamiajes. No había salida de incendios y las ventanas carecían de cristales.

Aparte de las escaleras de hormigón, había un montacargas que funcionaba a modo de ascensor y cuyo retumbar al ponerse en funcionamiento podría despertar a un muerto; hacía un ruido infernal.

La habitación que ocupaba David estaba situada en la cuarta planta. Era pequeña, pero limpia y ordenada. Las paredes y el suelo del apartamento estaban sin revestir. Al menos el cuarto de baño, de estilo occidental, estaba acabado. Las cañerías funcionaban gracias al enorme depósito de agua que había en el ático.

Era el único apartamento semiacabado de todo el edificio. Parecía ser el piso piloto que mostrar a futuros inquilinos, que tardarían en llegar tras haberse parado las obras por tiempo indefinido.

David utilizaba un hueco en la pared del salón a modo de alacena donde guardaba el agua mineral embotellada y varios botes de cristal con frutos secos.

En la calle opuesta, los dos asesinos profesionales observaban el edificio desde el interior del coche.

—Tenemos que tener en cuenta que el sitio es muy grande —comentó Johnny Boy—. Él lo conoce y nosotros no. ¿Cómo sabremos dónde está?

Su compañero emitió un gruñido.

—Calla. Habla más bajo.

Los dos se quedaron observando la edificación. Enseguida se encendió una luz en la planta cuarta. Una amplia sonrisa apareció en el rostro de ambos.

—Ahí está.

Cuando David entró en su apartamento, supo que algo iba mal. ¿Era el olor corporal de una persona? ¿Había algún objeto cambiado de lugar? ¿Qué era? En el interior de la habitación todo tenía la misma apariencia, pero algo había activado la alarma.

Se quedó de pie, quieto, intentando escuchar algún sonido. No hubo ninguno. Llamaron su atención trozos de barro en el suelo. Se agachó y los tocó con los dedos. Era barro desprendido del calzado de alguien.

Johnny Boy desde el asiento de copiloto, inclinado hacia delante y mirando hacia arriba a través del cristal parabrisas, preguntó:

—¿Y si hay más gente viviendo ahí dentro?

—Bueno, nos basta saber que el tipo ese es el único blanco en toda esta zona de chabolas —contestó el otro—. Cuando entré, no vi a nadie. Solo está habitable su apartamento. Además, ¿quién va a vivir en un sitio como este aún sin terminar? Algún vagabundo o gente sin hogar, pero lo dudo, por miedo a que la policía les pille dentro y los metan en el calabozo.

—¿Y a David Ribas no?

—Es de otra clase. Tiene contactos con el crimen organizado. Y sabe desenvolverse muy bien con la policía india. Por eso se mueve por el país como pez en el agua.

—Entonces, si no hay nadie más, ¿cuánto tiempo más tenemos que esperar?

Su compañero volvió el rostro pálido y sombrío en dirección a Johnny Boy, que le devolvió la mirada con sus ojos negros hundidos en una mortecina cara. Le dedicó una amplia sonrisa antes de responder.

—Vamos a matarlo de una vez y reclamar el millón de dólares por cumplir el contrato —dijo con una voz totalmente carente de humanidad.

Los dos asesinos a sueldo salieron del coche.

2

Iban fuertemente armados con armas automáticas provistas de visores láser. No se cuestionaban el motivo de la operación. Para ellos, su objetivo era un hombre que había tenido conflictos con poderosos enemigos y estaba a punto de pagar por ello. Punto.

En realidad, eran bastante buenos en su trabajo, pero eso no bastaba cuando uno se enfrentaba a la excelencia.

Miraron a su alrededor y, al no encontrar ninguna amenaza, se dirigieron con paso decidido hacia el edificio.

No había nadie más que ellos en la calle, excepto un par de perros callejeros merodeando alrededor de una montaña de basura a un lado de la carretera.

Estaba oscuro. Si no fuera por la luz diáfana de las farolas, no conseguirían ver nada.

Atravesaron la verja.

Arriba, David Ribas se quedó de pie unos segundos más donde estaba, conteniendo el aliento.

No tenía ni idea de qué era lo que le había causado esa sensación de peligro. Nunca le fallaba su instinto, y prestar atención a este tipo de detalles le había salvado la vida en numerosas ocasiones. Más aún, teniendo en cuenta que habían puesto precio a su cabeza y desde hacía años sicarios y otros asesinos profesionales viajaban a la India para matarle.

Todas las noches se oían los mismos sonidos. Aunque algunos ruidos eran recurrentes. A aquella hora de la noche nadie se movía

por los alrededores, exceptuando a algún trabajador nocturno o algún borracho. Desde su posición, David oyó la verja exterior chirriar con su distintivo ruido.

¿Un perro callejero? ¿Alguna vaca en busca de algo que llevarse a la boca?

Puede que fuera una coincidencia, pero la gente del lugar estaba demasiado preocupada por morir, vivir o intentar conciliar el sueño como para aventurarse a dar un paseo a aquellas horas. No, David no creía en las coincidencias.

Sacó una pistola de debajo del colchón y, sin apartarse de las sombras, salió al pasillo.

Al llegar al vestíbulo, se agazapó de inmediato y quedó a la espera. Permaneció quieto durante unos segundos aguzando el oído, por si su alarma fuera infundada y hubiera sido un animal el que hubiera accedido al interior del edificio.

A pesar de la poca iluminación, sus ojos se habían adaptado hacía tiempo a la potente luz roja, azul y verde de neón proveniente del exterior que se filtraba por los agujeros del edificio, bañando todo el interior como si aquello fuera una discoteca sin gente y sin música.

David se levantó y caminó con sigilo hacia la oquedad abierta por donde ascendía el montacargas, oscuro como la boca de un lobo. De nuevo prestó atención.

El montacargas se puso en marcha. Pero él sabía que, fueran quienes fueran los intrusos, podía tratarse de una artimaña y estarían usando las escaleras para llegar hasta él.

El enorme montacargas llegó a la planta, pero nadie salió porque no había ninguna persona en su interior.

David decidió bajar a la zona principal deprisa y corriendo desde las escaleras laterales del edificio; los escalones estaban cubiertos de cemento, no había balaustrada ni pared, estaba todo inacabado y abierto al exterior: un paso en falso y podía caer al vacío.

Mientras descendía, los vio de lejos. Eran dos hombres grandes. Indudablemente eran sicarios extranjeros, no indios.

Uno de ellos era más alto que el otro y llevaba el largo cabello recogido en una coleta. Los dos iban armados con armas

automáticas provistas de visores láser: David supo que debía tener cuidado con cualquier detalle de su entorno bajo aquella oscuridad.

El de la coleta se giró hacia un lateral al escuchar un sonido de pasos sobre la superficie llena de polvo y gravilla. Le hizo un gesto a su compañero para que se separaran.

Eran profesionales y, por ello, preveían que, a pesar de sus esfuerzos denodados, podía suceder algo imprevisto: estaban alerta en todo momento para pasar a la acción de inmediato.

Intentaron no tropezar con los montones de escombros que había esparcidos por el suelo.

Se juntaron en el rellano de la escalera principal.

El de la coleta se quedó atrás, al oír otro ruido sospechoso. Movió la cabeza hacia todos los lados, apuntando en todas direcciones con su fusil. Indicó a Johnny Boy que se adelantara por las escaleras.

Y así hizo, sin parar de avanzar. Subió por la escalera de cemento, al igual que el láser que seguía sus movimientos de derecha a izquierda y de abajo a arriba.

Al llegar a la cuarta planta, Johnny Boy miró a su espalda para asegurarse de que no había nadie entre él y el muro cercano al montacargas y retrocedió muy cautelosamente mientras continuaba manteniendo el dedo en el gatillo de su arma.

Las luces de neón azules, rojas y verdes se proyectaban en el suelo, las paredes y el techo, dando a todo un aspecto psicodélico.

Creyó percibir un sonido a pocos metros de distancia. Quizá fuera David Ribas buscando refugio, pensó. Decidió caminar hasta el fondo del pasillo con su fusil por delante, casi hasta el andamiaje.

Al llegar al extremo del pasillo, se asomó al vacío. Escuchó un sonido a su espalda, se giró. Entonces, una sombra se abalanzó sobre él.

El golpe que recibió en pleno rostro fue tan brutal que por unos instantes perdió el conocimiento. Sin embargo, efectuó un disparo en su fusil antes de que se le cayera de las manos. La bala fue a dar en el montacargas, produciendo un sonoro ruido en todo el edificio.

Abajo, el de la coleta, un asesino profesional con más experiencia, permaneció quieto en los primeros escalones de la

planta principal durante un intervalo de tiempo que a él le pareció muy largo. Había escuchado un solo disparo, nada más.

¿Habría acabado Johnny Boy con el objetivo? Lo dudaba porque debía haber efectuado más disparos para rematarlo. No se oía nada. Todo estaba en silencio excepto por un incesante goteo de agua en algún lugar. ¿Y si David Ribas le estuviera esperando ahí arriba?

Se aventuró a subir por la escalera.

Llegó a la cuarta planta. Aguzó el oído. No percibió nada, excepto el crujido ocasional de plástico en algunos ventanales.

—Eh, Johnny Boy —murmuró apuntando con el láser de su fusil por todas partes.

Vio una sombra deslizarse al fondo del pasillo.

Había más luz en aquella zona. Así pues, caminó hasta allí.

Era un enorme espacio abierto, sin puertas. No había ventanas tampoco. Parecía una enorme sala de reuniones sin mesas ni sillas.

Las destellantes luces de neón alumbraban el lugar dándole un aspecto aún más siniestro.

Se fijó en la lona de plástico que cubría toda una pared lateral donde se reflejaban las luces rojas, verdes y azules de forma más pronunciada. Sin embargo, era difícil ver algo a través de ese grueso plástico.

Entonces, distinguió la sombra de un hombre.

Levantó el fusil con el puntero láser y lanzó una ráfaga de disparos, rápidos y atronadores. El objetivo se giró sobre sí mismo recibiendo las balas en su cuerpo, intentando mantenerse de pie.

Se oyó un quejido y el hombre cayó acribillado sobre el plástico, haciendo soltar las grapas que lo sujetaban. El sonido fue como si hubieran dejado caer al suelo desde una pronunciada altura una pesada bolsa de basura.

«Ya te tengo, David Ribas —pensó—. Por fin cobraré el dinero».

Él corrió hacia allí apuntando en todo momento al hombre que había abatido.

Cuando se acercó, vio con horror que había matado a su compañero, Johnny Boy. No había gritado porque estaba amordazado con una tela y atado de manos a la espalda con una gruesa cinta aislante.

—Mierda, mierda —susurró, apretando la mandíbula.

Levantó su arma, con el láser moviéndose nerviosamente de un lado a otro buscando a quién disparar. Tomó aire y se dirigió al otro extremo de la habitación.

Las pronunciadas luces de neón alumbraban su figura. Realizó dos disparos consecutivos contra la pared de enfrente, para asegurarse de que no hubiera nadie.

Al llegar, puso la espalda contra la pared y observó alrededor, manteniéndose en silencio e intentando detectar cualquier sonido que lo pusiera en alerta. No oía nada, excepto el crepitar de los plásticos de los huecos de las ventanas movidos por el viento.

Se apartó de la pared y dio un paso hacia adelante cuando, de repente, una sombra se abalanzó sobre él sin que pudiera evitarlo, le quitó el arma de las manos al tiempo que recibía un rápido y doloroso golpe en las piernas, caía al suelo de rodillas y, sin tiempo para poder defenderse, se encontró tumbado en el suelo y con una suela de zapato apretándole el cuello y presionándole el rostro contra la superficie de hormigón.

Sus ojos se abrieron temblorosos y miró hacia arriba.

—Eres hombre muerto —llegó a susurrar a duras penas.

David le colocó el cañón del fusil en la cara.

—Curioso que seas tú quien me lo diga. ¿Quién os ha enviado?

—Vete al infierno.

David apretó aún más el cañón contra el rostro del hombre.

—No me gusta repetir las preguntas.

Él trató de mover la cabeza, pero la presión tanto del zapato como del fusil lo hizo imposible.

—Nos contrataron —gruñó al fin.

David trasladó el cañón a la sien de aquel asesino profesional y apretó con fuerza.

—¿Sois mercenarios?

Él meneó la cabeza.

—Sí.

—¿Quién os contrató?

—Paladin.

—¿Paladin? ¿Quién es?

Él rio.

—Es una empresa.

David le quitó el zapato de encima.

—Levántate.

El hombre hizo acopio de fuerzas y siguió las instrucciones ayudándose de rodillas y manos. Sus ojos estaban trémulos de rabia.

—Tu nombre es David Ribas. Lo sé.

—¿Y?

—La muerte te busca. Hay una enorme cantidad de dinero puesta por tu cabeza. Vendrá más gente a por ti.

—No me cabe duda. Soy muy querido. Desde hace unos años esto es un no parar. El día que nadie venga a por mí, me sentiré decepcionado. Háblame de Paladin.

El hombre sacó un cuchillo del tobillo de su pierna izquierda. El movimiento fue tan rápido e imprevisto que rozó el rostro de David al esquivar el ataque y disparó al mismo tiempo, una y otras dos veces.

El hombre de la coleta salió proyectado por el fuerte impacto hacia atrás. Intentó agarrarse a una lona de plástico, pero perdió el equilibrio y acabó despeñándose al vacío.

David se acercó al borde y vio abajo la figura del hombre estampada. Alzó la mirada. Miró los vehículos aparcados a lo lejos en la calle. Dio unos pasos hacia atrás, evitando las potentes luces de neón. Detrás de un coche le había parecido ver agazapadas varias figuras oscuras. Observó por el objetivo del fusil. Enseguida se dio cuenta de que eran dos vacas que caminaban muy despacio en busca de algo masticable que llevarse a la boca.

Bajó y registró los bolsillos del hombre. No llevaba consigo ni móvil ni identificación alguna. Sacó un fajo de billetes en rupias y se lo guardó en el bolsillo.

Luego subió y registró los bolsillos del otro. Tampoco llevaba encima nada que lo identificara.

Miró a lo lejos por la ventana. La luz del amanecer se filtraba entre los esqueletos de los edificios abandonados de la zona a medio construir.

Tenía que darse prisa por marcharse de allí. Le habían localizado. Más gente iría a por él.

Fue al apartamento que utilizaba como dormitorio. Juntó mantas, toallas y las pocas pertenencias que tenía en el suelo y vertió por encima de todo el combustible de un bidón de cuarenta litros de gasolina, además de en el baño, ya que existía el riesgo de haber dejado huellas o restos de ADN que podrían rastrear hasta dar con su verdadera identidad.

Encendió una cerilla y la tiró.

El calor y las llamas eran intensos. Sin embargo, era muy poco probable que el edificio entero ardiera. Demasiado ladrillo, cemento y hormigón.

David bajó por las escaleras y salió por una vieja puerta de acero situada en la parte trasera del terreno abandonado.

Antes de aventurarse a salir a la calle, vigiló los alrededores y, entonces, se fue hacia su moto. Se alejó rápidamente del lugar.

3

El calor y la humedad eran agobiantes. Aun así, eso no impedía a David Ribas el trabajo de reconstrucción que realizaba para el albergue dirigido por el padre Gabriel, de origen francés, a las afueras de Bombay.

El sacerdote era un hombre de pelo corto canoso a los lados y calvo en el resto de la cabeza. Tenía la mirada amable y nadie recordaba haberlo visto perder la paciencia o el control de sí mismo ante situaciones extremas y adversas. Siempre tenía una sonrisa para los demás.

Llevaba en Bombay cinco años sirviendo a la gente más necesitada, peleando a diario allá donde fuera necesario y luchando no solo contra las injusticias, sino por hacer la vida de los demás más feliz.

David se encontraba pintando las paredes exteriores junto con otros trabajadores contratados que hacían también la labor de carpintería.

Ahora que andaba en los cincuenta, el exoperativo español notaba un poco más las agujetas, los calambres y los dolores que cuando tenía quince o veinte años menos, aunque había aprendido a neutralizar en gran medida el dolor físico: la experiencia y la sabiduría compensaban con creces esas molestias. Con los años, pese a ser un tópico, había descubierto que la mente siempre se imponía sobre la materia.

A pocos metros, un grupo de niños alborotaba con una pelota de fútbol hecha jirones. Observó la escena como si fuera una representación teatral de un recuerdo lejano vivido en su niñez en España y que creía haber olvidado. Aquella sensación lo llenó por completo. Trató de recordar de qué se trataba, quizá siendo pequeño, jugando al fútbol con su hermano y los amigos. Pero como tantas otras escenas del pasado, se estaba difuminando de su memoria.

Todo alrededor parecía una escena salida del *atrezzo* de una película de Bollywood: niños corriendo de un lado a otro, sijs con sus turbantes de colores y personas de otras religiones distintas —hindúes, cristianos, musulmanes—; metros de tela colgados en las cuerdas azotados por el viento, vendedores de globos, de fruta, de verdura, perros yendo aquí y allá, vacas e incluso cabras atadas con cuerdas a palos clavados en el suelo… Aquel era un enorme lodazal sembrado de chabolas y de gente, de mucha gente.

En el albergue vivían unos cincuenta niños que habían sido rescatados por ONG y particulares. Jóvenes abandonados desde una pronta edad o que se habían escapado de sus familias, repudiados, huidos.

Los había con discapacidades y muchas niñas, que habían sido rescatadas por el propio padre Gabriel. Las había encontrado retirando heces de fosas sépticas con cuencos que transportaban a un cubo para luego llevarlo sobre la cabeza a otro lugar.

Estas jóvenes eran intocables entre los intocables. Sus familias se encontraban en una escala social tan baja que casi no existían. Incluso el desprenderse de las niñas fue considerado un alivio para sus padres.

Para rescatar a algunas de ellas y que no cayeran en la prostitución, el tráfico infantil y el de órganos, Gabriel tuvo que pagarles a sus padres miles de rupias. Solicitó el dinero a un grupo de sacerdotes franceses y portugueses amigos suyos, que no tardaron en reunir miles de euros que transfirieron por Western Union desde Lille en diferentes envíos, dada la enorme cantidad, para agilizar el proceso y evitar trabas burocráticas.

Había incluso niños que habían permanecido bajo un régimen de esclavitud. Habían sido rescatados por las autoridades de fábricas de textiles, gracias a las persistentes denuncias de ONG honestas. Allí habían permanecido meses e incluso años hacinados en situaciones infrahumanas. Tras ser liberados, todos presentaron problemas respiratorios debido a la pelusa que flotaba en el aire y a la exposición al polvo durante tanto tiempo.

Por las mañanas, los niños iban con cubos frente a una serie de grifos, formaban una cola bajo un enorme toldo y, con una pastilla de jabón que debían compartir, se lavaban la cara y las axilas. Una mujer ayudante del padre Gabriel ponía orden e iba llamando a cada niño para su turno.

Luego, después de un té y *chapatis* con *ghee*, se ponían a estudiar las tablas de multiplicar, a leer, a escribir y a aprender el idioma inglés. Por la tarde, los más mayores realizaban tareas de mantenimiento en el albergue.

En un lugar de la India como aquel, donde para mucha gente cada día era una lucha por la supervivencia, no había lugar para el mañana. Por ello, comportamientos como el del padre Gabriel tenían un significado que traspasaba el entendimiento de muchos indios.

El padre Gabriel se acercó a David y le tendió una taza de té masala. Sonrió viendo las paredes pintadas.

—Qué buen trabajo, David —le felicitó.

Él dejó la brocha dentro de un cubo y bebió con placer el brebaje que tanto le gustaba.

Los gritos de los niños, los bocinazos de los vehículos, las mezquitas desde las que se llamaba a la oración, los cantos en sánscrito de los devotos hindúes de un vecino templo al Dios Krisna, todo ello, junto con los pitidos y gritos que se intercambiaban los conductores, parecía obedecer a un lenguaje común.

A pocos metros de distancia, tras una agitada discusión, dos hombres se pelearon a puñetazos. David los reconoció. Uno de ellos hacía trabajos de fontanería para el albergue; el otro, de albañilería. Se recriminaban por dinero. Uno acusaba al otro de ganar más por menos horas de trabajo.

El padre Gabriel corrió a separarlos. Uno le empujó para que no interfiriera. Y enseguida un grupo de gente corrió en auxilio del sacerdote e increpó a los hombres, que desistieron en su pelea y se marcharon cada uno por un lado.

El padre Gabriel sorteó un charco de agua multicolor debido a la colada que hacían unas mujeres en el suelo y volvió junto a David.

—Un espectáculo desagradable, padre —dijo él—. Siento que no lo haya podido prevenir. Hacía días que discutían entre sí.

—Los demonios viven en nuestro interior, David. Y siempre están a la espera de estos momentos para intervenir. Lo que les hace peligrosos es que conocen muy bien la naturaleza humana y su respuesta ante la codicia, la necesidad, la hambruna, el caos… No les recrimino la actitud que han tenido, aunque no la apruebo, porque hay que saber entender a la gente.

David no estaba totalmente de acuerdo con aquellas palabras. Lo miró con incredulidad y negó con la cabeza.

—No siempre son agradecidos por el trabajo que les da usted, padre.

Él se sacudía el pantalón de suciedad.

—No espero ni pretendo que me lo agradezcan. Soy consciente de que muchos no tienen corazón, y si supieran que soy una persona muy rica, ya habría quien me apuñalaría por la espalda para robarme todo lo que tuviera. Es cuestión de supervivencia.

—Entonces, ¿cómo puede usted aguantar aquí día tras día?

La pregunta lo pilló desprevenido. Intentó encontrar las palabras adecuadas.

—La vida en la India es muy difícil —dijo el padre Gabriel, y señaló hacia el edificio del albergue—. Pero podemos admitir que somos unos privilegiados por tener un techo y porque no nos falta comida. —Dio un resoplido y se concentró de nuevo. Luego puso la mano sobre el hombro de David—. Cuando se consigue materializar algo positivo que cambia la vida de la gente necesitada, es una gran victoria, y te aseguro que este es un trabajo adictivo.

Un niño tiró de la camisa de David y le pidió ayuda para volar su cometa al cielo. Él le devolvió la taza vacía al padre Gabriel y se fue con el niño y la cometa.

El sacerdote los vio marchar con una sonrisa. En ese instante recibió una llamada a su móvil. Al ver el número se fue a un lugar apartado para atenderla.

Tras la conversación telefónica, se acercó a David, que en aquel momento observaba cómo el niño movía con destreza los hilos que hacían volar la cometa, tal y como él le había enseñado.

—David, me ha llamado Hassena *madame* —le informó—. Me ha dicho que dentro de cuarenta minutos estés listo esperándola en el punto de encuentro.

El calor flotaba sobre el asfalto, pero una brisa proveniente del mar hacía el clima más liviano. David llegó frente a la parada de autobús y se quedó allí esperando.

Aún debía esperar unos quince minutos. Se fue a un puesto de té callejero y pidió un té masala fuertemente especiado.

Un cuarto de hora en la vida de una persona en Occidente se considera mucho tiempo. Pero David estaba acostumbrado a esperar y le gustaba llegar siempre a las reuniones con antelación. Se puso a pensar qué le iría a decir la jefa del crimen organizado tras el incidente en su apartamento. Estaba convencido de que ella ya tendría noticias.

Al cabo de unos minutos, un coche Ambassador de color blanco con las lunas tintadas de negro paró a su altura y él se subió al asiento de pasajeros.

Hassena, la temida jefa del crimen organizado de Bombay, le recibió con una cálida sonrisa.

4

En un pasado lejano, Hassena había salvado a David Ribas durante el ataque terrorista al hotel Taj Mahal Palace de Bombay donde se hospedaba con su mujer. A ella la asesinaron y a él le dieron por muerto.

Desde entonces el español vivía bajo su protección, y trabajaba para ella como persona de confianza y como sicario.

Aquél trágico suceso fue muchos años atrás. Ahora, no aparentaba los más de cincuenta años de edad que tenía; se mantenía ágil, delgado y fibroso.

A esa hora, Bombay mostraba un aspecto indolente. Las carreteras estaban atestadas de todo tipo de vehículos y muchos peatones.

El conductor conducía con diligencia y sin prisa rodeando la manzana, mientras durase la reunión de su jefa con David.

—¿Has oído hablar de Paladin? —le preguntó él.

—No —contestó Hassena—. Suena a marca de galletas.

David le contó lo sucedido la noche anterior.

Ella exhaló un largo suspiro después de escuchar la narración de los hechos y dijo:

—Te avisé. Solo si vives cerca de mí podrás dormir tranquilo. Yéndote a las afueras de la ciudad y negándote a tener protección, facilitarás tu asesinato. Cada año que pasa, tu vida corre más peligro. Llegará el momento en que tus enemigos sobornen al vendedor de té callejero y este te ofrezca la bebida contaminada con

polonio, como le sucedió al espía ruso Aleksandr Litvinenko en Londres.

David asintió, carraspeó antes de hablar.

—Temporalmente me mudaré a un ático cerca tu edificio.

—Ya lo sé —repuso ella—. Me han informado de que estuviste allí esta mañana temprano.

—Ahora, Hassena, dime ¿a qué se debe esta reunión tan inesperada?

Ella le contó que se marchaba de viaje de negocios durante tres semanas a Moscú y luego en Kazajistán, donde tenía una reunión programada con líderes del crimen organizado internacional en la ciudad de Almaty.

Le informó de que había recibido una llamada del productor de cine R. K. Subramanian, pidiéndole ayuda por la desaparición de su hija.

—Ella se llama Sharmila. Quiero que la encuentres. Su padre es un conocido mío. Me ha pedido ayuda, y no puedo negársela. Me temo que la han secuestrado.

—¿Han pedido al padre alguna cantidad por el rescate?

—No me lo ha dicho. Reúnete con él.

—¿Ha acudido a la policía?

—Me ha comentado que ellos no han averiguado nada. Ni quién es sospechoso, ni dónde se la vio por última vez y menos aún quién lo hizo. Ellos saben más o menos cuándo y cómo sucedió, eso es todo.

—Bien. ¿Algo más?

—Sí. Quiero que después viajes a Nashik. Te espera un tal Ganesh. Te recogerá en su autorickshaw y te servirá como ayudante. Hay algo muy extraño allí con los recientes asesinatos de jóvenes —su voz era seca, afilada como una cuchilla. David detectó una inmensa seguridad en ella de que algo muy serio se escondía tras esas muertes—. Averigua qué está sucediendo.

Terminaba de hablar cuando le sonó el móvil. Lo sacó, se puso las gafas de leer, miró la pantalla e hizo una mueca. Lo apagó. Luego hizo un gesto con la mano hacia su chófer, que entendió enseguida la orden: aparcó junto a la acera.

—Debo marcharme inmediatamente al aeropuerto —añadió con sequedad.

David abrió la puerta y se bajó del coche.

—Te deseo un buen viaje.

—Y tú cuídate, ¿me oyes?

David sonrió desde la acera. Se agachó a la altura de la ventana. Le guiñó un ojo.

—¿No lo hago siempre?

Ella sonrió y apuntó:

—Pues más te vale.

5

A David se le estaban juntando los días con las noches y el cansancio le empezaba a pasar factura. Necesitaba dormir aunque solo fuera unas horas.

Así pues, cuando terminó de reunirse con Hassena y volvió a su nuevo apartamento, decidió echarse un rato en la cama, bajo las aspas del ventilador de techo.

Tres horas después, duchado y cambiado de ropa; con pantalón vaquero y camiseta de manga corta, conducía concentrado su Royal Enfield Bullet 500, sobre una superficie irregular de la carretera. Se abismó en la coreografía de frenar, acelerar y mover el manillar mientras esquivaba el tráfico, moviéndose con habilidad a través de los vehículos.

Minutos después se adentró en lujosas mansiones de arquitectura moderna mezcladas con otras antiguas de estilo victoriano, pequeñas boutiques de ropa y de alimentación gourmet.

Era una zona exclusiva del sur de Bombay cercana al mar. El aire era fresco. La mayoría de las edificaciones en aquel lugar eran de clase alta.

Los alquileres y el suelo urbanístico estaban por las nubes, con precios solo comparables con los de las mayores metrópolis de Occidente. Aquel era otro mundo, el de los indios superricos.

Paró la moto en un lateral de una enorme puerta de hierro. Se bajó y accionó el botón del portero automático de la vivienda del conocido productor de películas, R. K. Subramanian.

David Ribas anunció su nombre por el telefonillo y alguien le dijo que esperara. Una cámara de vigilancia sobre un pilar le enfocó, observándolo con detalle. Él hizo como que no prestaba atención.

Una pequeña puerta anexa al portalón de entrada se abrió y un hombre vestido con uniforme de chófer privado salió a recibirle.

—Pase. El señor Subramanian le espera. —El empleado señaló la moto en la que había llegado David—. Puede dejarla ahí donde está.

Le hizo sentar en el asiento trasero de un carrito de golf y lo condujo hacia la casa, bordeando un enorme jardín y un bonito estanque; a su alrededor, dispuestas con mucho gusto, macetas con plantas de flores exóticas y flotando en el agua había nenúfares con las flores abiertas. Se apreciaba un delicado aroma en el aire. Una serie de estatuas que imitaban grandes obras clásicas, como el *Discóbolo*, la *Venus de Milo* o la *Piedad*, entre otras, confirmaba el gusto y la estética cutre y excéntrica de los ricos indios. Aunque la decoración desentonara en el entorno, a ellos les hacía sentir más cerca intelectualmente de la cultura occidental. Continuaron el sinuoso camino hasta que el conductor detuvo el pequeño vehículo.

Dieron una vuelta andando por el otro lado de la vivienda y accedieron a la piscina por un cuidado césped a través de un camino de losas de piedra natural.

El productor estaba sentado en una silla bajo un enorme toldo, leyendo el periódico. Vestía un bañador azul y una camisa veraniega desabrochada, de diseños florales estampados.

Era un hombre grande, obeso y calvo. No tenía un solo pelo en su cuerpo, exceptuando sus finas cejas. A pesar de su edad, entre los sesenta y setenta años, su piel era fina y sin arrugas. Tenía una voz ronca, gracias al humo de los cigarrillos y al abuso del alcohol.

Decían que había caído en desgracia. Desde hacía una década no producía un *superhit* en taquilla, y su empresa productora se sostenía financiando documentales y series para plataformas de *streaming.* Su mujer le había abandonado y vivía en Londres a todo lujo con su amante de origen turco.

—Siéntese, por favor —dijo Subramanian, ofreciéndole la mano —. Disculpe que no me levante, pero me han operado hace poco de la rodilla izquierda.

David le chocó la mano.

—Sin problema.

—¿Un té?

—No, gracias.

—Entonces, tómese una limonada. —Hizo un gesto al empleado y ordenó con un leve movimiento de cabeza que significaba urgencia —: *Nimbu pani*.

A unos metros de distancia, un jardinero limpiaba la piscina de hojas caídas de los árboles. El gorjeo de los cuervos era intenso. Al parecer, el hombre acababa de recoger con su red un pájaro muerto.

—Mi nombre es David —dijo él sin más preámbulos.

—Sé quién es usted.

—Muy bien. Entonces, sabrá por qué he venido.

Subramanian hizo un gesto con la mano, indicando que esperara antes de seguir hablando. El empleado se aproximó con una bandeja, puso sobre la mesa una jarra de limonada con trozos cortados de limón en su interior y sirvió dos vasos antes de irse.

El productor indicó con la mano para que David tomara la bebida.

—Hassena le ha mandado aquí para que encuentre a mi hija, Sharmila —dijo él al fin.

—Entiendo que ha desaparecido.

—Secuestrada.

—¿Por qué no acude a un detective privado o a un departamento especializado de la policía?

—Porque no les incumbe. Esta es una reunión de negocios.

—¿Negocios?

—Todo secuestro se hace por un motivo. El dinero. Hay una transacción de capital y, por tanto, es un negocio.

—Entiendo.

David se giró y observó cómo el jardinero recogía de la piscina otro cuervo muerto y se llevaba el palo con la red rápidamente del lugar para evitar el ruido de los pájaros de alrededor.

—Este asunto debe permanecer puertas adentro —comentó el productor—. Dado que soy un personaje público bien conocido, la policía haría ostentación de su trabajo y convocaría ruedas de

prensa, dando publicidad al suceso, y yo no quiero. Por este motivo acudí a Hassena *madame*.

—Puede confiar en mi discreción.

—No lo dudo. Si usted no fuera competente, Hassena *madame* no le hubiera pedido que viniera a verme. —Hubo un breve silencio —. ¿Ha visto usted películas en hindi?

—No tengo mucho tiempo de ocio para ir al cine. Pero alguna escena por televisión… en alguna ocasión…, mientras estoy en una cafetería…

—El hermano de Hassena *madame* se llama Dawood. Vive en el extranjero. Desde allí financió hace dos décadas muchas producciones en Bollywood a través de empresas pantalla. Ahora creo que vive en España, en algún lugar del Mediterráneo, dedicado a otras cosas —alargó los brazos, como si quisiera abrazar su propiedad—. Yo le debo todo esto a él. Y desde el exilio de Dawood, le estoy muy agradecido a su hermana, que supo mantener sus negocios en Bombay, y con la que he realizado lucrativos proyectos.

(Nota del autor: para saber más acerca de Dawood, consulta la serie en Amazon)

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Encuentre a mi hija, tráigamela aquí y le daré un millón de rupias.

—El problema es que no soy un detective. Yo soy…

Subramanian se aclaró la garganta flemosa, interrumpiéndole.

—Sé lo que no es usted. Y puede matar a un hombre. Es usted el mejor asesino que haya tenido Hassena *madame* en toda su vida. Ella no me dijo mucho de usted, solo que es una persona de su máxima confianza. Averigüé algo a través de ciertos contactos.

—Que trabaje para ella no quiere decir que pueda hacerlo para otras personas.

—Quiero recuperar a mi hija y que ese canalla que se la llevó tenga una muerte muy lenta.

—Dígame, ¿sospecha de alguien? ¿Tiene enemigos que le hayan amenazado?

—Tenía un guardaespaldas, que era mi mano derecha. Además, hacía el trabajo de chófer. Trabajó muchos años conmigo.

El productor guardó silencio y miró hacia los arbustos cercanos a la piscina, más allá de la piscina.

—¿Trabajó? —preguntó David—. Quiere decir que lo despidió.

—¿Ve aquellos árboles cerca de la piscina?

David irguió la espalda y estiró el cuello

—Sí.

—Pues él está enterrado a los pies del segundo árbol de la derecha.

—¿Y cómo acabó allí? ¿Hubo un exceso de confianza?

Subramanian sonrió.

—Me traicionó. Mantenía un romance a mis espaldas con mi hija. Y me quiso chantajear.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—La semana pasada —respondió con tranquilidad—. Lo maté yo mismo.

David puso los ojos en su vaso de limonada. Le vinieron a la memoria las recientes palabras de Hassena sobre que sus enemigos tratarían de eliminarlo con una bebida contaminada de polonio. El productor se dio cuenta de ello y sonrió.

—No se preocupe. Beba con toda tranquilidad. No me atrevería a tocarle a usted un pelo. La respuesta de Hassena *madame* sería tal que mi imperio audiovisual desaparecería de la noche a la mañana. Y acabaría yo en la calle, rodeado de la más absoluta pobreza.

—¿Y lo enterró allí?

Subramanian asintió.

—Junto con el medio millón de dólares en metálico que me exigió para dejar a mi hija y la moderna Glock en su funda sobaquera que le compré, supuestamente para mi protección.

—El dinero en papel se puede pudrir estando expuesto a la humedad.

—Son billetes falsos. Solo un experto sabría identificarlos como tales.

—¿Y cree que el actual secuestro de su hija esté relacionado?

—Puede que sí. Era una persona conocida. Previamente había trabajado como guardaespaldas de una conocida estrella de Bollywood y quería abrir una agencia de seguridad aquí en Bombay.

—Ya, entonces me imagino que los inversores en aquel proyecto se habrán sentido estafados tras haber desaparecido.

—Ahí sí que le doy la razón. El caso de mi guardaespaldas ha sido una desaparición permanente. Puede que hubiera obtenido financiación o préstamos de inversores y ellos hubieran pensado que se habría ido con el dinero. Pero ¿por qué secuestrar a la hija de su empleador?

—Como venganza. Al no poder encontrarle, habrían decidido ir a por su hija y obtener un rescate que cubriese toda la cantidad que hubieran dado a su guardaespaldas.

—Sí. De nuevo le doy la razón.

Hubo un silencio entre ellos. Los dos observaban a lo lejos el lugar donde estaba enterrado el guardaespaldas.

—¿Se da usted cuenta de que esa no es la mejor manera de deshacerse de un cadáver?

—¿Qué quiere decir? Ordené al jardinero cavar cuatro metros.

David observó al jardinero en la otra punta de la piscina. Ahora podaba unos arbustos.

—Me imagino que está bien pagado.

Subramanian hizo un gesto desdeñoso con las manos.

—Lo conozco desde que era un niño. Le he pagado la boda de su hija, que ahora vive en Dubái. Él sería incapaz de hablar sobre ello.

—Entonces le aconsejo que le ordene sacar el cuerpo de allí cuanto antes y se deshaga de él en un crematorio privado. Con el dinero que usted tiene, puede ofrecer mucho a la gente involucrada para que no haga preguntas. Donde está ahora mismo, el cuerpo puede oler, las lluvias del Monzón pueden traspirar esa tierra, algún animal puede que acabe haciendo un agujero…, qué sé yo, las probabilidades son muchas.

El productor le observó con detenimiento. No tenía duda de que aquel hombre era la persona adecuada. Luego asintió.

—Lo haré.

David dio un último sorbo a la limonada y se levantó.

—Tendrá noticias mías.

—¿Se da usted cuenta de que la aceptación del trabajo acarrea una responsabilidad y asume el peligro que conlleva? Hay gente que

le ha visto entrar para reunirse conmigo. Quien esté detrás del secuestro de mi hija me tiene vigilado.

—Soy consciente de ello.

—Puede venir aquí a verme cuando le plazca. Y si tiene alguna información que quiera compartir conmigo, puede llamarme o venir personalmente. —Subramanian sonrió por primera vez—. Ha sido un placer conocerlo.

6

David paró la moto frente al semáforo en rojo. El pasajero de un coche se bajó y rápidamente le entregó un teléfono móvil. Sin decir nada, el hombre volvió al interior del vehículo.

El semáforo se puso en verde y se reanudó el tráfico.

El teléfono móvil sonó.

David paró la moto en el borde de la carretera y contestó.

—¿Sí?

—Sabemos que eres el hombre que ha contratado el señor Subramanian para encontrar a su hija.

David permaneció callado, a la escucha. No habían tardado mucho en contactarle.

—Así es. ¿Y qué tiene que ver contigo?

—Ahora mismo la tenemos en el edificio Galaxy, apartamento cuatro, izquierda. En el mercado Durga. Con tu moto no te llevará mucho tiempo llegar hasta aquí. Te damos veinte minutos para que vengas o, de lo contrario, la mataremos. —El hombre colgó.

Tras la llamada, David lanzó el aparato por el agujero de un desguace junto a la acera.

El corazón le latía con fuerza en el pecho conforme esquivaba el tráfico de la ciudad. El mero hecho de pensar en lo mal que la joven lo estuviera pasando en aquellos momentos le llenaba de ira: no tendría piedad de sus captores.

En circunstancias normales hubiera tardado en recorrer el trayecto más de veinte minutos, pero aquella situación no era en

absoluto normal. Llegó mucho antes del tiempo estipulado por aquel hombre.

En unos diez minutos se plantó frente a la puerta del apartamento, sorprendiendo con su abrupta llegada a los inquilinos.

Aporreó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó alguien desde adentro.

David dijo algo ininteligible.

—¿Quién es? —volvió a preguntar el hombre desde el otro lado de la puerta.

David repitió los mismos sonidos ininteligibles.

La puerta se abrió. David dio una fuerte patada, arrancando la cadena de su enganche.

El hombre que tenía enfrente era más grande que él, pero David lo dominó con facilidad: le hizo una llave cogiéndolo de un brazo, inmovilizándolo con rapidez y, agarrándole del pelo con la otra mano, le golpeó la cara contra la pared. Luego, sin soltarlo, lo arrastró al interior de la vivienda, usándolo como escudo protector en caso de que alguien se pusiera a disparar.

—¿Dónde está la chica?

El hombre cayó de rodillas, mareado por el golpe recibido.

—Se suponía que debías de llegar más tarde —contestó él, boqueando y escupiendo sangre.

—¿Se suponía?

Otro hombre salió por una puerta blandiendo una navaja.

David soltó al tipo que mantenía agarrado, dejándolo caer al suelo, y se dispuso a defenderse del ataque. Esquivó varias estocadas con la afilada hoja.

Mientras, el hombre con la nariz partida se arrastró hasta el pasillo y comenzó a gritar desde el suelo con la intención de alarmar a los vecinos:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Hay un loco! Llamen a la policía. ¡Me están matando!

David se echó a un lado y le propinó a su atacante una patada entre las piernas, lo que provocó que levitara unos instantes en el aire. David le agarró de un brazo, la navaja cayó al suelo, lo asió por detrás del pantalón, y lo lanzó con todas sus fuerzas por la ventana,

haciéndole caer ruidosamente sobre el capó de un coche aparcado junto a la acera.

Se acercó al hombre tendido en el suelo y le arreó un puñetazo.

—¿Dónde está?

El hombre boqueaba para recobrar el aliento. Le borboteaba la sangre de la nariz.

David le golpeó la nariz rota con el canto de la mano derecha, aplastándosela contra la cara. El hombre no dejaba de chillar y de llorar.

—¡Dime dónde está! —insistió.

—¡No puedo respirar!

David cogió la navaja del suelo y se la puso en el cuello.

—Dejarás de hacerlo ahora mismo si no hablas.

—Está en un almacén. En un antiguo estudio de Yash Production. En Goregaon.

Un hombre entró en la estancia. Iba armado. Al ver al intruso, hizo amago de sacar su pistola de la espalda, pero David, le clavó la navaja en un hombro, le dobló el brazo y le quitó el arma de la mano. El tipo se giró para golpearle con un puñetazo, pero recibió un impacto de bala en el pecho y otro en la cabeza.

El hombre que estaba tumbado intentó abalanzarse sobre él, pero David se echó a un lado y le disparó en la cabeza.

Los vecinos comenzaron a agolparse en la entrada del apartamento.

David tiró la pistola en el interior de un pequeño acuario con peces junto a la esquina de la habitación. Se asomó a la ventana y, sin pensárselo dos veces, saltó. Abajo había un carro con una montaña de cacahuetes, que amortiguó la caída.

David se levantó. El sorprendido vendedor se llevó las manos a la cabeza viendo toda su mercancía por los suelos. Antes de que comenzara a protestar a voz en grito, David sacó un fajo de billetes de uno de sus bolsillos y se los lanzó.

Era momento de irse.

7

Fue a una licorería y compró al vendedor seis botellas de vidrio vacías. El hombre le cobró como si estuvieran rellenas de cerveza, alegando que perdía las rupias del depósito por no devolver el vidrio al proveedor. Se llevó consigo una bolsa de tela gruesa de lona para poder transportarlas en la moto y las envolvió una a una con papel de periódico, viejo, manoseado, incluso con marcas de comida, evitando así que chocaran.

Luego entró en una gasolinera y rellenó las botellas de combustible. Le compró al hombre que le había atendido su camisa hecha jirones. El empleado se quedó contento al recibir mucho más dinero de lo que en verdad costaba la prenda.

Una a una fue taponando las botellas con trozos de la camisa y las fue colocando todas muy juntas dentro de la bolsa.

Se puso en camino.

Próxima parada, el viejo estudio abandonado de Yash Productions, en el suburbio de Goregaon, una zona ecléctica de Bombay, en la que coexistían edificaciones antiguas en distintos grados de deterioro o restauración.

Llegó a su destino.

Aparcó la moto y caminó hacia la propiedad con la bolsa de tela en una mano.

Un hombre se aproximó, abrió una navaja y dio rápidamente unos pasos en dirección a David con la intención de clavársela en el

corazón. Pero él se echó hacia un lado, esquivando la estocada, sacó la pistola de detrás de su espalda y le disparó en la cabeza.

David se guardó la pistola a la espalda, sacó una botella de la bolsa y un mechero del bolsillo. Prendió fuego en el trozo de tela que sobresalía.

Se aproximó al viejo edificio donde se habían rodado los interiores de películas antiguas de cine indio.

Otro hombre apareció por la puerta principal del edificio, alertado por el sonido del disparo. Llevaba un machete en una mano. David le arrojó con fuerza la botella contra su pecho, donde explotó, llenando su cuerpo de llamas. El calor hizo que David retrocediese.

El hombre corrió despavorido y gritando en su idioma nativo hacia el interior del edificio buscando ayuda, pero no la encontró y propagó el fuego. Comenzó a salir gente. David lanzó más botellas contra la puerta principal y por las ventanas, rompiendo los cristales.

Los materiales con los que se había construido el viejo estudio de cine, en parte a la presencia de paneles de poliuretano en la fachada y en las estructuras, altamente inflamables, propiciaron la rápida propagación del fuego.

Dos hombres salieron despavoridos empujando a la joven Sharmila, la hija del productor R. K. Subramanian.

Antes de que se perdieran entre la espesura del bosque que rodeaba la zona, David sacó la pistola y apuntó a los dos.

—Soltad a la chica.

Hicieron lo que se les ordenó.

—Sharmila, vete donde está la moto en la entrada y espérame ahí —añadió a la joven señalando hacia el camino.

Ella, con el rostro atemorizado, se limitó a asentir y salió corriendo en la dirección que le indicó.

—Subramanian nos informó de que vendrías.

David se quedó sorprendido por aquella revelación.

—¿Qué quieres decir?

—Él nos contrató —añadió el otro.

—¿Él os contrató para secuestrar a su propia hija?

—Sí. Y también para matarte cuando vinieras. Por eso llamamos a cuatro gánsteres locales, porque, según Subramanian, tienes fama

de ser un tipo muy duro. Ellos tenían orden de matarte en el apartamento de Galaxy.

El otro se dio prisa por hablar de nuevo.

—Pero no confiamos en él. Si te ofreció un millón de rupias por su hija y a nosotros lo mismo por matarte, ¿quién nos dice que luego él no cumpliría su trato?

—¿Por qué querría secuestrar a su propia hija? ¿Por qué querría matarme?

—Para chantajear a su mujer y que pague el rescate, no en rupias sino en libras esterlinas. Y a ti porque han puesto precio a tu cabeza. Se había propuesto cobrar la recompensa.

El otro dio un paso adelante, y añadió:

—Su mujer vive en Londres. Están separados, pero no divorciados. Ella tiene mucho dinero, quizá más que él.

David se dio cuenta de que uno de ellos guardaba algo en la espalda. El hombre hizo un súbito amago de sacar una pistola. Sin duda subestimaba a David, que, mucho más rápido, le metió una bala en la cabeza. El siguiente disparo fue para su compañero, que hizo un rápido intento de saltar sobre él.

Se reunió con la joven, que le esperaba junto a la moto. Estaba asustada. David le explicó que, debido a lo sucedido, lo más prudente era que viajara con su madre a Londres. Le propuso ir a casa de su padre a recoger la ropa que necesitara y su pasaporte, pero ella le contestó que sus pertenencias estaban en un pequeño estudio donde recientemente se había ido a vivir.

David la llevó a la dirección que le indicó. Ella llamó a su madre y le contó brevemente lo sucedido.

A través de internet ella le enviaría un billete de avión en primera clase para el próximo vuelo a Heathrow, que saldría en unas seis horas.

David le sugirió coger solo lo imprescindible dentro de una mochila de deporte.

—Mejor que no factures nada de equipaje y lleves una mochila en cabina. De ese modo tendrás más libertad de movimiento y saldrás más rápido del aeropuerto a tu llegada.

Condujeron hacia el aeropuerto.

Enseguida recibió ella la alerta en el móvil del recibo del correo con el billete electrónico.

Se despidieron frente a la terminal internacional de salidas.

—Ahí dentro es donde más segura estarás. Y mientras esperas, podrás comer algo y descansar en la sala VIP.

—No sé quién eres, pero te debo la vida.

—Te deseo un buen viaje. Cuídate.

David la vio entrar a la terminal. Luego se marchó de inmediato con la moto.

Ahora tocaba el siguiente paso importante: rendir cuentas con el productor R. K. Subramanian. ¿Con quién había estado en contacto? ¿Quién le habría dicho que un tal David Ribas tenía puesto precio a su cabeza? Le exigiría respuestas. Aceleró a fondo.

8

Era media noche cuando llegó a la casa del productor.

Nadie contestó al tocar el timbre. Después de estar esperando unos cinco minutos decidió escalar el muro y saltar al interior de la propiedad.

No vio a ningún empleado por los alrededores. Tampoco había luces en el interior. Aquello lo puso en alerta.

Fue andando hacia la parte de atrás, donde anteriormente se había reunido con R. K. Subramanian.

Algo no iba bien. Exceptuando el sonido de los pájaros nocturnos, había un silencio absoluto.

La puerta corredera de cristal de la terraza que daba acceso desde el jardín posterior a la vivienda estaba abierta.

David se precipitó dentro. Había una lámpara de mesa Tiffany encendida, llenando de penumbra y sombras la estancia.

Vio la abultada figura del productor tendido en el suelo. Se acercó al cuerpo. El charco de sangre era enorme. Tenía al menos cuatro agujeros de bala, tres en el pecho y uno en la cabeza, que le había volado la parte superior del cráneo.

A pocos metros de distancia estaban cuatro de sus empleados. Todos ellos también están muertos. David reconoció al chófer y al jardinero. Las otras dos personas eran mujeres, posiblemente encargadas de la limpieza o de la cocina.

Mientras consideraba quién había podido asesinar a aquellas personas, oyó un ligero ruido procedente de algún lugar del interior.

Eran pasos y procedían del pasillo. Alguien intentaba huir.

Al salir al pasillo, vislumbró una silueta. Apuntó la pistola en dirección aproximada de donde llegaba el sonido. Iba a abrir la boca para alertar a aquella persona para que no se moviera cuando algo le impactó en el costado.

David sintió una enorme y calurosa fuerza explotando contra su cuerpo. No pudo hacer nada. La pistola se le cayó de las manos y se giró instintivamente para ver a su atacante.

Un hombre sostenía algo negro y abultado en la mano izquierda. ¿Qué había sido aquello? ¿Había sido mortalmente herido?

Cayó al suelo e inmediatamente recibió un golpe en la cara.

Todo se volvió negro.

Al cabo de un rato, David regresó a la consciencia de una forma dolorosa y lenta, músculo a músculo.

Se encontraba dentro del maletero de un coche. El suelo estaba forrado de un grueso plástico arrugado. Él sabía muy bien para qué era: para no dejar manchas de sangre cuando le mataran, quizá descuartizando su cuerpo.

Ahora se daba cuenta de que había sido víctima de los efectos de haber sido disparado con una pistola Taser.

¿Quién le había disparado con la Taser de manera tan eficaz? ¿Quiénes eran? Que fueran locales como los secuestradores de la hija del productor con los que se había enfrentado estaba descartado. ¿Serían asesinos a sueldo enviados por el misterioso Paladin?

Se concentró en relajar sus agarrotados músculos, controlar su respiración y calmar el ritmo de su corazón. Ya en otra ocasión había sido víctima de aquella arma de electrochoque y conocía muy bien los terribles efectos.

Tenía náuseas y le ardía el pecho. Le habían dado por lo menos doscientos cincuenta voltios.

Pero aun habiendo calmado los músculos, apenas podía moverse: estaba atado con las manos a la espalda y por los tobillos.

De vez en cuando brillaba la luz roja del freno, iluminando el interior forrado de plástico.

Pasaron los minutos. Luego, otros cuantos más. Poco a poco se iba sintiendo mejor.

Advirtió que el vehículo donde se encontraba se dirigía con prisa hacia algún lugar en concreto: el conductor presionaba continuamente el claxon para advertir a los otros conductores que se apartaran de su camino. Tenían prisa por llegar.

Poco a poco el tráfico dejó de ser tan intenso y la circulación fue más discurrida sin tener que cambiar de marchas cada dos por tres.

El rozamiento del asfalto contra los neumáticos se producía sin sobresaltos, lo que quería decir que se dirigían por la carretera principal hacia las afueras de Bombay.

Tras varios minutos, el coche se detuvo.

Una puerta delantera se abrió y se oyeron pisadas.

Con la apertura del maletero, David sintió el aire fresco.

No pudo ver con claridad los rostros de sus secuestradores. Iba a abrir la boca. Pero la sensación liviana del aire exterior tardó muy poco.

Uno de ellos levantó la Taser y le disparó. El efecto fue parecido a que le pusieran un hierro candente sobre la piel. David se convulsionó y perdió la consciencia.

Se despertó en una habitación con el suelo cubierto de plástico. Había dos grandes martillos con mazos octogonales para demoler piedra y una sierra eléctrica capaz de trinchar el cuerpo de una vaca.

David se debatía sobre cómo salir de aquella terrorífica situación. «Piensa. Piensa. Piensa», se decía a sí mismo.

Un hombre entró, seguido por otro más. Ahora los veía a la cara. Eran de aspecto extranjero. Uno con el pelo rapado, como si fuera la piel de un melocotón, más mayor que el otro. Y el segundo, con el pelo rubio canoso, largo y fino hasta los hombros. Ambos eran delgados pero fuertes y de aspecto atlético.

—Si finges estar inconsciente, te meteré otro disparo con la Taser —dijo en inglés el del pelo rapado con fuerte acento francés, quien parecía dirigir las órdenes.

—Vamos a hacerte pedacitos —añadió el otro, hablando un inglés elegante y fluido, si bien algo gutural; sostenía en una mano un

trípode con un teléfono móvil ajustado en la parte superior. Iban a grabar su descuartizamiento.

—¿Para quién trabajáis?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió de forma contundente el del pelo rapado.

—¿Por qué en vez de matarme no cobráis el dinero del rescate? —preguntó jadeando.

—¿Rescate? —rio el más joven.

Pero el otro se mantuvo serio al escuchar aquello.

—¿Qué dinero?

—El medio millón de dólares que el productor indio que habéis matado tiene enterrado.

El joven de nuevo rompió a reír de una forma grave, desconcertante. Su compañero le echó una fulminante mirada; se notaba que estaba cansado de sus reacciones.

—¿Dónde?

—Justo en el jardín de su casa. Tendría que enseñaros el lugar exacto.

—¿Y por qué iba a enterrarlo?

—Lo enterró junto al cadáver del guardaespaldas que trabajó para él durante años y le traicionó. Los indios son supersticiosos. Enterró el dinero como modo de sellar para siempre aquel incidente. Pero quería usarlo para pagar a los secuestradores de su hija.

—¿Y qué tienes tú que ver en ello?

—A mí me contrató para encontrarla. Iba a darle noticias sobre los secuestradores cuando me encontrasteis en su casa.

—¿Qué noticias?

—Que se han marchado fuera de Bombay con su hija y esperan recibir el dinero del rescate en Pune, en un lugar en concreto que más tarde informarán —mintió David con absoluta naturalidad.

—Pues no lo recibirán.

El joven intervino, ahora con aspecto serio.

—No vamos a volver allí… —murmuró a su compañero sin disimular su creciente malestar—. Otros cuarenta minutos por esta maldita ciudad llena de tráfico… Acabemos esto de una vez.

Quedamos en que en menos de veinticuatro horas mandaríamos la grabación de su muerte.

El otro pareció no prestarle atención, levantó la pistola y apuntó a David.

—Mientes.

—Por enseñaros el lugar no perdéis nada. Si no está ahí el dinero, me matáis. ¿Tenéis una pala?

Los dos hombres se miraron, dudando qué hacer.

9

David se mecía en el maletero. El coche circulaba por un camino de gravilla. Era la carretera comarcal que anteriormente les había indicado para llegar más rápido a la casa del productor R. K. Subramanian, y evitar el tráfico de la ciudad. El dolor de sus músculos iba y venía.

Finalmente, el coche se detuvo justo en la entrada.

Era ya una hora muy avanzada de la madrugada.

No había nadie por los alrededores.

Las puertas del coche se abrieron.

Los hombres discutieron entre ellos.

—Es una locura —añadió el más joven.

—Si no está el dinero, lo grabamos con la cámara y lo matamos. ¿Qué perdemos? Nada. Él mismo nos lo dijo. Lo mataremos de todos modos, si está ahí el dinero o no.

—De acuerdo, entonces.

—Pues vamos allá. Que no se nos haga tarde, en unas horas comenzará a amanecer y en esta ciudad la gente madruga.

Abrieron el maletero.

David respiró agradecido el fresco aire de aquella zona cercana al mar.

—Fuera.

David salió a duras penas del coche. Los músculos los tenía entumecidos. Necesitaría más tiempo para recuperar su energía y hacer frente a aquellos hombres antes de que le mataran.

—¿Listo para enseñarnos el lugar?

—Necesito recuperar fuerzas en las piernas —dijo él, conservando la verticalidad al modo de un niño pequeño dando sus primeros pasos.

Lenta y dolorosamente, David se puso de pie.

—Vamos —le instó el del pelo rapado.

El otro le empujó hacia adelante. David trastabilló y cayó al suelo.

Abrieron la puerta electrónica de la entrada con un pequeño aparato.

Caminaron hacia la parte trasera.

Al principio, incluso el más mínimo movimiento le resultaba doloroso, pero poco a poco David fue recuperando sus fuerzas aunque no dio muestras de ello. Pese a todo, quería parecer vulnerable.

La noche era oscura, salvo por las luces LED que rodeaban la propiedad y el camino del jardín.

—¿Cómo sabíais que vendría aquí?

—Te estábamos vigilando —contestó el del pelo rapado.

—Te cargaste a dos de los nuestros —añadió el otro.

—¿Trabajáis también para Paladin? —David se fijó en que los dos intercambiaron miradas de asombro al escucharle pronunciar aquel nombre—. ¿Quién es Paladin?

El del pelo rapado le golpeó en la espalda con la pala, tirándolo de bruces al suelo.

—A ti no te importa para quién trabajamos. Hablas sobre lo que no debes y te volveré a disparar con la Taser.

David se levantó y continuó caminando. Miró alrededor, familiarizándose con el entorno, y comenzó a avanzar dando traspiés por el jardín. Hizo memoria del lugar donde el productor le indicó que había enterrado a su guardaespaldas.

¿Y si R. K. Subramanian le hubiera mentido? ¿Y si le hubiera contado aquella historia solo para dárselas de hombre de negocios duro y al más puro estilo gansteril representado en las películas de cine indio? Solo esperaba que no fuera así.

—Allí —indicó señalando los árboles junto a la piscina.

Al llegar, el del pelo rapado le tiró la pala a los pies.

—A cavar, amigo. Si no sacas de ahí medio millón de dólares en metálico y nos has mentido, al menos habrás cavado tu tumba.

El otro rio por el comentario, irritando una vez más a su compañero.

David asintió, precavido.

Comenzó a cavar.

—Ponéos cómodos.

—Ni lo dudes —dijo el del pelo rapado tomando asiento sobre una roca. De su bolsillo sacó un paquete de cigarrillos, les ofreció uno a los dos y los dos fumaron mientras observaban a David y vigilaban el entorno de la casa por si alguien aparecía de improviso.

El suelo estaba duro, pero trató de echar todo su peso sobre la pala y consiguió arrancar los primeros pedazos de tierra, creando un pequeño agujero que fue expandiéndose conforme pasaba el tiempo.

Cuando llevaba unos cuarenta minutos excavando, ya había hecho una zanja de casi dos metros de alto y un metro de largo.

—Yo solo veo tierra húmeda, más piedras y raíces —dijo el más joven—. No podemos seguir aquí esperando. Nos ha mentido para ganar tiempo. Te dije que era una mala idea. Acabemos con él de una vez y marchémonos.

El del pelo rapado se levantó.

—Tira la pala —le ordenó a David.

—Por lo menos has cavado tu entierro —añadió el otro sacando la pistola desde detrás de su pantalón.

David iba a tirar la pala cuando vio un trozo de plástico que sobresalía de la tierra.

—Está aquí.

Se puso de rodillas sobre el húmedo suelo y comenzó a removerlo con impaciencia.

El del pelo largo se lanzó a la zanja y escarbó la tierra a su lado con las manos temblorosas.

—¡Medio millón de dólares! ¡Medio millón de dólares!

Mientras tanto, su compañero mantenía la pistola apuntando hacia David.

De entre la tierra comenzó a verse una figura de apariencia humana envuelta en plástico negro.

—Mira —dijo David.

El hombre le quitó la pala de las manos y comenzó a rasgar por los lados laterales del cuerpo. Estaba jadeando. Su rostro estaba congestionado por la excitación de poder estar cerca de tanto dinero en metálico.

—Deja que él siga cavando —le ordenó el del pelo rapado a su compañero.

Él hizo lo que se le ordenó. Tiró la pala a los pies de David. Se levantó del suelo y se sacudió las manos.

David continuó cavando por los laterales del cadáver.

—Abre el plástico —le ordenó el del pelo rapado.

David hizo lo que se le dijo. Rasgó el plástico negro podrido. Sobre el pecho del cadáver había un paquete envuelto también en plástico.

Suspiró de alivio para sus adentros al saber que el productor no le había mentido. Solo faltaba encontrar la pistola en el interior de las ropas.

David, completamente sudado y cubierto de barro, se giró analizando la posición en la que los dos hombres estaban situados a su espalda. Levantó la vista.

—¡Es el dinero! —exclamó.

Volvió a meter las manos entre el plástico, agarró el paquete y lo lanzó fuera de la zanja.

Los dos se agacharon a abrirlo. Mientras, David metía las manos de nuevo por el cuerpo del cadáver y tocó la pistola adherida a la altura del sobaco izquierdo.

Si tardaba en reaccionar, sabía que sus músculos podrían quedarse rígidos y sus reflejos se le crisparían, cuando lo que necesitaba era flexibilidad y fluidez.

Tomó aire y relajó la musculatura.

Extrajo el arma. Supo por el peso que estaba cargada.

Presionó el dedo contra el seguro del gatillo.

Se giró, apuntó al sorprendido hombre de pelo rapado que sostenía un fajo de billetes en las manos, y disparó: la bala le

perforó la garganta.

La segunda bala impactó en el pómulo derecho del otro tipo, arrancándole la oreja al salir; su cuerpo giró en redondo y cayó a la zanja.

David salió del agujero. Miró hacia abajo al hombre, sumido en un comprensible estado de shock.

—Sí, yo también estoy sorprendido.

—*You, dirty motherfucking swine* (puto cerdo asqueroso). —A duras penas pudo terminar la frase.

David le sonrió desde arriba. Se concentró también en detectar cualquier sonido extraño a su alrededor: alguien podía haber oído los disparos.

Saltó a la zanja y le colocó un pie en el pecho, al tiempo que sostenía con firmeza la pistola a escasos centímetros de su cara.

—¿Trabajáis para Paladin? —le preguntó David con tono apremiante.

—Puedo decirte lo que tú quieras si me llevas a un hospital —llegó a pronunciar con su marcado acento británico, y de nuevo resolló cuando David le presionó con más fuerza el pie sobre el pecho.

—¿Dónde puedo encontrar a Paladin?

El hombre gimió, parpadeó y le dedicó una mirada punzante.

—Antes llévame a un hospital —consiguió decir a pesar de la sangre que le salía de la herida en la boca.

David sabía que no conseguiría nada de él. Amanecería pronto y se vería actividad por aquel barrio. Quizá algún otro empleado pudiera acceder a la propiedad. No había tiempo de arrastrarlo por todo el jardín y llevarlo al hospital más cercano sin ser vistos por testigos.

Lo remató de un disparo.

Luego, dio una patada a los fajos de billetes para que cayeran esparcidos alrededor del terreno y en el interior de la zanja. De este modo, cuando llegaran los investigadores, tendrían argumentos para esclarecer el asesinato del productor, como un ajuste de cuentas por el crimen organizado, el chantaje y el lavado de dinero, ingredientes tan familiarizados con la financiación del mundo glamuroso del cine

indio entre bambalinas, nada nuevo para el público, ya que a través de las películas y series de televisión romantizaban tanto el mundo gansteril.

Cuando terminó, lanzó la pistola y la pala al fondo de la piscina.

PARTE DOS
UNA SERIE DE MUERTES MISTERIOSAS

10

David compró un billete en la estación de autobuses con destino a Nashik.

El autobús iba tan lleno que el conductor dejó las puertas abiertas. En un par de ocasiones, algunos pasajeros viajaban con medio cuerpo fuera entre una población y otra.

Durante el trayecto cruzaron por campos de cultivo extensos, pequeñas casas de adobe y otras de ladrillo.

Había gente local que los saludaba, sobre todo niños harapientos y descalzos. Se veían a mujeres secando boñigas de vaca que luego venderían como combustible, agricultores trabajando la tierra, ganaderos con búfalos de agua, un grupo de elefantes transportando troncos de madera cortada. Eran escenas cotidianas de la vida rural.

Conforme el autobús entraba en Nashik, el tráfico era más anárquico y denso. Un carril de carretera se convertía en cuatro al antojo de los conductores.

Al igual que en el resto de las grandes metrópolis de la India, la gente conducía sin reglas. «Dentro del caos hay un orden», solía decir David para sí mismo cada vez que se encontraba encajonado en algún atasco parecido.

A la entrada de la estación de autobuses de Nashik, un grupo de vacas ocupaba la calzada sin que nadie las molestara; interrumpían la circulación mientras masticaban verdura que alguien les había tirado.

Cientos de pasajeros cruzaban a diario la estación de autobuses. Por ese motivo, como en otros lugares atestados de gente en la India, el robo y la mendicidad tenían a los clientes asegurados.

El conductor se bajó con un palo en la mano y movió las vacas hacia un lateral.

Nashik era una ciudad ruidosa y en aquellos instantes lo demostraba: los bocinazos caóticos que se intercambiaban los vehículos parecían formar parte de un tipo de lenguaje no verbal.

El calor y la humedad eran mucho menos que en Bombay debido al aire fresco.

A la salida de la estación, un hombre mantenía levantado sobre su cabeza un papel en el que estaba escrito «Ganesh Gaikwad», su propio nombre como señal.

David le señaló con el índice y él se apresuró a saludarle; arrugó el papel y lo lanzó a una papelera.

—Bienvenido, David.

—Gracias por venir, Ganesh.

Se abrieron paso entre grupos de turistas extranjeros y viajeros indios. Fueron directos al autorickshaw aparcado en el abarrotado parking de vehículos anexo a la estación.

Ganesh señaló su vehículo de tres ruedas. Pasó un trapo por el asiento del pasajero y le indicó a David que lo ocupara.

—Siento lo ocurrido con la joven asesinada —comentó David, acomodándose en el interior.

Había leído el estremecedor relato en el periódico durante el viaje. Era uno de los muchos sucesos que estaban sucediendo en la ciudad.

Ganesh arrancó. Salir de la estación de autobuses y adentrarse en el casco urbano requería una gran dosis de paciencia. Pero tanto el conductor como el pasajero estaban acostumbrados a aquel caótico paisaje que se repetía en todos los rincones de la India.

—No es el primero y no creo que sea el último —dijo Ganesh, dejándose oír entre el ruido ensordecedor de cláxones.

David se inclinó hacia adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Están ocurriendo cosas muy raras aquí, en Nashik. Tenemos que atrapar a los asesinos lo antes posible.

—¿Has dicho *los* asesinos?

—Creo que no hay que descartar que sean varios. Igual es una secta criminal.

—Eso cambia las cosas. Llévame al lugar donde se cometió el primer asesinato. Creo entender que se produjo cerca de un templo.

Mientras conducía, Ganesh le dio un mapa de la ciudad.

—Verás un círculo marcado. Ahí es donde se produjo el primer crimen. Está cerca de un templo hindú poco concurrido. La joven fue allí a hacer una *puja* (acto cotidiano de los hindúes para adorar y presentar ofrendas a sus dioses). Cuando salió, la mataron.

—¿Nadie la vio?

—Aquel día temprano solo la vieron las mujeres que se dedican al cuidado del templo. Son un grupo de viudas que viven de la caridad de los devotos y de un pequeño estipendio que les da el sacerdote brahmán por mantener el templo en orden y limpio.

—Bien, pues vayamos allí y hagamos preguntas.

Condujeron por callejones encajonados, callejuelas tan estrechas en las que apenas cabían los coches.

En el interior de las viviendas, los televisores de pantalla plana 4K de sesenta y cinco pulgadas continuamente encendidos contrastaban con la escasez y el deterioro del resto de los muebles de las casas.

Luego atravesaron una zona de comercios, de venta de láminas de dioses, puestos de comida, de ropa, de brocados, ferreterías, vendedores de flores y guirnaldas. Todo aquello adornaba el centro urbano.

Al fin llegaron. Al lado del templo había una pequeña edificación de una sola planta. Las paredes eran de cemento. El tejado era de uralita. Había agujeros donde se filtraba la luz del sol.

—Ahí es donde viven las mujeres que cuidan del templo —comentó Ganesh señalando hacia la entrada.

Una mujer vestida completamente de blanco estaba sentada en un pequeño taburete lavando ropa con las manos. Al ver a los visitantes, se levantó.

—Namasté —dijeron los dos a la vez.

Ella les respondió con el mismo saludo, juntando las palmas de las manos a la altura del pecho.

Ganesh fue el primero en hablar.

—Quisiéramos saber si se acuerda del día que mataron a la joven.

—Por favor, pasen y hablemos debajo del ventilador.

Ganesh y David la siguieron al interior.

Toda la vivienda estaba compuesta de una habitación, una pequeña cocina anexa y un cuarto en un lateral que David dedujo que era el baño. La casa era muy sencilla.

Había varias esteras recogidas y apoyadas en la pared, lo que indicaba que dormían en el suelo. Unos cacharros de metal estaban amontonados en un lateral, había una imagen tamaño póster del dios Krisna, representando con su presencia compasión, amor y protección, y una mesilla y un armario al fondo de la estancia.

Antes de nada, la mujer les ofreció un vaso de agua, acto de hospitalidad y respeto.

—La encontramos tendida en el camino —dijo ella—. Entre los matorrales.

—¿Usted y quién más? —preguntó Ganesh.

—Mis compañeras. Somos tres mujeres mayores y viudas las que vivimos aquí. Ellas dos se van a trabajar durante el día a una ONG, donde hacen camisas y pantalones para los más desfavorecidos.

—¿Por qué no llamaron a la policía? —preguntó David—. ¿Es porque temen que la presencia de unas viudas les traerá mala suerte?

A pesar del comentario tan directo de David, en la mujer no hubo ningún gesto que denotase sentimiento hiriente alguno.

En la India, especialmente en contextos tradicionales y conservadores, las viudas han sido históricamente consideradas portadoras de mala suerte debido a creencias culturales y religiosas profundamente arraigadas que vinculan su estado con la desgracia o el mal karma, con la ley de causa y efecto, el destino personal, la creencia en la reencarnación y en la vida como círculo, donde lo que

se ha hecho o se ha sido en las vidas anteriores siempre importa en la presente.

Según estas creencias, la muerte del esposo se interpreta como un castigo divino, y se supone que la mujer, por alguna falta cometida en esta vida o en una anterior, es responsable indirecta de la muerte de su cónyuge. Esta percepción lleva a que la sociedad las rechace, las margine y, en muchos casos, las prive de derechos básicos y de participación en rituales o celebraciones, perpetuando su aislamiento social y emocional.

(Nota del autor: la experiencia de David Ribas sobre este tema está reflejada en *Asesinato en Hollywood Boulevard*)

La mujer se dio la vuelta y miró a Ganesh.

—Se nota que su amigo no es de aquí.

Él le tocó el brazo a David y le murmuró.

—Aparte de lo que has mencionado, hay algo más. Luego te lo explico.

David asintió y volvió a preguntar.

—¿Creen que abusaron de la chica?

—No. Vestía ropa occidental. No tenía aspecto de que fuese violentado su cuerpo.

—Es decir, el asesino la mató y la dejó tirada entre los arbustos del camino. Ustedes la vieron y avisaron al sacerdote brahmán, que llamó a la policía.

—Así es.

—¿Dónde llevaron el cuerpo?

—Al crematorio.

—¿Está usted segura? ¿No hay una morgue o algún centro donde realizarán una autopsia?

Ella negó con la cabeza y reiteró:

—La llevaron directamente al crematorio eléctrico.

11

Ganesh conducía de nuevo con todos sus sentidos en alerta, atento para no chocar con otros vehículos y buscando huecos para seguir avanzando sin percance.

Como era normal en la India, el autorickshaw en ciertos momentos rozaba otros vehículos y, cuando parecía que el impacto iba a ser inminente, uno de los dos se movía en dirección opuesta evitando el contacto por escasos centímetros.

—¿Qué quería decir la mujer con aquel comentario de que yo no conozco cómo funcionan aquí las cosas?

—Se refería al inspector de policía, que tiene muy mala fama —le contestó Ganesh moviendo el cuello por un instante hacia atrás sin perder la atención en la carretera.

—Me da la impresión de que no tardaré en tener ese privilegio.

Ganesh conducía abriéndose paso a bocinazos entre un enjambre de peatones, motos, coches y otros autorickshaws.

—De nuevo debemos cruzar el centro urbano —dijo él alzando la voz para dejarse oír por encima del ruido—. Es más rápido que circular por los alrededores.

—Lo que tú digas —sugirió David—. Cuanto más tiempo estemos yendo y viniendo de un lugar a otro, despertaremos el interés de los malos. Así pues, debemos darnos prisa.

Tras cruzar la arteria central de la ciudad, llegaron a una zona urbana más amplia y, poco a poco, saliendo de la ciudad, fueron

disminuyendo las construcciones hasta que finalmente aparcó junto a la acera y el resto del trayecto lo hicieron a pie.

Ganesh señaló a lo alto de un edificio.

—Ese es el crematorio municipal. Es una opción muy barata para aquellos que no pueden permitirse los doscientos y pico de madera necesarios para quemar un cadáver. Además, los familiares hoy en día prefieren este método. Es más rápido, barato y efectivo.

Se encontraron un cortejo fúnebre. El difunto, cubierto con una tela blanca, era transportado en una camilla de bambú mientras la gente gritaba letanías. Los cánticos de familiares y conocidos del muerto se perdieron conforme los hombres se adentraban en uno de los bloques del edificio.

Un grupo de cuervos sobrevolaba el lugar con sus profundos graznidos. El eco se convirtió en un estruendo cuando un empleado con un palo quiso ahuyentar a varios de ellos, que volaron alborotando aún más el ambiente.

Era una construcción dividida en tres grandes bloques de hormigón. Había dos enormes chimeneas de latón y muchos cables que traían la electricidad colgados de los postes. Los árboles y las plantas silvestres por los alrededores crecían sin ningún control ni poda.

Aquello recordaba a una fábrica de cemento olvidada, presa de la creciente naturaleza salvaje. Cuatro enormes tuberías expulsaban ceniza al río vecino.

Había una ancha rampa de acceso a la parte lateral de una de las naves para dar paso a los vehículos fúnebres como carretas, coches o ambulancias. En otro lugar se acumulaban al aire libre grandes pilas de troncos. En los laterales estaban realizando al aire libre dos rituales funerarios.

Cuando David y Ganesh entraron en la propiedad, dos camiones salían después de descargar con sus remolques más madera.

Un hombre apoyado junto a la pared los observaba mientras masticaba betel. Vestía una camiseta de tirantes y un *dhoti* arrugado y sucio alrededor de la cintura. Por su aspecto sucio e indumentaria, daba a entender que era un empleado. Su actitud parsimoniosa

indicaba que estaba esperando a que los nuevos visitantes le preguntaran algo.

Ganesh se acercó y ambos intercambiaron unas palabras en voz baja. Luego se volvió hacia David, cerrando los ojos unos instantes.

—¡Serán malnacidos! —murmuró Ganesh.

—¿Por qué?

—Son mujeres quemadas por sus maridos —le informó a David, señalando hacia el grupo que realizaba ritos funerarios.

Ganesh había presenciado casos similares. De hecho, todos los días se producía uno similar en la India.

Allí, los hombres derramaban lágrimas, pero por dentro se reían esperando que el tiempo pasara. Después, el viudo se casaría con su amante o con otra mujer elegida por su familia, a cambio de una suculenta dote.

Los motivos eran varios, pero los más comunes eran la presión por parte de la familia del marido al no recibir la dote que esperaban o que se hubiera descubierto tras el matrimonio que la reciente esposa era estéril. «Accidente doméstico»: así quedaba registrado en los documentos oficiales.

David observó los ritos. Dos tragedias iguales, pero con caras diferentes. Ahí se respiraba la muerte.

—¿Qué más te ha dicho ese hombre? —preguntó David.

—Que mucha gente de esta ciudad y alrededores no está inscrita en el censo; por este motivo, las estadísticas no existen —respondió Ganesh—. La gente muere en sus casas y aquí acaba siendo incinerada sin control.

El empleado se acercó a ellos al escucharlos hablar en inglés, y añadió en el mismo idioma:

—No se sabe exactamente cuándo nacieron o cómo murieron. Yo puedo suponerlo aproximadamente al observar los cuerpos. Desde hace unos años comenzaron a tomar las huellas dactilares de los fallecidos, pero si hay mucho trabajo y los empleados municipales están cansados y a la familia no le importa, no lo hacen. Lo más inmediato para los familiares es deshacerse del cuerpo. Aquí debemos ser rápidos, ya sabéis el porqué.

—¿Por qué? —preguntó David, sorprendido de lo bien que hablaba el inglés a pesar de su aspecto físico; lo que evidenciaba que además sería un sacerdote brahmán.

—Porque si no la gente más pobre mete al muerto en bolsas de plástico que tiran al primer río o afluente sagrado que tengan a disposición. La población es muy numerosa. Todos los días nacen personas, pero también mueren muchas, y a esto hay que sumar a gente itinerante, *sadhus*, peregrinos y demás que viajan a pie de un lado a otro y que mueren aquí por accidente o por motivos naturales.

—Entonces, ¿incineran a todo tipo de gente en este lugar o hay algunos que lo hacen por separado?

El hombre observó con detenimiento a David, figurándose que no era indio.

—En este país existe un laberinto de clases de gente pertenecientes a distintas castas. Pero son los intocables a los que los trabajadores municipales no quieren tocar. Estos van directamente al crematorio eléctrico y si podemos meter a todos en grupo, mejor, menos gastos y más rápido. Cómo se llama uno u otro, lo desconocemos.

Ganesh se giró hacia David.

—En resumidas cuentas, que la India sería una pesadilla para cualquier investigador.

Los dos se taparon la boca al llegarles una brisa caliente que transportaba el viento.

—Este es mi crematorio —continuó el hombre golpeándose el pecho con el índice—. El mejor crematorio público de todo Maharastra. La generación de hoy en día rechaza la cremación del cuerpo al aire libre con madera. E incluso ya no tiran los cuerpos al fondo de los ríos atados con piedras con tanta frecuencia como antaño. Todos tienen teléfonos móviles y no es agradable que alguien grabe el cuerpo de un muerto flotando por el agua o comiéndoselo los perros y buitres en las orillas para hacer documentales y que aparezcan las imágenes en internet. Además, los cuerpos hundidos en el agua suelen salir a flote por la acumulación de gases…

David había conocido a muchos funcionarios indios a lo largo de los años. Había tratado con ellos, y la mayoría solía tener la actitud arrogante de hacer creer que eran los dueños de los edificios públicos donde estaban empleados, como si fueran de propiedad privada y no del Estado.

Como solía ocurrir con frecuencia, los funcionarios retrasaban el trabajo adrede para pedir más medios económicos al gobierno y quedarse ellos con una parte. Así atrasaban la dejadez en sus funciones y los edificios permanecían en mal estado.

—Disculpe, pero vayamos al asunto que nos concierne —le interrumpió Ganesh, irritado por la diatriba de aquel hombre.

El hombre lo miró con interés.

—¿Qué quieren saber? —preguntó con la voz quebrada.

—Buscamos información sobre las mujeres que han sido asesinadas en los últimos días —respondió Ganesh.

El hombre movió la cabeza, como si su curiosidad hubiera sido satisfecha.

—Vale. ¿Y?

—¿Quién es el médico forense?

—Yo soy quien prepara los cuerpos antes de la incineración y, además, el médico forense y también soy sacerdote.

—¿Podemos ver el informe de las autopsias?

—¿Autopsias? No hay ninguna.

—¿Y el registro? —preguntó David.

—¿Qué registro? Los familiares quieren realizar las incineraciones y cremaciones lo antes posible.

—Pero…

—Miren —le interrumpió a Ganesh—. Como les he dicho, hay muchísimos cuerpos de personas de las que no sabemos qué nombre tienen. Los de castas más bajas tienen la piel muy oscura. Mientras que la gente con dinero tiene la piel más clara. ¿Se lo explico de otro modo?

Aquel comentario le pareció al hombre ingenioso y esperaba que los visitantes sonrieran, pero a ninguno de los dos le hizo gracia.

—¿Y las huellas dactilares? —volvió a preguntar David—. ¿No recogen un registro de ello?

—No lo comprenden. Para los insectos, un cuerpo humano es una nevera llena de comida. Aquí nos llegan muchos cuerpos en penoso estado de descomposición. Para evitar que el proceso de descomposición se propague, los hacemos desaparecer lo antes posible.

Ganesh intervino.

—Sería ilegal no mantener un registro y documentación gráfica, como toma de fotos…

—Claro que lo tenemos —señaló a los grupos de familiares que realizaban ritos funerarios a lo lejos—. Esos de ahí, por ejemplo, han firmado los papeles y hemos documentado en nuestros ordenadores las debidas pruebas del deceso. Pero de las víctimas de los asesinatos que me comentan, lo siento, pero ni me acuerdo en qué estado llegaron ni tenemos documentación al respecto.

Les llevó al departamento forense. Estaba ubicado junto a uno de los bloques. Era una construcción anexa antigua y mal conservada, con gruesos muros grises.

El interior ofrecía otro aspecto. Todo estaba muy limpio. La sala de autopsias era muy grande, con las paredes y el suelo de baldosas blancas. En el centro había cuatro mesas metálicas vacías. En uno de los lados había nichos de metal.

—Hacemos autopsias cuando nos es requerido —dijo el hombre con desidia—. Muchos familiares son supersticiosos, piensan que la demora podría perjudicar su *dharma* (en la filosofía hindú, se refiere a la obligación, al deber, a la ley moral, al camino que uno debe seguir en la vida).

Abrió un nicho y tiró de una camilla. Apareció un cuerpo cubierto por una sábana blanca.

—De esta señora sí que tenemos todos los datos. Por lo visto, cayó por las escaleras de su casa y se dobló el cuello. Murió al instante. Tengo toda la documentación realizada tras la autopsia. —Ante el asombro de David y Ganesh, sacó de un cajón una potente cámara Canon EOS—. Y hasta he tomado unas cuantas fotografías de sus huellas que he grabado en su fichero correspondiente en el ordenador.

El hombre hizo una larga pausa, les miró con aire de cansancio y les dijo:

—Así pues, no me digan cómo debo realizar mi trabajo.

—Hablemos fuera de aquí —sugirió David—. Este olor es muy fuerte.

—Yo ya estoy acostumbrado, así que no me importa —dijo el empleado encogiéndose de hombros.

Y sin decir más, el hombre se dirigió hacia la puerta, que mantuvo abierta para que los visitantes le precedieran. Luego atravesaron un corredor y se dirigieron hacia la salida.

Una vez fuera, los graznidos de los cuervos daban al escenario una tensión dramática. El sol que había calentado durante el día había dejado paso a un agradable frescor del atardecer.

El hombre señaló a un trabajador que apilaba troncos de madera. Abrió un paquete de betel, se lo metió en la boca y comenzó a masticarlo.

—Hablen con él —dijo. Escupió la saliva rojiza por la nuez de betel y continuó rumiando el tabaco—. Es la mejor persona que podría decirles algo sobre los cuerpos por los que ustedes están preguntando. Él se encargó de transportarlos hasta el crematorio eléctrico y de deshacerse de las cenizas.

David y Ganesh se dirigieron hacia el hombre, que dejó lo que estaba haciendo y sirvió té caliente de un termo en un vaso de metal.

Después de los saludos formales les ofreció té. Pero los dos lo rechazaron.

—No será porque creen que el agua o los utensilios estén contagiados de bacterias —dijo.

—No es eso —se disculpó Ganesh—. Es que mi amigo pasa calor y el té no le ayuda.

—¿Qué quieren de mí?

—Quisiéramos saber si vio algo fuera de lo normal en el cuerpo de la joven asesinada cerca del templo de Khrisna. Si ha habido algún patrón que se haya repetido en las otras víctimas. Marcas, algún tipo de golpe en los cuerpos…, alguna pista que nos ayude a encontrar al asesino.

El hombre no se inmutó. Bebió un sorbo y otro. Negó con la cabeza.

—Seguramente ella participaba en el programa *ese* —dijo al fin, de sopetón.

David experimentó una sensación como si su cerebro explotara y una amalgama de decenas de imágenes, sin relación aparente entre sí, corrieron en todas direcciones. Hizo un gesto a Ganesh para que indagara en lo que acababa de decir; igual con él tendría más confianza para hablar que con otro hombre de apariencia extranjera.

—En el programa *ese*. ¿Qué quiere decir? ¿Qué programa?

El hombre movió el té con un bolígrafo. Después lo limpió restregándoselo contra la camisa y se lo volvió a guardar en el sucio y arrugado bolsillo de la pechera.

David sacó de su bolsillo varios billetes de rupias y se los puso en la mano a Ganesh.

—Quizá esto le sirva para alimentar nuestra curiosidad —dijo él, tendiéndole el dinero.

El hombre lo cogió y se lo guardó de inmediato en la pechera.

—No lo sé —contestó.

—¿¡Cómo que no lo sabe!? Si acaba de decir que igual la mujer había participado en algo y como resultado había muerto.

Tras el tono de las palabras de Ganesh, ahora el hombre parecía asustado.

—No sé qué programa. Se lo escuché decir al inspector Vinod Kunder.

—¿Qué escuchó? —preguntó Ganesh muy lentamente, en un esfuerzo por no perder la paciencia.

—Que la mujer había ido a un programa médico.

David y Ganesh intercambiaron una mirada. Aquella nueva relación estaba volviendo el asunto más complicado de lo que pensaban.

Volvieron al autorickshaw. Un viejo camión con un remolque lleno de troncos de madera pasó por la carretera en dirección al crematorio, levantando polvo a su paso y retorciendo la atmósfera con el calor de sus propulsores.

—¿De dónde crees que proviene toda esa madera? ¿Uttar Pradesh?

Ganesh se encogió de hombros.

—Resulta muy difícil investigar a la mafia que controla la venta y distribución de madera que se utiliza en los crematorios de todo el país. Al igual que la prostitución de lujo en las grandes ciudades, ellos están protegidos por las altas esferas. Por este motivo son estructuras cerradas.

David había oído cómo incluso los fabricantes y exportadores de muebles de madera de Rajastán compraban la materia prima a distribuidores que mentían sobre el origen de la madera. En muchas ocasiones procedía de contrabando, cortada en distintos estados y vendida con licencias y certificados de origen falsos, pero atestados oficialmente con firmas y sellos de burócratas que habían sido sobornados.

Por esto se explicaba que, en destino, en alguna ocasión un cliente extranjero al recibir su mercancía se encontrara con carcoma en los muebles, a pesar de que en los documentos de embarque se había incluido el certificado de fumigación del contenedor, como medida preventiva básica en estos productos.

La fumigación, antes de ser sellado el contenedor en la fábrica india y enviado a puerto, se habría realizado en verdad, pero el fabricante no habría sabido la procedencia de la madera, ya que la habría adquirido a bajo costo en el mercado negro y, por tanto, su verdadera calidad era otra.

—Sobre la policía es lo mismo —continuó Ganesh arrancando el vehículo—. Los sueldos que reciben no les dan para vivir. Necesitan nutrirse de sobornos y chantajes y así crecen en autoridad y poder.

—¿Quieres decir que con el inspector Vinod esto es lo que ha sucedido? ¿Que este entorno de corrupción le ha consumido?

—David, la mierda en la India puede ser algo muy útil.

—Vamos a verle. Llévame a la comisaría. A lo mejor lo encontramos allí a esta hora.

Ganesh negó con la cabeza y señaló la hora en su reloj de pulsera.

—Es muy tarde. Mañana a primera hora lo abordamos en la comisaría. Ahora mismo vienes a mi casa a cenar y ahí te quedas a dormir esta noche.

—Te lo agradezco. Espero no ser molestia.

—No lo eres. Mi mujer ya está avisada y lleva todo el día cocinando.

12

Ya era de noche cuando llegaron a un barrio en el suburbio de Nashik.

Ganesh aparcó junto a la acera. A pocos metros, cánticos y campanillas retumbaban en las paredes de un templo hindú. Un olor a sándalo barrió la calle.

En la esquina opuesta, una joven rellenaba dos cubos de plástico de un camión cisterna. Una fila de mujeres esperaba su turno, cargadas con toda clase de recipientes.

—Otra vez el barrio se quedó sin suministro de agua —comentó Ganesh, compungido, haciendo un chasquido con la boca.

—Quizá no sea buen momento para mi presencia.

—Tonterías. Conociendo a mi mujer, tendremos ya la cocina llena de botellas de agua.

Varios escalones alargados y anchos conducían a la puerta principal. Ambos se descalzaron antes de acceder al interior. La entrada del apartamento era por la pequeña cocina.

No se había equivocado, la encimera estaba llena de cubos y enseres de plástico llenos de agua tapados con platos de metal.

El apartamento de Ganesh era muy sencillo. Estaba decorado de forma muy pulcra. No había sillas ni sofá. La vida la hacían en el suelo de mármol blanco. Había un ventilador de techo y un pequeño televisor de pantalla plana estaba situado en un rincón frente a varios cojines.

Ganesh presentó a su mujer, Indika, que se limitó a sonreír tímidamente juntando las palmas de las manos a la altura del pecho. David respondió del mismo modo diciendo «*Namaskar*».

Iba vestida con su mejor sari para recibir a tan distinguido visitante. Era de piel aceitunada. Tenía unos grandes ojos negros. Su cabello, muy oscuro y cuidadosamente trenzado, le llegaba casi al final de la espalda. Alrededor del cuello llevaba un collar de cuentas negras, el símbolo hindú de compromiso y matrimonio, llamado *mangalsutra*.

Indika estuvo pendiente todo el tiempo de su marido y del invitado. Les sirvió arroz y *mutton curry*, yendo a la cocina y volviendo con *chutney* o más comida para ofrecerles.

Ganesh y David comieron con la mano derecha sentados en el suelo y con las piernas cruzadas frente a una pequeña mesa del salón. El curry estaba muy picante. A pesar del ventilador de techo que tenían sobre las cabezas, los dos sudaban.

Indika se sorprendió de la destreza que tenía el invitado comiendo arroz con la mano derecha. Ganesh le felicitó.

—Coges la comida con los dedos incluso mejor que yo.

David sonrió.

Tras terminar de comer, Ganesh le propuso subir a la terraza del edificio. Era un espacio abierto a los cuatro vientos rodeado de un mar de azoteas de otros edificios con sus ropas tendidas, grandes bidones de depósitos de agua e innumerables antenas de televisión por cable.

Allí se sentaron en el suelo sobre dos cojines anchos. La vista era espectacular y la temperatura agradable. El cielo estaba oscuro. La quietud contrastaba con el caos que se vivía abajo en las calles. Farolas con sus luces tenues iluminaban los edificios colindantes.

—Por lo de ese programa que nos han dicho en el crematorio, ¿crees que el asesino sea un médico psicópata? —preguntó Ganesh.

—Es todo demasiado eficiente. Por lo que hemos visto hoy, sabemos que el culpable ha tenido contacto anterior con sus víctimas. Fíjate en que todas son de clase baja e incluso intocables.

Ganesh soltó un bufido.

—Entonces, una persona inteligente, como tú le has llamado...

—He dicho eficiente —le corrigió.

—Una persona eficiente debe tener una educación elevada y saber relacionarse con ese círculo de personas, y esto no es creíble. Tiene que haber algo más.

—No quiero decir que haya tenido un trato personal con cada una de sus víctimas —corrigió David—, pero sí que todas ellas tengan un interés común para el asesino. Es decir, ha tenido un contacto visual previo con cada una de ellas. No hay duda de que las conocía. Dónde vivían. Dónde era el mejor lugar para matarlas…

—¿Y si todas ellas participaron en algún tipo de programa médico…? Como ratones de laboratorio… En un hospital.

—No sería la primera vez. Grandes empresas farmacéuticas utilizan en la India a las personas para probar medicaciones experimentales. Los hospitales, las ONG extranjeras, universidades, clínicas privadas especializadas en cierto tipo de campo médico… todos se aprovechan de la falta de legislación al respecto. No es nuevo. Yo lo he visto durante los años que llevo aquí en la India. Eligen ellos a las personas entre los habitantes de las chabolas. Viajan por la ciudad en una furgoneta con las lunas tintadas, ven a la persona en la que están interesados, hacen como que trabajan para el gobierno en temas de salud y les prometen una considerable cantidad de dinero por participar. La gente hasta les vende sus riñones y otros órganos a cambio de un puñado de rupias.

—¿Crees de verdad que esto es lo que aquí ocurre?

—Sí, pero más información obtendremos mañana del inspector Vinod.

—¿Crees que podría tratarse de gente de fuera?

—¿De fuera de Nashik?

—Extranjero de alguna empresa de esas que has mencionado, de las farmacéuticas.

—Sí, podría tener sentido: personas de origen extranjero, contratadas por alguna empresa farmacéutica expresamente para limpiar las pruebas que las incriminan. Sin embargo, hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que aun siendo un solo extranjero, hubiera llamado la atención.

—Se hubiera disfrazado.

—Aun así. Su modo de hablar o movimiento corporal lo delataría. Además de su aspecto físico. Si es un asesino a sueldo contratado para cometer esos asesinatos, estaría en forma y esto implicaría que en la calle la gente le observaría con curiosidad y perdería el anonimato.

—Entonces, el asesino o los asesinos son indios. Si pudiera haber en esta ciudad un archivo actualizado de personas, podríamos emplear cierto programa para ir seleccionando y rechazando sospechosos. He oído que existen ordenadores potentes que una mente entrenada maneja y descifra datos.

—Ganesh, creo que ves mucha tele.

Él rio.

—Debo confesar que así es. A mi mujer le gustan mucho las series de detectives y criminales. Por las noches me siento con ella a verlas hasta que acabo dormido.

—Existe ese tipo de programas informáticos, pero hay un margen de error. Y es que un ordenador no puede adivinar las intenciones de una persona.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Imagínate que yo no soy en verdad la clase de persona que tú te has creído que soy. Te he manejado desde el principio y tú, sin cuestionarlo, has admitido mis buenas intenciones. Me invitas a tu casa y, viéndote a ti y a tu mujer vulnerables, os mato y descuartizo. Esto es lo que quiero decir: la mutación de las personas no la puede identificar un programa de ordenador. El engaño, el camuflaje de un asesino no lo llega a detectar. Hasta la persona más amable y simpática puede esconder una personalidad diabólica, y lo hace como una necesidad de supervivencia. Lo mismo sucede con el terrorismo.

—Bueno, creo que estoy convencido de que no me vas a trocear.

David, muy serio, mantuvo fija su mirada en él.

—¿Verdad? —volvió a decir él.

David soltó una carcajada. Ganesh le imitó.

—Puede que sí sean indios o puede que no —comentó David al cabo de un rato.

—Ahora no te entiendo.

—Pueden ser extranjeros, pero de origen indio, y de Nashik. De este modo sabrían desenvolverse muy bien por las calles sin llamar la atención.

—Entonces, ya podemos decir que el asesino, o los asesinos, quizá hayan sido empleados por una multinacional que se dedica a hacer experimentos clínicos. En este aspecto no sabemos de qué tipo en concreto, pero sí que siguen patrones determinados, es decir, sus víctimas son de clase social muy baja, con dificultades económicas y que se han prestado voluntariamente como ratas de laboratorio por ciertas cantidades de dinero que jamás habrían visto en sus manos. Y las víctimas pueden ser varones o mujeres y la edad no importa.

Por propia experiencia durante años viviendo en la India, David sabía que los asesinos profesionales seguían una secuencia lógica en sus crímenes, una relación entre causa y efecto. Si supieran la naturaleza de quienquiera que fuera el culpable, descubrirían las causas de su comportamiento. Si consiguieran saber para quién trabajaba el asesino, podrían adelantarse a sus movimientos y darle caza.

Aunque era una forma fraudulenta de proceder, seguía siendo muy común en la India que las personas más vulnerables que participaban en ensayos clínicos, incluso sin su consentimiento, no se dieran cuenta de que estaban siendo monitorizadas y no fueran informadas de los resultados.

Los utilizaban como animales de laboratorio. Tan solo tenían que dejar la huella de un dedo grabada en un papel o hacer una cruz junto a su nombre. Lo que les unía a todos ellos era el analfabetismo y la escala social.

—En este país no hay que dejarse llevar por el corazón —expresó Ganesh—. De lo contrario, te mueres de pena por la impotencia de no poder cambiar las cosas.

—No es el corazón. Es justicia —sentenció David.

—¿Y qué significa la justicia para los habitantes de este país? —preguntó Ganesh mirando más allá del mar de azoteas y tejados—. Se aplica según convenga a los poderosos. A los ciudadanos de a pie, no.

—Volvamos al tema que nos trae entre manos —comentó David —. La mayoría de las personas mienten, pero los muertos no. Aquí no hay peritos, ni en balística ni en química, y las escenas de los crímenes han sido borradas. Lo ideal sería hallar el resultado de las autopsias, pero resulta que no se ha practicado ninguna a las víctimas. Ni hay forenses a los que consultar.

Ganesh alzó la mano hacia el paisaje entre ellos.

—Cada día mueren decenas de personas en esta ciudad. Muchos enfermos y ancianos a los que les llega la hora final. También asesinados, pero resulta que la mayoría de ellos van directamente al crematorio público que hemos visitado. Todo esto porque aquí, en la India, la burocracia es la cultura de la opacidad. Es un problema arraigado hasta las entrañas. Este es el mayor obstáculo para el desarrollo y la erradicación de la pobreza. Un político indio preferiría caminar kilómetros sobre defecación humana y basura antes que invertir cualquier cantidad de rupias para frenar los problemas que implican a los ciudadanos. Los funcionarios están abiertos a sobornos, comisiones, pagos mensuales… Muchos terminan abusando de su poder en su propio beneficio. Esto es lo que hace que la corrupción sea una parte integral de la India, porque el gobierno es el que la promueve por debajo de la mesa, pero grita sobre erradicarla frente al público y en los mítines.

Escuchando aquellas últimas palabras de Ganesh, David Ribas se quedó convencido de que él no era un simple conductor de autorickshaw. Solo alguien educado y con una cierta capacidad de análisis podría hablar de aquel modo. Si estaba asociado a Hassena, la jefa del crimen organizado, quería decir que realizaría ciertos trabajos ilegales para ella. El conducir el autorickshaw por Nashik era solo una tapadera. Posiblemente transportara para Hassena mercancía de contrabando, como piedras preciosas. Aun dudando de él, no quiso indagar sobre ello y evitó preguntarle al respecto.

—Entonces solo nos queda visitar al inspector y hacerle hablar —comentó David—. Porque él sabrá algo de todo esto y de los misteriosos programas médicos. No hay que descartar ninguna hipótesis.

Se giró y observó el *charpoy* apoyado junto a la pared. Se levantó y lo puso derecho en medio de la terraza.

—Si no te importa, dormiré aquí.

Ganesh arrugó la frente.

—Abajo te hemos preparado un colchón.

—Te lo agradezco, pero aquí hace fresco.

—Déjame subirte una almohada y una manta. De madrugada bajan las temperaturas.

Ganesh volvió enseguida. Además, quemó un incienso en forma de espiral para ahuyentar a los mosquitos y demás insectos.

—Si cambias de opinión, tienes la cama preparada en el salón.

—Gracias. Buenas noches.

El caso iba tomando forma, pensó David cuando se hubo quedado solo. La idea de un asesino profesional contratado por alguien a las órdenes de poderosas farmacéuticas no parecía descabellada. Incluso la idea de que fueran más de uno, dándose cobertura, era plausible.

En ocasiones se utilizaba el chantaje, la extorsión, el pago de ciertas cantidades para olvidar cierto asunto turbio en el que se viera implicado un testigo. Pero cuando se quería sellar cuanto antes un asunto peliagudo para terceros, se contrataba a un *fixer*, un *hitman* o simplemente llamado asesino a sueldo, especializado en borrar, eliminar, silenciar para siempre los errores causados por la mala praxis. Esto incluía matar a los testigos incómodos.

«Gente influyente desde la sombra ha recurrido a medidas extremas para silenciar a personas —se dijo a sí mismo David, tumbado en el *charpoy* con la mirada puesta en algún punto del cielo—. A fin de cuentas, esto es la India. Habrán pensado que unos cuantos pobres menos no perjudican a nadie».

Todo iba encajando

A partir de ahora, los asesinos de la ciudad tendrían una preocupación más.

13

Mientras tanto, en la zona roja de Nashik, una prostituta se terminaba de maquillar delante del espejo. Con un lápiz negro bordeó sus ojos y luego se aplicó un pintalabios rojo. Se estaba preparando para bailar delante de un nuevo cliente.

Iba vestida con una fina tela de sari que transparentaba su cuerpo. Las palmas de las manos y los antebrazos los tenía cubiertos de bellos tatuajes realizados con *henna*. Parecía una actriz en medio de un rodaje de Bollywood.

Se puso las pulseras y las tobilleras de cuero con campanillas: los movimientos precisos y lentos de sus extremidades cautivaban a sus clientes. Le habían dicho que el vaivén de sus caderas encendía el deseo de los hombres.

Entró en la habitación anexa. La estancia estaba iluminada por una luz suave roja y una lámpara de mesa, creando una atmósfera exótica del lugar.

Ella encendió la música en el estéreo. Por los altavoces sonaron los compases rítmicos de *Sona Kitna Sona Hai*, *Sone Jaisa Tera Mann* (Amado, eres increíble y tu corazón es de oro), canción de la década de los noventa de un superéxito en taquilla titulado *Hero No.1*.

El cliente apareció desde un lateral. Un pañuelo le tapaba la boca. Ella no se alteró, ya que era habitual que los hombres se cubrieran el rostro, por miedo a ser reconocidos en un futuro en la calle, porque les daba vergüenza la situación en la que se

encontraban en un burdel o también porque temían contagiarse de algún virus.

Ella hizo un movimiento con los pies, movió la cadera como tantas veces había visto que las conocidas actrices Maduri Dixit y Karisma Kapoor hacían en las películas; había memorizado con exactitud matemática sus bailes.

De repente el hombre se abalanzó sobre ella y la agarró tan fuerte del cuello que quedó paralizada.

Iba a morir. Un pensamiento le vino a la mente: abrazar su destino. No tenía otra posibilidad que dejarse llevar por los acontecimientos. Defenderse estaba fuera de toda lógica. Aquel hombre medía más de un metro ochenta y tenía una fuerza descomunal.

La presión que ejercía en su garganta le impedía producir cualquier sonido. Le apretaba el cuello con tal intensidad que no le dejaba ninguna esperanza.

Cerró los ojos y todo se volvió negro.

14

Se escuchó el graznido de un cuervo, luego otro y poco a poco se sumaron otros tantos, al tiempo que una multitud de aves celebraban la proximidad del amanecer.

Ganesh subió a la terraza y encontró a David haciendo estiramientos en el suelo.

—Buenos días. El desayuno.

Le ofreció una bandeja con té masala y un plato con tres gruesas *parathas* empapadas de *ghee* y rellenas de patata y coliflor; a un lado había un pegote de yogur casero.

Minutos más tarde, los dos iban camino de la comisaría cuando vieron una calle abarrotada de curiosos.

En aquella zona urbana había cables eléctricos por doquier que recorrían las fachadas de los edificios como serpientes adormecidas.

—¿Qué ha sucedido? ¿Un accidente? —preguntó David.

El suceso era en una bocacalle muy estrecha.

—Esta es la zona roja de la ciudad —respondió Ganesh—. Por poder, ha podido suceder algo grave.

Las pinturas de muchos edificios estaban desconchadas y las paredes desgastadas, llenas de grietas. Que no hubiera un mínimo seísmo y echara abajo todo aquello y lo barriera como en Pompeya con el volcán era todo un milagro de los dioses hindúes.

Allí era corriente ver a sadhus compartir té a pie de calle con mochileros, prostitutas, drogadictos y otra gente de gustos y adicciones nada sanos e higiénicos.

Ganesh pitó a un hombre que empujaba un carro lleno de fruta. Cuando el vendedor ambulante se echó a un lado, lo adelantó y consiguió aparcar el autorickshaw junto a la acera entre dos vehículos.

Luego se internaron andando entre la gente hasta que una amalgama de olores y colores se les vino encima. Además, olía a alcohol, sudor y orín.

Frente a un pequeño edificio de tres plantas, la multitud curiosa y deseosa de ver algo cruento y sádico se agolpaba. La música de los televisores, el llanto de niños, los ruidos de las mujeres se amplificaban al chocar contra las paredes de la calle.

Ganesh preguntó y enseguida se giró hacia David.

—Han asesinado a una prostituta —le informó y sugirió—. Vamos a ver la escena más de cerca. Quizá podamos averiguar si tiene relación con los recientes casos.

La zona no estaba precintada. Los curiosos congregados formaban un semicírculo alrededor de la calle. La muchedumbre era tal que el tráfico de las calles paralelas se había paralizado y los conductores habían dejado sus vehículos en medio de la calzada para ir a ver qué ocurría.

Inmediatamente salió del edificio un grupo de policías. Ignorando a la multitud que se agolpaba en el exterior, bajaron por los escalones desgastados mientras conversaban entre ellos con tranquilidad.

Ganesh cogió del brazo a David y señaló con la cabeza hacia adelante.

—Ese es el inspector Vinod.

—Vamos.

Avanzaron a través de la gente hasta cruzar la calle.

El inspector Vinod Kunder era un ser arrogante, insensible, carente de remordimientos. Era una víctima más del sistema operante: se había dejado derrotar por la falta de medios en su comisaría y por el estómago agradecido de sus superiores. Si la mayoría de los funcionarios públicos obtenían comisiones y sobornos, ¿por qué él no lo iba a hacer?

Solía chillar, abusar verbalmente y humillar a los policías de rango inferior. La falta de preparación de los oficiales bajo su mando era tal que dejaba sin resolver gran parte de los casos a los que solían hacer frente.

Su estrategia para mantener a sus subordinados activos e inspirados en sus puestos de trabajo era dejarles cometer todo tipo de sobornos, pero siempre sin que se notara. Todo el mundo con poder lo hacía a su manera.

Conforme se aproximaron hacia las escaleras, el inspector los señaló con el índice nada más verlos venir.

—Ustedes dos, ¿qué hacen aquí? ¿Buscan un poco de compañía con mujeres?

—Buscamos la verdad —contestó David.

El inspector lo miró con asco e hizo un gesto con la mano levantada, que denotaba desprecio.

—Déjense de elucubraciones.

Ganesh intervino.

—Hay un asesino suelto por las calles que comete…

El inspector levantó de nuevo la mano, interrumpiéndolo.

—Un asesino como el que ustedes buscan a imagen y semejanza del que proyectan las películas no es creíble en esta ciudad. Y menos aquí —dijo señalando en derredor; los oficiales le rodeaban como si fueran sus perros de presa dispuestos a saltar sobre cualquier ciudadano a la menor orden de su jefe—. Las casas están tan pegadas unas a otras y las calles son tan estrechas que es imposible cometer un crimen sin que nadie se entere y vea al sospechoso.

Ganesh señaló el edificio donde se había cometido el crimen.

—Entonces, ¿cómo se explica que ahí dentro…?

El inspector volvió a interrumpirle.

—La víctima tenía su propio apartamento, invitó a un cliente que le pidió bailar para él antes de tener sexo y sucedió un accidente. Ya está.

—¿Cómo ha muerto? ¿Con arma blanca o de fuego?

—No han descuartizado su cuerpo, si es eso lo que quiere saber.

—¿Y el forense?

—Ya vino y se fue.

—¿Podemos ver el cadáver?

—Son ustedes dos civiles. No me vengan con bromas y dejen de hacer pesquisas como si fueran detectives privados salidos de las series de televisión. Ya me han comunicado que han estado jugando a ser Sherlock Holmes en el crematorio municipal.

Ganesh soltó una sonora carcajada llena de sarcasmo, gesto que molestó mucho al inspector, que se sintió ofendido en público.

—Quiero que vengan a la comisaría los dos ahora mismo —ordenó el inspector Vinod—. Allí hablaremos con más tranquilidad.

Cuando el inspector les dio la espalda y se marchó en su jeep, Ganesh hizo un gesto de agobio a David ante la situación que les esperaba.

15

La zona era un hervidero de gente, animales y vehículos. Tuvieron que dejar el autorickshaw en un parking prepago y continuar andando.

De camino a la comisaría pasaron por calles viejas. El deterioro de la ciudad se apreciaba en cada esquina. Nashik era un centro de peregrinación, pero los devotos indios miraban para otro lado.

Al igual que muchas otras ciudades indias, Nashik era una morada para eruditos, adictos a las drogas, corruptos, sinvergüenzas, criminales de toda índole, turistas y un sinfín de castas hindúes que se reconocían, pero que no se mezclaban.

El olor, la suciedad, el ruido de los motores de los vehículos con sus depósitos adulterados, el desorden en las calles, el ir y venir de la gente hacían que fuera todo aquello algo normal en la vida de la gente. ¿Por qué cambiarlo?

Un grupo de estudiantes de sánscrito vestidos con *dhotis* blancos cruzó por delante de la comisaría. Iban con el pelo rapado y tres rayas blancas pintadas en la frente. Recitaban mantras y tocaban campanitas.

Cuando se fueron acercando, se hizo más evidente el lamentable estado del edificio. En algunas partes de sus muros, el yeso se había descascarillado por completo, dejando al aire libre la argamasa que cubría los ladrillos rojizos de los muros.

La maraña de cables telefónicos, de internet, eléctricos… parecía sujetarse a duras penas a las paredes de la comisaría.

Un mono, seguido de otros tantos de distintos tamaños, cruzó de un lado al otro de la calle sujetándose a los cables como si fueran ramas en la selva.

A una altura de seis metros, un grupo de obreros trabajaba sobre unos andamios hechos con bambú y atados con cuerdas.

En los alrededores había puestos de frutas, vendedores de comida callejera y una parada de autobús llena de gente esperando. Un grupo de colegialas de excursión, repeinadas y uniformadas, llevaba enormes carteras sobre sus espaldas y dos trenzas atadas con grandes lazos naranjas.

Era un edificio de dos pisos con forma rectangular. David había visto ya muchas comisarías de ese tipo como para saber a ciencia cierta dónde estaba ubicado y distribuido cada departamento.

Las paredes eran una especie de lienzo manchado por los efectos del clima, la contaminación y la dejadez en el mantenimiento: ¿Para qué cuidar el aspecto exterior si los muros aún se sostenían?

En el vestíbulo estaba la bandera de la India junto con el símbolo de cuatro leones dándose la espalda, simbolizando poder, coraje, confianza y orgullo, y junto con el lema *Satyameva Jayate* (Solo la verdad triunfa).

La planta principal era un hervidero de gente local yendo y viniendo de un lado a otro. Los agentes de menor rango, con sus uniformes gastados por el uso y los lavados, sudaban para contentar las órdenes de sus superiores, que estaban en la planta superior mejor ventilada y con mucha menos gente.

La mayoría de la gente local que había en la comisaría eran personas de clase baja, por el aspecto que presentaban, su comportamiento tan sumiso, su forma de vestir y de hablar. Personas sin acceso a internet en sus domicilios que acudían para pagar o tramitar alguna multa, disputa, denuncia o expediente y quedaban atrapados en la red de la burocracia india, carente de sentido y caduca, que convertía la más simple de las formalidades en algo cansino, penoso y arduo pero que justificaba los míseros sueldos de los funcionarios públicos del Estado, que esperaban un soborno para agilizar los procesos.

La estrategia del funcionariado era acostumbrar a la gente a un sistema basado en el servilismo y en la inoperancia. Estos elementos se habían quedado incrustados en la mente de los indios y formaban uno de los elementos que definían la idiosincrasia de la India desde sus comienzos como país independiente de los británicos.

David y Ganesh subieron por las escaleras a la planta superior. Un olor a sudor, ropa húmeda y colonia barata flotaba en el ambiente. Los ventiladores anclados en el techo movían el aire caliente y sofocante. Un oficial informó por teléfono de la presencia de los visitantes. Tras colgar, les informó que esperaran sentados en un banco del pasillo.

El inspector estaba terminando de realizar su *puja* diaria en un rincón de su despacho. Era una habitación amplia y muy simple, sin decoración alguna excepto por el escritorio, un ordenador con impresora y algún cuadro oficial que colgaba de la pared, como el retrato de Mahatma Gandhi.

Después de musitar unos mantras, adornó la pequeña estatua de Shiva y de Hannuman con pétalos frescos de flores de color lila y naranja. Luego encendió un palito de incienso, lo movió en círculos recitando frases en sánscrito y lo colocó sobre un soporte de madera. Inmediatamente hizo sonar una pequeñita campana de latón.

Cuando terminó, tomó asiento frente a su escritorio y ordenó a un subalterno que acababa de entrar para entregarle unos ficheros:

—Que pasen esos dos dolores de cabeza.

El bochorno del clima caluroso menguaba a aquellas horas del día. Dos ventiladores ajustados en la pared del despacho del inspector removían el aire y emitían un zumbido intermitente. A nadie parecía molestar aquel ruido que en otra parte del mundo podría resultar incómodo, como el del tráfico o del incesante graznido de los cuervos, pero que en la India pasaba inadvertido.

David y Ganesh se quedaron de pie frente al inspector. Él no les invitó a tomar asiento para presentarse como el garante del orden y del poder que ejercía.

—Ha llegado a mis oídos que están ustedes dando vueltas por la ciudad queriendo resolver casos de asesinato.

—Las noticias vuelan —comentó Ganesh.

El inspector ignoró el comentario. Continuó.

—No se puede lanzar una pelota de críquet con los ojos cerrados y pretender hacer una buena jugada, ¿no lo creen?

—Solo queremos averiguar qué ha pasado —dijo David.

—La muerte de una estudiante, de una musulmana y de una prostituta solo interesa a los medios de comunicación sensacionalistas. Ellos están interesados en crear una mala imagen de la ciudad. Una sensación de «alarma social» por redes sociales, qué concepto más peligroso. Y si lo consiguen, ahuyentarán a los turistas. —Señaló a David con un bolígrafo—. ¿Usted trabaja para una ONG extranjera?

—Algo parecido.

—Algo parecido, no. Me da la impresión de que usted no es indio. —Como David no dijo nada al respecto, el inspector lo observó con atención. El hombre que tenía enfrente se desenvolvía bien por las calles, por lo tanto, no podía ser un simple turista extranjero. Además, su mirada denotaba que nada a su alrededor le sorprendía —. Quizá de origen indio, un NRI (*Non Indian Resident*). Por lo tanto, habrá entrado a este país con una tarjeta OCI (*Overseas Citizen of India*). Quisiera ver su pasaporte y documentos.

—Los tengo guardados en la maleta.

—Todos los extranjeros deberían salir a la calle con su identificación, aunque la persona sea de origen indio.

Ganesh pensaba en cómo terminar aquella conversación. Intervino:

—Le dije que la dejara en su maleta, en el hotel Kauskas. Ya que si lo pierde le costaría tiempo y dinero el obtener un nuevo documento para salir del país.

El inspector se recostó en su asiento y dio unos golpes con la punta del bolígrafo sobre la superficie de su escritorio.

—Hotel Kauskas —repitió, asintiendo con la cabeza—. Lo quiero aquí mañana por la mañana, a esta misma hora. —Observó a Ganesh—. Y usted le hace de guía, ¿eh?

David intervino.

—Me gustaría saber su opinión sobre los asesinatos.

—No hay nada fuera de lo ordinario.

—Pero… —se aventuró Ganesh.

—¿Se lo digo más claro? No hay nada que investigar. Son trágicos sucesos que ocurren en todas las grandes ciudades. Todas las semanas nos enfrentamos a un caso nuevo. En todos los rincones de este país sucede un crimen. Además, no han sido asesinatos morbosos ni han producido náuseas. Todas las víctimas han muerto sin agresiones… Ya me entiende.

Lo que ocultaba era que en los informes entusiastas en los que se hacía constar la resolución de casos resueltos, la comisaría recibía una partida extra de dinero procedente del gobierno del estado de Maharastra. El inspector estaría dispuesto a evitar cualquier situación que pudiera perjudicar ese estipendio.

—Fue agredida la joven estudiante —dijo Ganesh—. Seguramente intentó defenderse.

El inspector dejó el bolígrafo sobre la mesa y levantó la mirada hacia Ganesh.

—Hoy en día las chicas quieren imitar lo que ven en las redes sociales, las modas de Occidente, tener novio… y hacer las cosas fuera del matrimonio, deshonrando a la familia, olvidando las tradiciones hindúes.

—Ella fue agredida al salir del templo —insistió.

—No, ella quedó con unos amigos con los que previamente se había citado; tuvieron una fuerte discusión y murió debido a las contusiones que se produjeron al caer al suelo y golpearse la cabeza contra una piedra.

—¿Es eso lo que usted realmente piensa? —preguntó David.

El inspector guardó silencio, se metió el dedo meñique en el oído y frotó. Luego examinó la cera de la uña y se la limpió con la pernera del pantalón.

Ganesh cerraba los puños con rabia.

—Ya veo que pasa mucho tiempo ocupado en otras cosas —comentó él.

Los ojos del inspector se encendieron. Se levantó de su silla de un salto.

—Soy un oficial, no lo olvide —espetó señalando a Ganesh—. No voy a tolerar que usted ni nadie se dirija a mí de ese modo. Abre mucho la boca frente a este extranjero. No creo que hubiera sido tan valiente de haber venido aquí solo.

—¿Es esto una amenaza? —preguntó David.

El inspector miró a los dos y sacudió la cabeza.

—Pienso que no hace falta que le dediquemos a este asunto un minuto más de nuestro tiempo. Por última vez les diré a los dos que esta ciudad atrae a maleantes de todas partes del país en busca de inocentes peregrinos y turistas. Nos enfrentamos a diario a *pickpockets* y crímenes de todo tipo. Nosotros nos encargamos de mantenerlos a raya, a nuestra manera, y de preservar la ley y el orden. Ustedes no son nadie para interferir en nuestros asuntos.

—¿Es esto todo? ¿No cree que las víctimas pudieron participar en algún programa médico?

El inspector ignoró la pregunta.

—Recobren el sentido común y admitan la hipótesis oficial de que las muertes no tienen ninguna conexión entre sí —dijo muy serio. Luego señaló a Ganesh—. Si me entero de que andan haciendo la labor de detectives por las calles, les detendré. —Alargó el brazo, señalando la puerta—. Fuera de aquí los dos.

16

Al salir de la comisaría, David y Ganesh sintieron la necesidad de hacer un receso. Pidieron un té en un puesto callejero.

Mientras bebían a sorbos de sus pequeños vasos de plástico desechables, comentaban la situación.

—¿Y si las víctimas no participaron en ningún programa médico? —preguntó Ganesh—. Puede que con la palabra «programa», el empleado del crematorio se refiriera a algún proyecto de aprehensión de criminales violentos o algo parecido.

David negó con la cabeza.

—¿Otra vez piensas que es obra de un asesino en serie?

—Ya sabes, ese tipo de personas que fueron maltratadas en la infancia y que ya de adultos sienten la necesidad de satisfacer sus ansias de venganza sobre los más débiles. Aquellos que arrastran desde que abusaron de ellos una obsesión enfermiza y necesitan una salida para canalizar su malestar. Aquí en la India hay mucha gente que ha sufrido la niñez de este modo.

—No lo creo. Hay algo extraño en todo esto.

—¿Quieres decir que igual nos enfrentamos al tipo de asesino que oye voces que le ordenan matar y tiene alucinaciones?

David enarcó las cejas.

—Ves demasiadas series de televisión con tu mujer.

Ganesh sonrió.

—Espero que lleves razón y solo sean imaginaciones mías y que encontremos la razón lógica que explique los asesinatos.

—Sigo pensando que las víctimas han participado en algún programa médico.

Enseguida el rostro de Ganesh se tornó serio observando a un tullido caminando con una muleta y un saco de lona lleno de desperdicios que recogía del suelo. Mostrando su enfado, tiró el vaso de plástico con furia a la papelera.

Sin saberlo, los engranajes y herrajes oxidados relacionados con la investigación de los crímenes habían iniciado las conexiones.

David miró al hombre de muletas y luego a Ganesh.

—¿Qué sucede?

—Tengo que enseñarte algo.

Se zambulleron en la atmósfera cálida de la ciudad. Ganesh condujo entre callejuelas donde había pequeños comercios con cristales sucios y cuya mercancía expuesta sin orden y desparramada hubiera espantado a cualquier potencial cliente occidental. Luego salieron del centro urbano y se dirigieron a las afueras.

Pasaron por un lodazal que no era sino un poblado de chabolas que no se diferenciaban mucho de los montones de desperdicios apilados en los estercoleros municipales.

Justo al lado había un vertedero, un enorme paisaje marciano construido con basura. Ocupaba una vasta extensión de tierra en una depresión del terreno.

Un grupo de niños y adultos rebuscaba desperdicios aquí y allá, pisando charcos infectos con sus calzados de chanclas de plástico y removiendo con las manos desnudas la podredumbre entre ratas enormes, perros callejeros y peludos cerdos salvajes.

También había muchos aparatos electrónicos rotos e inservibles, cables eléctricos, pantallas de ordenador y hasta placas solares. Y había personas que buscaban precisamente estaño, cadmio, cobre, mercurio y plomo.

Cuerpos muertos de animales eran devorados por cuervos, perros y ratas. Todo lo que fuera consumible era corroído.

Aquellas personas vivían junto al estercolero en chabolas hechas con ramas y palos, recubiertas de lo mismo que daba de comer a sus habitantes: la basura.

Muchos jóvenes seleccionaban los plásticos atendiendo a su dureza; lo hacían con una habilidad y una destreza asombrosas. Mientras, por el cielo revoloteaban distintos tipos de pájaros, pero se podían apreciar las grandes águilas, los buitres y otras aves carroñeras.

En un lateral del vertedero había unos adultos que metían plásticos en una trituradora y luego los transportaban a una máquina compactadora para después cargarlos en el remolque de un camión cochambroso.

En aquel mundo, el maltrato, la explotación y la falta de esperanza imperaban entre el olor nauseabundo.

Lo más sorprendente no era la cantidad de niños recogiendo desperdicios que vieran útiles para venderlos, sino la lucha continua que mantenían por trozos de comida comestible con ratas enormes, perros, águilas, cuervos y otros animales.

Aquellos montones de basura aparecían y desaparecían cada dos por tres, como las dunas de un desierto.

Había grupos organizados que se ganaban la vida recogiendo escombros y desperdicios, mendigando o robando. Recomendaban cortarse el pelo y no llevarlo largo debido a los piojos.

Normalmente estos jóvenes pagaban una cantidad al líder del grupo que controlaba la recogida de basura. Solo entonces se le permitía a alguien recoger desperdicios y vender incluso botellas de agua en los semáforos. Además, había cierta cantidad que debían dar a los policías para que hicieran la vista gorda.

Cuando Ganesh aparcó el autorickshaw a cierta distancia, dos niños con camisetas de tirantes mugrientas y unos pantalones cortos deshilachados bajaban un montículo con enormes sacos de tela a sus espaldas. Se reían, parecían contentos después de haber estado buscando plásticos para poder venderlos.

—¿Qué lugar es este? —preguntó David, haciendo un esfuerzo por dominar su curiosidad.

—Estoy convencido de que cogen a gente de aquí —contestó Ganesh, muy seguro de sí mismo.

Los graznidos de los cuervos distorsionaron sus palabras.

—¿Quién?

—Los que matan a las personas… —Se giró, lo miró a los ojos y permaneció callado durante unos instantes—. Para el programa médico.

A pocos metros apareció un grupo de niños perdidos deambulando por los alrededores de los escombros.

Una bandada de cuervos levantó el vuelo desde algún punto del vertedero y se disipó en ese momento.

Un camión municipal comenzó a descargar de su remolque enormes cantidades de desperdicios. La gente corrió hacia allí con la esperanza de ser los primeros en encontrar algo valioso para llevarse consigo y venderlo. Perros tan sucios como ellos y hombres empujando carros se encaminaron con prisa hacia el mismo lugar.

—Pero, Ganesh, no se llevan de aquí los cuerpos. Las víctimas han sido asesinadas en distintos lugares.

Él se giró y miró de nuevo a David a la cara; en esta ocasión con el rostro crispado.

—¿No lo entiendes? Lo que no sabemos es por qué los matan. Y la razón está en que han participado en algún programa médico. Y debe de haber muchas más víctimas que han cogido de aquí.

—Claro. Esta gente no tiene voz.

—Efectivamente. El asesinato de la estudiante trascendió, pero desaparecer a una persona que vive aquí, ¿a quién le importa?

David se quedó de pie observando aquel espectáculo. Tragó saliva, compungido al ver a tantos niños corriendo entre la basura. Había sido testigo a lo largo de los años viviendo en la India de aquel tenebroso espectáculo: las larvas de insectos y bacterias de todo tipo presentes en la suciedad acabarían con los cuerpos de aquellos jóvenes, privándoles de la vida.

—Tengo que cambiar el aceite y echarle agua —informó Ganesh.

—Entonces yo me adelanto. Voy a dar una vuelta por los alrededores. En unos diez o quince minutos nos vemos aquí.

—Ten cuidado.

Cuando David se marchó, un jeep de la policía se aproximó.

Ganesh intuyó problemas y por precaución escondió las llaves de su auto debajo del pedal del acelerador.

El jeep paró a la altura del autorickshaw.

Bajaron la ventanilla del copiloto.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —preguntó el inspector Vinod con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Dónde está su amigo *gora* (término utilizado para referirse a un extranjero)?

—Lo dejé en el mercado; quería hacer compras.

—¿Y usted se dedica a seguir investigando por cuenta propia? ¿Es que no me expliqué bien?

—Solo estoy dando una vuelta.

—¿Una vuelta, dice? ¿En este pestilente lugar alejado de la mano de Dios? —Hizo un gesto a los dos policías que estaban sentados en la parte trasera. Estos bajaron y sujetaron a Ganesh. El inspector Vinod en tono imperioso, añadió: —Me mintió. Su amigo no se hospeda en el hotel Kauskas. Usted y yo vamos a hablar en un lugar más tranquilo. Se lo advertí.

17

Quince minutos más tarde, David volvió al punto de encuentro y no vio a Ganesh junto a su autorickshaw. «Igual se ha ido andando a por diésel», pensó.

—A su amigo se lo llevó la policía —dijo de repente un chico de apenas diez años de edad. Sus ojos centellearon y sonrió observando a David.

El aspecto del joven era todo un remiendo. Solo sus ojos parecían estar al margen de aquella miseria. Vestía con una camiseta sucia y rota, un pantalón corto y unas chanclas que alguna vez fueron blancas. El cuerpo lo tenía lleno de cicatrices, llagas y cardenales. Desprendía un olor fétido muy fuerte. Pero, a pesar de todo, en su cara había lugar para una sonrisa.

David sabía que había una estructura de comunicación muy diferente entre un adulto y un niño crecido en las chabolas. Se había relacionado con muchos de ellos desde que vivía en la India. Eran despiertos, impulsivos, energéticos y muy listos. Por ello, necesitaba vocalizar despacio, usar palabras sencillas y ganarse su confianza.

—¿Estás seguro de que se fue con la policía?

—Sí. Los conozco. Vienen mucho por aquí —contestó sin perder la sonrisa.

David supo que el chico le quería agradar. Así pues, se acercó a él, y le pasó la mano por su sucio cabello.

—Dime, ¿quién viene mucho? ¿La policía?

—Sí.

—Pero todos son iguales. Llevan el mismo uniforme… ¿Hay alguien en concreto que reconozcas? ¿Viene con ellos un jefe?

—Sí, sí. El inspector. Suele venir con policías y llevarse a gente. Es muy malo. Y yo lo voy a matar.

David hizo una mueca. El chico tenía agallas.

—Tú no vas a matar a nadie.

Él se mordió el labio y añadió:

—Lo he jurado.

David ignoró su último comentario. El tiempo apremiaba. Preguntó:

—¿Los has visto llevarse a gente? ¿Por la fuerza?

—No. Dan dinero. El médico señaló a mi abuela y el inspector les dijo a otros policías que se la llevaran. Luego la trajeron de vuelta.

—¿El médico? ¿Te refieres a alguien con bata blanca?

—Sí. Él siempre viene con una mascarilla puesta que le tapa la cara.

—¿Y él da dinero a la gente para que se vaya con ellos?

—Sí. Yo siempre que los veo salgo corriendo. Tengo miedo. Porque mi abuela se enfermó después.

—¿El médico es un *gora* o es indio?

—Tiene aspecto indio. Como nosotros.

—¿Cómo te llamas?

—Pramod.

—Pramod, ¿por qué me cuentas esto? ¿No tienes miedo de mí? ¿No crees que puedo ser una persona mala como los que se llevaron a tu abuela?

—No.

—¿Por qué?

El chico volvió a sonreír, mostrando unos dientes grandes y blancos.

—Yo te he visto antes.

David frunció el ceño.

—¿SÍ? ¿Dónde?

—En Bombay. Ayudando al padre Gabriel en su escuela.

—¿Eres de Bombay?

—Sí.

—¿Y qué haces aquí?

—Me trajo mi abuela. Mi madre murió. Aquí en Nashik vive una tía mía, pero ella me dijo que me marchara de su casa. Su marido no quiere que viva con ellos. Por eso vivo con mi abuela.

—¿Dónde vives?

—Vivo allí —el chico señaló hacia una zona de chabolas.

David supuso que el chico y su abuela, tras la muerte de la madre, tal vez habían sido repudiados en Bombay por locales y se habrían trasladado a Nashik en busca del familiar. Pero en la India los familiares no suelen estar predispuestos a cargar con las desgracias de otros de su misma sangre, por superstición. Pero el maltrato, la explotación y el abuso se daban de igual manera un banquete en aquel lugar de chabolas junto al montón de basura.

Si la policía estaba haciendo la vista gorda y era partícipe de los asesinatos, quería decir que esos sucesos tenían un cariz más grave de lo que él hubiera pensado.

La ira lo inundó. Era difícil sustraerse a aquella triste realidad, a ese paisaje humano tan desolador en donde vivía aquel niño y pretender que esa era la cruda realidad, que nada se podía hacer.

¿Qué había hecho aquel niño para merecer aquella vida? ¿Nacer en el lugar equivocado? ¿El karma de una vida pasada? ¿El destino? Pensó en el padre Gabriel y su labor humanitaria en las chabolas de Bombay.

Era muy difícil para una persona con un mínimo de sensibilidad pretender que su forma de pensar hacia la vida no cambiase siendo testigo de la valentía y fuerza interior del sacerdote para hacer frente a diario a los desafíos a los que la vida le retaba.

A David su conciencia le martilleaba por dentro, y sentía la imperiosa necesidad de aplacarla. A esta gente la estaban utilizando como cobayas humanas.

David sacó unos billetes del bolsillo.

—Toma. Dáselos a tu abuela.

El chico cogió el dinero y cerró el puño en previsión de que se le soltara de la mano.

—Ella está enferma. Tiene dolores en los huesos.

—¿Cómo se llama?

—Zeenat.

—¿Dónde está?

—En casa.

—Llévame hasta ella.

El chico se sintió muy feliz.

La chabola era muy pequeña, casi parecía el interior de una tienda de campaña. La anciana estaba tumbada en el suelo sobre una esterilla. Al ver al visitante, intentó incorporarse, pero David le dijo que se quedara quieta.

Vio varios papeles amontonados sobre una balda de una estantería. Eran recetas de medicamentos. David los identificó como fármacos tipo ibuprofeno y paracetamol. Miró el membrete de una de las recetas: «Hospital Ashwini».

—¿Este es el lugar donde te llevaron? —le preguntó David mostrándole el papel.

La señora asintió, y respondió con un leve gemido.

—¿Qué te hicieron? ¿Te operaron?

Como la mujer no contestaba, el chico intervino.

—Le pusieron inyecciones en el brazo. Está todo el día muy cansada. Le duelen mucho los huesos, no puede caminar.

—¿Te dieron dinero?

La mujer asintió.

—Le dieron quinientas rupias —contestó de nuevo el chico—. Mi abuela me llevó al cine y compró carne y arroz.

David le pasó la mano por su cabello negro.

—Vas a matar al inspector, ¿verdad?

David le miró muy serio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Eres un *supari*.

David dio un respingo al escuchar del chico aquella palabra que significaba «asesino profesional».

—¿Dónde has oído eso?

—En Bombay. Unos amigos me lo dijeron. Si tú no le matas, lo haré yo.

David esbozó una sonrisa.

—Nos veremos pronto, Pramod. Cuida de tu abuela. Y no te alejes mucho de aquí, porque cuando vuelva a verte igual no estás y me pondré triste.

—Te esperaré.

18

Después de buscar las llaves de repuesto por los bolsillos y recovecos del vehículo, las vio debajo del pedal.

Aquello le hizo saber que Ganesh no se las había llevado consigo y las había dejado allí para que él las encontrara y supiera que se había ido en contra de su propia voluntad. De lo contrario, ¿por qué iba a abandonar su vehículo con las llaves?

Se incorporó a una arteria principal pensando que así llegaría antes a la comisaría. El tráfico era ensordecedor a aquella hora de la mañana, pero, como en todos los centros urbanos de la India, reinaba un caos ordenado.

Después se adentró por pequeñas calles donde las raíces de los árboles antiguos se asomaban entre los cimientos.

Parecía aquello un sendero donde animales, humanos, basura y naturaleza salvaje convivían en armonía. El frescor lo animó, sintiendo una enérgica euforia de estar en un mundo irreal y sin ley.

David aparcó el autorickshaw y cruzó la calle justo cuando un destartalado autobús arrancó de la parada abarrotada de gente expulsando espesas nubes de humo negro del tubo de escape.

Un grupo de seguidores de Hare Krishna caminó por la acera causando un gran estruendo, cantando, bailando y haciendo sonar sus campañillas y panderetas. David tuvo que cederles el paso. Entre ellos, había muchos de origen extranjero. Sus pieles blancas y cabezas rapadas destacaban del resto.

David esperó pacientemente a que terminaran de cruzar la acera en dirección opuesta. Un rezagado llevaba una guitarra en bandolera y cantaba *My Sweet Lord*, de George Harrison.

Por fin llegó a la comisaría. Junto a los escalones de la entrada, dos policías vestidos con sus uniformes caqui hacían guardia y sostenían *lathis*, palos de madera a modo de porra para amonestar a los alborotadores, y hacer guardia. Estaban sentados bajo la sombra de un enorme ficus que competía en altura con el edificio. Los cinturones gruesos de imitación al cuero delimitaban el final de sus panzas y sujetaban los pantalones perfectamente planchados. La camisa marrón ocultaba el exceso de grasa acumulada en sus barrigas sin disimular la forma flácida y redonda que se adivinaba tras ella.

David continuó caminando hacia el interior sin que le llamaran la atención.

En la planta superior, un oficial se encontraba tecleando en un ordenador cuando, al levantar la mirada, reconoció al visitante como el amigo de Ganesh.

—El inspector me espera —dijo David antes de que el oficial reaccionara de forma aprensiva ante su inesperada presencia—. Me ha dicho que viniera a hablar con él en privado.

El hombre no dudó un instante y señaló la puerta del despacho de su superior.

—Pase, pase.

David entró en el despacho y cerró la puerta a su espalda. A diferencia del día anterior, cuando solo estaban en funcionamiento los ventiladores, ahora el aire acondicionado estaba a tope. Tuvo la sensación de que el sudor empezaba a helársele en la cara.

El inspector Vinod se encontraba lavándose la cara en el lavabo anexo a su despacho. Salió del aseo con la toalla en las manos. Al ver a David, lanzó la toalla al suelo, aplaudió y le señaló con el índice.

—Así que viene a pedir clemencia por su amigo —señaló la silla frente a su escritorio—. Siéntese y negociemos el trato. Barato no le va a salir.

David dio unos pasos hacia adelante, le dobló el brazo izquierdo con fuerza y con la otra mano le estampó la cabeza contra la mesa, pero con precaución de no romperle la nariz ni ningún hueso.

Le quitó la pistola del cinto y lo soltó. El inspector se apartó hacia un lado. David amartilló el arma y le apuntó a la cabeza

—Va a morir —sentenció, dando un paso hacia adelante, endureciendo los músculos de sus brazos y flexionando las enormes manos.

—No puede matar a un policía.

—No es la primera vez que he tenido esta conversación.

—Esto se llenará de agentes. No podrá salir de aquí. Acabará en la cárcel junto con su amigo por cómplice. Los dos se pudrirán entre rejas.

—Se equivoca. Soy un asesino profesional. Sé cómo salir de este tipo de situaciones.

El inspector puso cara de terror al oír aquello con tanta determinación en cada palabra. Se orinó encima, manchándose los pantalones del uniforme caqui.

—¿Qué quiere de mí?

—Fírmeme una orden para liberar a mi amigo.

El inspector dio la vuelta al escritorio, tomó asiento de inmediato, rellenó un trozo de papel tamaño cuartilla con varios datos, puso su firma, luego un sello oficial y le tendió el documento.

—Solo tiene que presentarlo al oficial que hay fuera y él lo soltará del calabozo.

—Ahora quiero que me hable de los asesinatos.

El inspector se puso a mirar alrededor del despacho. Luego fijó su mirada hacia delante hacia algún punto perdido.

—Hable —insistió David con dureza—, no tengo todo el tiempo del mundo.

—Yo solo sé que necesitan personas para ensayos clínicos.

—Ajá. Ya no son incidentes aislados sin conexión alguna. ¿Qué ensayos?

—No lo sé. Contra parásitos y todo tipo de virus raros. La gente de las chabolas es la más expuesta.

—¿Quién hay detrás?

—Yo solo soy una parte de la cadena. No soy el responsable. Me encargo de llevar al médico a los alrededores y él los escoge. Pero informamos a las personas de que se les dará dinero por participar.

—Ya, claro, sin decirles nada sobre los efectos no deseados, ¿verdad?

—Yo de eso no sé nada. Tendrá que preguntárselo a él.

—¿Él? ¿Quién? ¿Cómo se llama?

—Venkatesh.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Está en una clínica llamada Rama Clinic.

—Creía que era el hospital Ashwini donde realizan los experimentos.

—No. Allí, por lo visto, llevan a la gente a la que tienen que realizar cirugías y cosas más graves. Pero en Rama Clinic es donde les inyectan. Venkatesh es el que dirige todo el programa.

—¿Qué les inyectan?

—Le digo que no lo sé. Lo que le puedo decir es que hacen experimentos para sacar vacunas que ayuden a la gente para que no enferme. A mí me hablaron de que necesitaban a la policía para dar apoyo a este tipo de colaboración entre la población y los investigadores. Yo solo hago mi trabajo.

—Apoyo, dice… Querrá decir amedrentar a la gente más vulnerable que el médico seleccione. ¿Y le pagan bien?

—Gracias a estos ensayos se hacen mejores vacunas para luchar contra las enfermedades.

—Eso es lo que a usted le han dicho. Usted está ayudando a que usen a la gente como animales de laboratorio sin importarle los efectos secundarios que esos experimentos causan a las personas.

—Las personas lo hacen por su propia voluntad. Firman con la huella dactilar la hoja de consentimiento. No se les fuerza. Siempre les decimos que puede haber riesgos. Saben que no habrá indemnizaciones si surgen problemas de salud. Además, son impuros; la mayoría son Dalits sin familiares. ¿A quién le importan sus vidas?

David le puso el cañón de la pistola en la cabeza. El inspector cerró los ojos como un niño a la espera de un inminente bofetón.

—Desgraciado —murmuró David entre dientes.

—No me mate, por favor —imploró el inspector Vinod.

—Engañan a esas personas ofreciéndoles dinero que necesitan de manera urgente.

—Esto es la India, amigo. Al menos reciben unas rupias. No es posible acabar con la pobreza.

—La necesidad inmediata de sobrevivir es la razón por la que aceptan el dinero. Y ahora hay alguien que va por ahí cargándose a esas personas para silenciarlas. Usted sabe quién es. Dígamelo.

—Se lo he dicho. Venkatesh, de Rama Clinic.

—¿Es él quien va matando a esas mujeres?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me dijo que inyectó cierto experimento en ellas y, según su estudio, desarrollan un tipo de cáncer que mata poco a poco. Y antes de que se encuentren enfermas y vayan a un médico, quiere silenciarlas y evitar que les realicen autopsias.

—Así no queda documentado que han sido usadas como cobayas. ¡Levántese!

—¿Va a matarme?

David lo empujó hacia el centro de la estancia. Señaló la puerta del baño.

—Se quedará ahí dentro durante diez minutos. —Registró los bolsillos del inspector y se guardó su teléfono móvil—. No salga y no haga ruido o lo lamentará.

19

David encerró con pestillo al inspector Vinod en el baño y, después, le entregó la orden de puesta en libertad de Ganesh al oficial que estaba en el pasillo.

Ganesh tenía un ojo morado, el labio partido y una mejilla hinchada, pero conservaba todos los dientes. Su sonrisa, nada más ver a su amigo, seguía siendo amplia y radiante.

David lo cogió del brazo y le susurró que no dijera nada. Una vez en la calle, caminaron con prisa hacia el autorickshaw.

David arrancó el vehículo y le dio el móvil a Ganesh, sentado como pasajero.

—Dime dónde está Rama Clinic.

Ganesh miró el aparato. Exclamó:

—¡Pero si es el móvil del inspector Vinod!

David adelantaba a un coche y se adentraba en una calle estrecha en dirección al centro urbano.

—Lo sé. Date prisa.

Ganesh le indicó el lugar mirando Google Maps.

—Justo antes del centro comercial Ambience.

—De acuerdo, me hago una idea.

Poco después, David disminuyó la velocidad y aparcó.

Ganesh asomó la cabeza fuera del vehículo.

—Pero si aquí es donde vivo —exclamó él, sorprendido.

—Tienes menos de cinco minutos para recoger tus pertenencias más valiosas, como documentos, joyas, etc., y para traer a tu mujer.

—Ganesh le miró asustado. David fue más contundente y tuvo que alzar la voz—. Sal y haz lo que te he dicho. No discutas conmigo. Rápido.

Ganesh volvió enseguida con su mujer, ambos con dos maletas cargadas de lo que consideraban más importante llevarse.

David arrancó.

—¿De dónde eres, Ganesh?

—No te comprendo.

—¿Dónde viven tus familiares?

—En Pune.

David paró en una parada de taxis. Se bajó del vehículo y les ayudó a sacar las maletas. Llamó a un conductor sij y le ordenó llevar a sus amigos a Pune. Le dio la dirección y le dijo que en destino se le pagaría, más un extra si hacía el viaje cómodo, seguro y rápido para los pasajeros.

Ganesh quiso cuestionarle lo que estaba haciendo, pero él le hizo un gesto con la mano para que se esperara. Guardando las distancias, llamó a Hassena y habló con ella. En esos momentos, ella se encontraba en Moscú. Le contó lo sucedido. Cuando colgó, le dio el aparato móvil a Ganesh.

—Guarda el móvil del inspector en tu bolsillo. Te vas a Pune. Dejas a tu mujer con tus familiares y de allí vas a Bombay. Te espera un asistente de Hassena *madame*, le cuentas lo sucedido y le das el teléfono. Necesitan toda la información que hay ahí dentro para conocer a todos los implicados en los experimentos médicos con el inspector.

—Pero ¿por qué tengo que abandonar mi casa?

—Ganesh, el inspector va a tomar represalias por lo sucedido en la comisaría. Después de Bombay regresas con tu mujer. Quédate con tus familiares unos días. Gente de Hassena pagará el transporte; lo que necesites, te protegerán. Vivirás en Pune cómodamente en un apartamento mucho más amplio que este de Nashik. Haz lo que te digo. Durante el camino alguien te llamará y te dará instrucciones más precisas.

—¿En Pune?

—Tu mujer estará más feliz allí. Estaréis más cómodos y podréis formar una familia.

David no podía esperar más. Tenía mucho que hacer y poco tiempo. El tal Venkatesh de Rama Clinic podía estar planeando dejar la ciudad si se llegaba a enterar de que había sido descubierto.

Dio unos pasos hacia adelante y ambos se abrazaron.

David hizo un saludo a Indika con ambas manos juntas a la altura del pecho.

—Muchas gracias —dijo ella.

Cuando los vio marchar, volvió a tomar asiento frente al volante del autorickshaw y arrancó.

Subió por un puente y, al descender, aparcó el vehículo en un lateral. Sabía que el inspector iría hacia Rama Clinic para silenciar a Venkatesh y así no verse implicado si todo lo sucedido salía a la luz.

Para abandonar el distrito donde estaba ubicada la comisaría y dirigirse hacia Rama Clinic, el inspector tendría que pasar por la carretera comarcal de un solo carril que cruzaba hacia el puente. Cargárselo fuera de la comisaría evitaría testigos que pudieran inculparle.

David miró por los alrededores para estudiar dónde situarse y poder disparar al inspector cuando de repente vio la figura de un niño al otro lado del puente.

—No puede ser —se dijo a sí mismo.

¿Qué hacía Pramod allí? La zona de chabolas estaba justo detrás. ¿Estaría merodeando por la zona por casualidad?

En el mundo de David no existían las casualidades. Desde la distancia, lo vio recoger una piedra y echar a correr hacia la carretera. A lo lejos se acercaba un jeep de la policía. Podía ser el del inspector.

David se puso a correr con la intención de evitar que Pramod interviniera. Fue tarde.

En aquel momento el inspector estaba sentado en el asiento del copiloto. Habían recorrido a toda velocidad la carretera de un solo carril y se internaban en la intersección debajo del puente. De repente, una piedra impactó en el parabrisas del vehículo, que se hizo añicos.

El conductor derrapó y frenó en seco en medio de la calzada. Señaló al joven que desde la cuneta volvía a agarrar otra piedra del suelo.

—Ha sido aquel desgraciado.

—Cógelo.

El conductor arrancó, pisó el acelerador en dirección a Pramod, invadiendo el carril contrario. El joven lanzó otra piedra, que de nuevo impactó en el cristal.

La visibilidad era nula y, por tanto, el conductor no pudo ver el camión que circulaba en dirección paralela. El impacto fue tan brutal que el conductor murió aplastado contra el volante. El inspector salió despedido por la luna delantera y cayó al asfalto.

El conductor del camión se asomó por la ventana. Viendo que los dos ocupantes estarían muertos y no había testigos en la carretera, dio marcha atrás, giró, pisó el acelerador a fondo y se dio a la fuga.

David corrió hacia el lugar del siniestro, pero no pudo llegar antes que Pramod, que estaba más cerca.

El joven se situó de pie frente al cuerpo magullado e inerte del inspector Vinod, que levantó la mirada. Fue abrir la boca cuando Pramod levantó una pesada piedra sobre sus hombros y con todas sus fuerzas la aplastó contra su cara.

David llegó, agarró del brazo a Pramod y se lo llevó consigo inmediatamente fuera del lugar.

20

David dejó al joven Pramod junto con su abuela.

—Tú y tu abuela tenéis que desaparecer, ¿me entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí.

David sacó a relucir la más desdeñosa de sus sonrisas.

—Pues eso. De-sa-pa-re-cer —repitió estirando las sílabas.

—Pero ¿dónde iremos?

David pensó por un instante.

—De momento, quédate aquí con tu abuela hasta que vuelva.

Pramod sonrió.

—¿Tardarás?

—No. —Le puso una mano sobre el hombro—. Escúchame. No está bien lo que ha pasado. Quitar la vida de una persona…

—Él era malo —le interrumpió Pramod—. Hizo daño a mi abuela.

—De eso ya me encargo yo.

Las lágrimas empezaron a anegarle los ojos y surcarle las mejillas.

—Pero tú eres un *supari* bueno, que ayuda a la gente. Tú y yo estamos en el lado del bien, ¿no?

David sacudió la cabeza antes de responder. Era evidente que el chico era despierto.

—Eso es cierto. Yo solo hago daño a la gente que se pasa el tiempo causando dolor a otros. Déjame ocuparme a mí de los malos.

Tú tienes otras prioridades, como salir adelante con tu abuela, tener conocimientos y una profesión. ¿Hay algo que te guste?

Pramod sonrió.

—Me gusta la mecánica.

—Pues yo me encargaré de que seas el mejor ingeniero mecánico.

—¿De verdad?

—De verdad.

Pramod se puso serio de repente.

—¿Los malos volverán a por nosotros?

—No hoy. Pero quizá a partir de mañana vendrá gente haciendo preguntas, buscando a tu abuela y a otras personas que participaron en el programa médico.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Yo voy a ayudaros. Pero primero voy a ir a dar una lección al médico que veías aquí con el inspector Vinod. Esa persona nunca más hará daño.

—¿De verdad?

—De verdad. Ahora me tienes que prometer que no saldrás de aquí hasta que yo llegue. Os recogeré a los dos y viajaréis a Bombay.

A Pramod se le encendieron los ojos; parecía que iba a llorar de la emoción. Abrazó a su abuela, que aún permanecía tumbada en el suelo. Levantó la mirada y preguntó:

—¿Me lo prometes?

David le mostró su índice de la mano derecha.

—*Pinky promise.*

Pramod rio. Agarró con su índice el de David como señal de promesa sellada.

Media hora más tarde, David se encontraba frente a Rama Clinic.

21

Era una calle sin asfaltar. Un pequeño cartel con las palabras «Rama Clinic Pvt.» colgaba de la puerta de entrada al edificio de dos plantas. «Pvt.» significaba que no se trataba de un centro público, sino privado. De ese modo, no solo evitaban que la gente local entrara buscando tratamiento, sino que podían llevar a cabo experimentos de forma más efectiva, a puerta cerrada y sin llamar la atención.

Las edificaciones de alrededor eran de cemento y chapa de uralita. A pocos metros, unas mujeres lavaban ropa en la calle, pero al ver llegar al extraño visitante, recogieron todo y se fueron a otra parte con sus enseres. Al fondo de la calle, unas cabras atadas con cuerdas de bambú movían las mandíbulas satisfechas de comer de un montón de basura.

David pensó que el motivo de situar aquella clínica en esa zona era para pasar desapercibida por ser un lugar falto de medidas en caso de una inspección. De ahí la necesidad de recibir subvenciones a través de una larga cadena de ONG que obtenían beneficio.

De hecho, ya había sido noticia desde hacía tiempo que en las farmacias de la India se vendían medicamentos experimentales. Los que verdaderamente funcionaban eran los que se exportaban a países desarrollados.

Estaba documentado que tales empresas de medicinas se dedicaban a imitar sus propios medicamentos antes de que la

patente caducara. Solo tenían que crear una marca blanca, cambiando incluso el formato y los colores en las cajas.

La mala praxis médica era verdaderamente rampante y cruel en la India, desde el tema del tráfico ilegal de órganos hasta la venta de fetos abortados o bebés nacidos muertos a empresas que se dedicaban a fabricar sin ningún control pastillas que no dejaban de contener bacterias y eran muy dañinas para el cuerpo humano. Hasta comercializaban con el polvo de fetos, vendiéndolo como una mejora para la circulación y el aumento del volumen de sangre.

Todo valía hasta que alguien, en la cadena de beneficiados —médicos, policías, políticos u otros funcionarios—, se quedaba sin el soborno y la comisión, o esta menguaba, y alertaba a los medios de comunicación sobre lo que sucedía. O bien era denunciado y, entonces, los eslabones se rompían. Pero, como una hidra, el mismo negocio surgía en otro lugar. La India tenía muchos rincones para albergar este tipo de actividades.

David quitó el pestillo de la verja metálica de la entrada. Levantó la mirada; una cámara de seguridad le vigilaba. Subió los escalones y accionó el timbre.

Dos guardas de seguridad aparecieron, uno por la puerta principal y otro por detrás de David.

—Quiero ver al señor Venkatesh.

El guarda que tenía delante abrió más la puerta y le indicó que pasara.

David entró. El interior era todo muy moderno y extremadamente limpio. Todo lo contrario a lo que se podría uno imaginar viendo el cochambroso paisaje exterior y la fachada del edificio. No había ni un papel en el suelo. Todo era blanco y daba la impresión de ser el decorado de una película de ciencia ficción, como *2001: Una odisea en el espacio.*

La puerta se cerró a su espalda.

—No tiene usted cita con el señor Venkatesh —dijo el primer guarda de aspecto duro y nervioso, mostrando una tensa sonrisa.

El guarda situado a espaldas de David lanzó una mira inquisitoria a su compañero y este asintió.

El gesto no pasó desapercibido para David, que se echó hacia un lateral justo cuando el guarda le iba a golpear en la cabeza con una porra. Se giró, rápidamente le propinó un puñetazo en el estómago y, cuando se inclinó, le quitó la porra de la mano y le asestó un tremendo golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente en el suelo.

El otro guarda iba a reaccionar, pero un hombre con bata blanca apareció por el pasillo. Tenía la tez aceitunada, era alto, delgado, de nariz ancha, con poco pelo y llevaba unas finas gafas. Su aspecto era escalofriante. Era una versión india de Vincent Price.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —No esperó a que David respondiera, ya que denotó por el aspecto del visitante que pudiera ser algún investigador privado para averiguar las actividades que realizaban en la clínica. Hizo una señal al guarda de seguridad—. Sáquelo de aquí y llame a la policía.

El guarda tocó con su porra el hombro de David. Craso error. David apartó el arma con su mano izquierda al tiempo que le propinaba una violenta patada en la ingle. El hombre puso cara de dolor, se sujetó la entrepierna y cayó de rodillas. Entonces, David le golpeó la cabeza con la porra de su compañero.

Venkatesh corrió de vuelta por el pasillo. Entró en una gran sala, sin ningún encanto, aséptica y bien acondicionada. Agarró un teléfono fijo.

En un lateral, sobre una camilla metálica, yacía el cuerpo desnudo de un hombre mayor. Era todo pellejo. Las costillas y los demás huesos casi se transparentaban a través de la fina piel correosa.

Cuando Venkatesh iba a hablar por el auricular después de marcar el número de la policía, David apareció y le arrebató el aparato.

Venkatesh, asustado, se alejó.

—¿Quién es usted? —gritó.

—Digamos que soy la persona que le llevará a la muerte. —Le señaló—. Se pudrirá en el infierno.

Levantó la porra para asustarlo.

—Dime para quién trabajas o te abro la cabeza.

La amenaza dio resultado, Venkatesh tuvo miedo de que hiciera con él lo mismo que con los guardas, pero con más violencia.

—Paladin.

Al escuchar aquello, la batalla mental que se libraba en el interior de David quedó reflejada en su expresión. Si estaban metidos en la elaboración de medicamentos y de experimentos médicos, y habían enviado asesinos profesionales a la India para matarle, quería decir que el motivo de eliminarlo era porque le consideraban una persona valiosa para Hassena, jefa del crimen organizado en Bombay, y, por tanto, en contra de sus intereses.

¿Habían subvencionado contratos a mercenarios para asesinarlo para luego ir contra Hassena? ¿Estaría operando Paladin desde la India y no desde el extranjero como había pensado?

—Es el nombre de la empresa. Dígame el nombre de la persona o de la gente que hay detrás.

—No lo sé.

David exhaló un suspiro.

—No le volveré a preguntar.

—Se lo juro. Me contactaron por correo electrónico. Quienquiera que sea acudió a mí.

—¿Cómo sabe que se llama Paladin?

—Las transferencias que me realizan las hacen al banco con ese nombre.

—Le pagarán bien. Muy bien, digamos.

—Hago lo que me piden.

—Y, dígame, ¿qué cargo ostenta?

El hombre vaciló antes de volver a hablar.

—Soy el director de operaciones médicas en la India.

—Ya. Usted es el empleado del empleado del empleado, es decir, un pringado que han dejado a su cargo en este rincón del país. ¿No guarda rencor alguno a sus superiores por haberle dejado solo en este laboratorio situado en un miserable sitio? ¿Y sobre las muertes que usted causa?

Venkatesh caviló al respecto.

—No sabe usted de lo que habla porque no tiene ni idea de la magnitud de nuestro trabajo. Es un privilegio pertenecer a este

programa de investigación. A mi organización le pagan las empresas farmacéuticas ingentes cantidades de dinero. Usted no podrá jamás interferir en la relación. Nunca podrá encontrar un nexo entre las muertes que menciona y esta organización. Esas personas estuvieron aquí y se sometieron a pruebas por propio consentimiento.

David suspiró. «Otra vez la misma historia —pensó para sí mismo —. El empleado que dice cumplir órdenes sin cuestionarlas. Como un soldado profesional».

Sin esa actitud de devoción a sus jefes, esa cadena de mando inquebrantable dejaba de funcionar. Por este motivo, Venkatesh no iba a ponérselo fácil, porque no quería que una persona como David interfiriera en su trabajo.

—Háble me sobre Paladin. ¿Qué sabe de esa empresa?

—No puedo decirle mucho, excepto que desde hace pocos días ha viajado gente aquí a la India.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo lo sabe?

—Me pidieron material médico.

—¿De qué clase?

—Cajas de primeros auxilios, ya sabe, vendas, medicamentos, etcétera.

David continuó.

—¿Conoce el verdadero nombre de alguno de ellos?

—No los he visto nunca. No sé quiénes son.

—¿Dónde recogieron el material?

—Nadie ha venido a recogerlo. Me contactarían si llegaran a necesitar primeros auxilios. En la nota me dijeron que lo tuviera listo en caso de alguna emergencia y que guardara la mayor discreción posible.

—No se preocupe, que no se lo diré a nadie —dijo David con tono sarcástico—. Ahora, dígame, ¿cuántas personas ha utilizado para los experimentos que realiza?

—Desde hace tres años… —Hizo una pausa como para pensar la respuesta—. Unas mil cuatrocientas.

—¿Tiene sus nombres en una lista? ¿Les hace un seguimiento, una revisión…? ¿Cuántas personas han padecido secuelas graves?

¿No hay alguien más que revise las buenas prácticas?

—Solo hago seguimiento a los que considere más oportunos. Según la importancia de lo que estemos desarrollando. Tenga en cuenta que muchos son analfabetos, campesinos o de pueblos que no están censados. Incluso disminuidos físicos.

—Muy conveniente si les surgen problemas de salud, ¿verdad?

—Esto es la India, si eres un extranjero y no te gusta, te vas. Punto. Si has nacido aquí, aceptas tu destino, karma o como quieras llamar a tu propósito en la vida. Hay mucho dinero para carreras espaciales, para ser una potencia nuclear y mandar satélites al espacio, pero a los indios les importa una mierda qué les sucede a sus congéneres. Siempre y cuando una noticia no sea utilizada por los medios de comunicación para atacar al partido opositor en el gobierno. Nadie actúa. Y si lo hacen, es por motivos oportunistas, nunca por el bien común. Aquí nadie sigue una conducta de neutralidad. Los medios trabajan, casi unánimemente, en una misma dirección, por ambición, miedo o lo que sea, pero siempre se alinean al lado del poder. En resumen, puedes hacer lo que quieras moviendo ciertos hilos.

—Ya, pues el apoyo del inspector Vinod se le ha acabado.

—¿Qué quiere decir?

—Que está muerto.

—No sé si sabe usted que en este país un médico vive con un mísero salario —dijo Venkatesh con gesto sombrío.

—No me venga con el cuento de que no tienen más remedio que aceptar sobornos y realizar actividades ilegales por sobrevivir. El mismo argumento que daría un juez, un abogado de oficio, un profesor de escuela, un político, un periodista y un policía.

—No estoy hablando de mí. Lo que le vengo a decir es que las grandes multinacionales farmacéuticas les ofrecen incentivos tales como viajes pagados a Europa para asistir a conferencias y ciertas cantidades de dinero, así que resulta difícil negarse.

—Es decir que el propósito es lucrarse, no sanar a las personas. No es nada nuevo.

Venkatesh hizo una mueca.

—Pero se acaba encontrando alguna vacuna o medicación que ayuda a los diabéticos, a los asmáticos, a los enfermos de cáncer. Yo me dedico a la investigación de enfermedades que afectan al noventa por ciento de los enfermos que hay en el mundo.

—¿Llama investigación a inocular enfermedades a la gente para ver cómo sus cuerpos reaccionan y después aplicarles un experimento de vacuna para ver si les cura? —preguntó David, irónico.

—Al menos nosotros les ofrecemos algún medicamento experimental cien por cien gratuito. Si funcionan nuestros medicamentos, las empresas farmacéuticas consiguen la patente. No somos el demonio. Luchamos por encontrar soluciones a la obesidad, a la depresión, en fin, a la mayoría de las enfermedades. Además, no se puede objetar nuestro trabajo porque las personas que se someten a mis ensayos firman un documento de aceptación.

—Claro, firman sin leer la letra pequeña. Reclutan a analfabetos que no saben ni hablar inglés.

—Pero lo hacen por propia voluntad.

—¡Ah, y no son ustedes el demonio! —exclamó David, enfadado. Arrugó el ceño antes de añadir—. Dígame quién ha cometido los recientes asesinatos. ¿Por qué razón los han matado? ¿Por qué fueron sus cuerpos incinerados sin autopsia y sin guardar la documentación requerida?

—Necesito estudiar toxinas peligrosas para los humanos. Por ejemplo, estos últimos meses estoy investigando los compuestos químicos llamados nonilfenoles, utilizados en diversos procesos industriales, principalmente en la fabricación de detergentes y productos de limpieza. Pero también en la producción textil. En la actualidad, la India exporta mucho textil del hogar y de ropa al extranjero, y estos componentes se encuentran en la producción textil como toxina peligrosa que causa trastornos hormonales. Por lo tanto, representan una amenaza para la salud humana, además de para el medio ambiente. Mire todos estos productos.

Venkatesh quitó una lona y mostró varias muestras de distintos tipos de productos textiles. Había paños de cocina, alfombras de pie

de cama, manteles estampados, cortinas, edredones, sábanas, cojines y demás productos con vivos colores y diseños estampados.

—¿Y cuál es el proceso que emplea? —preguntó David con curiosidad—. ¿Cuáles son los pormenores del procedimiento?

—Por ejemplo, en el tema del textil, como le he comentado, me he centrado en la inmunogenicidad de las personas. En una primera fase les inoculo vía intravenosa unas dosis de moléculas que he estudiado en el laboratorio sobre la base de estas muestras que vienen de todos los rincones de la India —comentó señalando los productos amontonados de textiles del hogar—. Y en una segunda fase, veo a estas personas y analizo qué reacciones han tenido. Y en la tercera fase, les proveo de curas experimentales.

—¿Y funcionan esas curas?

—Unas veces sí, otras no.

—Y Paladin gana un tanto por ciento vendiendo los medicamentos de cura para las enfermedades que se crean intencionadamente. Es decir, crear una marca barata pero de calidad; para eso está usted aquí experimentando con personas inocentes como cobayas.

—No se lo voy a negar. Si conseguimos la fórmula para tratar enfermedades, por esa molécula Paladin puede obtener cifras astronómicas, como unos quinientos millones de dólares americanos. Pero, por otro lado, obtendríamos una nueva medicación contra la enfermedad y salvaríamos vidas.

—Hay una señora muy mayor que vive en la barriada de chabolas que están levantadas junto al vertedero municipal, a las afueras de Nashik. Sé que ha estado usted allí con el inspector Vinod, porque me lo han dicho testigos. Ella ha participado en sus experimentos. Su nieto se llama Pramod. Es todo lo que sé.

El hombre se encogió de hombros.

—He visto muchas ancianas, la verdad. Quizá cientos. No sé de quién me habla.

—¿Se da cuenta? Si hubiera tenido un listado de pacientes, hubiera podido identificarla. Esta mujer no se puede levantar apenas y le duelen mucho los huesos. ¿Qué antídoto han creado?

—Posiblemente no vino aquí cuando se le dijo que lo hiciera y ahora está sufriendo las reacciones de la molécula que se le implantó.

—¿Qué medicina se le puede dar para recuperarse?

Venkatesh se giró y le tendió una pastilla blanca del tamaño de una moneda.

—Es efervescente. Tiene que tomársela con agua templada. Los efectos se notarán enseguida.

David se la guardó en el bolsillo. Luego señaló el cuerpo desnudo del anciano postrado en la camilla.

—¿Qué pensaba hacer con este pobre hombre?

—Lo iba a poner en la cámara frigorífica —respondió señalando una puerta de cristal.

Por un instante, a David se le puso la piel de gallina.

—Abra la puerta.

Venkatesh dio unos pasos hacia el otro lado de la sala e hizo lo que se le ordenó. Al abrir el cerrojo y empujar para fuera la puerta, un vapor de frío salió como si fuera una sauna.

David ojeó el interior. Había un pasillo de muchos metros de largo. A ambos lados había camillas. La temperatura estaría al menos a dieciocho grados bajo cero.

—¿Cuántos cuerpos hay ahí dentro?

—Ciento cincuenta.

—Ciento cincuenta… —repitió David. Cogió del brazo a Venkatesh y lo arrojó al interior, cayendo al suelo. Antes de cerrar la puerta con el cerrojo, gritó—: ¡Ahora habrá ciento cincuenta y uno!

—¡Déjeme salir! —gritó.

David se aproximó al cristal.

—Espere sentado a recibir ayuda. Igual tardan un poco. —Y añadió en tono sarcástico—. Es que esto es la India, ¿verdad?

Mientras David se marchaba de la sala, Venkatesh gritaba desde el interior de la cámara frigorífica, golpeando con el puño la puerta de cristal, pero era tan gruesa que nunca conseguiría romperla. Con los escalofríos, su temperatura corporal fue descendiendo hasta producirle un fallo cardíaco y respiratorio.

22

David recorrió la clínica. Era especialmente amplia y con mucha ventilación. En la planta inferior encontró el laboratorio, del tamaño de medio campo de fútbol. Parecía un parking subterráneo.

Entonces, levantó la mirada. ¿Cómo no había pensado en ello? Una cámara de vigilancia le miraba. Quien quiera que estuviera al otro lado monitorizándole, tendría argumentos para ir contra él. ¿Era el siniestro Paladin? Ya era tarde para prevenir que no le grabaran.

¿Cómo aquella clínica había pasado desapercibida para las autoridades? Mucha gente estaría untada de dinero para hacer la vista gorda y oídos sordos.

Además de tres modernos ordenadores de mesa y otros aparatos electrónicos, el laboratorio estaba provisto de muchas vitrinas y muy bien equipado con todos los accesorios necesarios, grifería, tomas de agua en largas mesas y diversos aparatos que habían de ayudar a la elaboración de experimentos médicos.

En un armario encontró varios bidones en cuyas etiquetas se advertía que contenían líquido inflamable. Lo vertió todo por encima de todos los aparatos del laboratorio.

Encontró un encendedor eléctrico, para calentar tubos de ensayo, en uno de los cajones y prendió fuego. Una llama azul muy viva fue recorriendo el laboratorio.

Luego sacó a rastras a los dos guardas de seguridad y los dejó en el suelo de la calle opuesta.

Todo fue pasto de las llamas. El depósito de combustible de la clínica se incendió y levantó un metro en el aire el generador, lanzando letales fragmentos de metal por todas partes del edificio.

Conforme David se marchaba del lugar, densos penachos de humo negro se alzaron hacia el cielo.

Volvió al vertedero y recogió a Pramod y a su abuela. Antes de salir, le suministró la cura a la mujer, la pastilla efervescente. David se quedó sorprendido de la reacción, ya que en pocos minutos la mujer fue encontrándose mucho mejor: podía caminar con facilidad y se valía por sí misma.

—¿Me dejas conducir? —preguntó el joven señalando el interior del autorickshaw.

—Ni hablar —contestó David con una sonrisa—. Pero haremos una cosa.

—Lo que tú digas.

—Si estudias mecánica, te regalaré una moto.

Pramod aplaudió y miró a su abuela buscando su complicidad. Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Lo prometes?

—Hasta ahora he cumplido mi palabra.

—Hecho. Estudiaré.

Los llevó a la estación de tren y les compró billetes para Bombay en primera clase, ya que pensó que la mujer estaría mejor en un vagón mejor acondicionado.

El andén estaba muy concurrido. La estación de tren ya de por sí era un hervidero de actividad. Había grupos de viajeros nacionales y turistas que escaneaban nerviosos los monitores electrónicos para comprobar el anuncio del andén de salidas, retrasos, cancelaciones y llegadas, perros callejeros yendo de acá para allá, mendigos, vendedores ambulantes y gente, mucha gente.

Como en toda la India, en cualquier sitio abarrotado de personas, fuera en las calles, centros comerciales, templos, parques o lugares de transporte, era una especie de caos controlado.

Se veía mucha seguridad por los alrededores. Durante la espera, David le compró una Coca-Cola a Pramod y un té masala a su abuela. Preguntó al vendedor qué sucedía en la estación, y él,

señalando al otro lado de la plataforma, le informó de que se esperaba la llegada del político Kanshi Jaishankar.

Luego, David puso en una bolsa de plástico un paquete de anacardos picantes, un paquete de galletas Parle y dos bolsas de patatas *tikka masala*. También compró dos botellas de agua mineral de litro y medio. Y dio un fajo de billetes a Pramod, que al joven le pareció una cantidad astronómica.

El joven sonrió ante tanta propiedad que poseían.

—Cuida de tu abuela hasta llegar al albergue —le dijo David—. Y atento durante el viaje con los ladrones.

—Lo haré.

—Repite conmigo lo que te he dicho antes.

—Cuando lleguemos a la estación de Bombay, cogemos un autorickshaw y vamos directos al albergue del padre Gabriel. Le tengo que decir que vamos de tu parte, que estás en Nashik y pronto regresarás.

—Muy bien. Aquí llega vuestro tren.

Al detenerse en el andén, algunos pasajeros se bajaron y otros nuevos lo abordaron.

David los acompañó hasta sus asientos. Habló con el revisor y le pidió que avisara con antelación a sus amigos de la llegada a la estación de Bombay, donde se tenían que bajar. Se despidió de los dos y repitió a Pramod que estuviera atento en todo momento y cuidara de su abuela.

El tren solo tardó unos minutos en volver a ponerse en marcha otra vez.

Pramod se asomó a la ventana y se despidió efusivamente de David.

Él los vio marchar.

Enseguida le llamó la atención la multitud que cruzaba la plataforma para llegar al andén opuesto y conseguir ver de cerca al conocido político que estaba a punto de entrar en la estación.

Movido por la curiosidad, David subió las escaleras y fue hasta allá. Al llegar, la muchedumbre era tan densa que no podía ver entre los hombros de las personas que tenía delante. Entonces, se puso de pie sobre una caja de madera junto a una columna.

El convoy del político comenzó a entrar en la estación. Los colores del azafrán, el blanco y el verde ondeaban entre pancartas, gritos, silbidos, rugidos atronadores, cánticos, creando una escena vibrante, caótica. Cientos de seguidores agitaban banderas, lanzaban pétalos de flores y coreaban el nombre del político indio con fervor casi religioso.

Cuando el vagón se detuvo en el andén, la multitud rompió en vítores y los tambores y trompetas de la orquesta retumbaron, marcando el ritmo de la bienvenida. Kanshi Jaishankar se asomó, saludando a la enfebrecida multitud que lo aclamaba. Entonces, se produjo una explosión masiva.

PARTE TRES
ASESINATOS SELECTIVOS

23

Julián Fernández se quedaba muy a menudo trabajando hasta altas horas de la noche en el Cervantes, la organización de inteligencia clandestina que dirigía en Madrid. En ocasiones, incluso cuando no era necesario, porque no le gustaba irse a casa, donde vivía solo.

Había también otra razón primordial. Era consciente de que, aunque se mantenía despierto en todo momento y no tenía problemas cognitivos, la vida durante años como agente de inteligencia le había pasado factura: el trabajo le había consumido de tal forma que no había nada más importante en su vida. Y, además, con más de sesenta años a sus espaldas, se consideraba un afortunado porque le gustaba su trabajo.

Trabajaba con un estilo y un horario poco convencionales porque consideraba que en la actualidad el campo de la inteligencia no era nada precisamente fácil, ya que estaba en constante cambio, y es que en los últimos años se habían producido en el mundo cosas inquietantes. A él le gustaba sentirse por delante, anticiparse a los hechos y a los problemas.

Pero evitaba estar solo en su residencia para no tener tiempo de analizar lo que, a lo largo del día, por falta de tiempo o tranquilidad, no había hecho. «El dar vueltas a la cabeza sobre el trabajo», como lo denominaba.

Porque durante las constantes llamadas, reuniones, el ajetreo diario, etcétera, había asuntos que se le quedaban pendientes por

resolver y estos se almacenaban en el subconsciente.

Y es que su memoria trabajaba mejor que la de un ordenador. Si la información pasaba a través de su oído o su vista, se le quedaba grabada y la analizaba de inmediato de forma automática.

Como siempre se le ocurrían ideas ortodoxas, para no tener que tener estos pensamientos sobre el trabajo cuando estuviera solo, se había puesto una moderna máquina de *treadmill* en el salón de su apartamento y, al lado, una bicicleta estática. Enfrente se había instalado una enorme pantalla plana de televisión donde veía las noticias y películas clásicas mientras hacía deporte.

No le gustaba envejecer, aunque había asumido el transcurrir del tiempo y la necesidad de disfrutar el día a día. En alguna ocasión se había preguntado qué sentido tenía su vida: mientras fuera salvar vidas humanas y proteger los intereses de su país, ahí estaría dirigiendo el Cervantes, aunque fuera a horas intempestivas.

A lo largo de su carrera se había situado voluntariamente en un lugar de la sociedad donde de forma recurrente se veía forzado a actuar en contra de sus creencias. Como, por ejemplo, el dar el visto bueno a torturar y asesinar a personas cuando la necesidad imperiosa lo requería para evitar males mayores.

En Madrid, en aquel día y hora, Julián no tenía tiempo de volver a casa. Su jornada diaria estaba ocupada en atrapar al grupo terrorista GRG (Glocalization Revolutionary Group), que había asumido los últimos y devastadores atentados en el extranjero.

Sus pensamientos estaban una y otra vez en toda la información que habían estado obteniendo de los terroristas con la irritante sensación de terminar constantemente en un callejón sin salida.

Se encontraba reunido con su agente, Laura García, jefa de operaciones del Cervantes, y con el informático de origen indio, Varun Grover.

Entre las muchas cualidades que hacían de Laura una agente de inteligencia particularmente indispensable en el Cervantes, había que incluir la tenacidad. A veces llegaba a ser tozuda como una mula, pero su lealtad y, sobre todo, su excelente capacidad deductiva y de análisis compensaban ese defecto.

Varun, experto en tecnologías de la información y la comunicación, era muy meticuloso. Tenía el detalle de tomarse el tiempo que fuera necesario para todo lo que de alguna forma tuviera relación con el trabajo. Podían ser menudencias que al final resultaban carentes de significado, y otras veces no, porque consideraba que las aparentes pequeñeces solían dar claves y pistas importantes en una u otra dirección.

Durante los últimos días, los empleados del Cervantes no podían haber presentado un aspecto más tenso. Era como si cada uno de ellos llevara el peso del mundo sobre la espalda.

Julián miró una vez más el mapa digital de la ciudad de Madrid y estudió con minuciosidad el plan de protección durante el recorrido de la comitiva del sumo pontífice León XIV en su primera visita a España, programada para la siguiente semana.

—Tengo el presentimiento de que algo se va a la mierda —comentó Laura—. Estoy convencida de ello.

—La vigilancia en las zonas sensibles comenzó ayer por la tarde —dijo a su vez Varun.

Julián se giró hacia los dos.

—Si nuestras consideraciones son acertadas acerca de lo profesional que es el GRG, ellos ya habrán tomado la delantera. Falta una semana para la llegada del Papa, y creo que desde el Ministerio del Interior no se han hecho todos los deberes en cuanto a su protección.

Varun tecleó en su consola y mostró en la pantalla central el plano de Madrid con varios puntos estratégicos marcados en colores.

Laura señaló las imágenes conforme aparecían, y señaló:

—Han construido unas plataformas donde se expondrán los tiradores de la UEI de la Guardia Civil para garantizar la seguridad. En otras calles de Madrid estarán los GEO de la Policía Nacional.

El director del Cervantes exhaló un suspiro a modo de patente decepción.

—Eso es táctica de manual que se lleva a cabo en situaciones de alto riesgo y para operaciones de respuesta rápida —protestó Julián —. Cualquier terrorista novato estudia lo básico y de ahí para

adelante saca ideas que se desmarcan del pensamiento común, creando ideas extraordinarias.

—Que es lo que harán los grupos y organizaciones antisistema —dijo Laura.

Durante el día anterior habían llegado a Madrid raudales de manifestantes de todas partes de Europa. Todos con el interés de poder reventar la visita del Papa en España y ganar notoriedad y visibilidad a nivel internacional.

Varun intervino, mostrando en la pantalla más imágenes consecutivas.

—Los túneles, las alcantarillas, los puentes, las terrazas, las azoteas de los edificios de oficinas… Las fuerzas de seguridad del Estado están controlando todo.

—Insisto —gruñó Julián—, esas medidas de manual llegan tarde. Hay que admitir que los GRG son especialistas y deben tener ellos mismos un plan impecable para atentar.

Laura miró la alerta que le había sonado en su teléfono móvil y dijo a Julián.

—Si quieres ser puntual, tienes que salir ya para tu reunión con el director del CNI; hay tráfico en las carreteras. Y te encontrarás por el camino con bastantes manifestantes contra la visita del Papa. Muchos de ellos pasan la noche en tiendas de campaña. Cada día llegan más de todas partes de España y de otros países.

Antes de marcharse, les conminó a continuar las labores de inteligencia contra el GRG y les pidió novedades a su vuelta.

24

El director del CNI (Centro Nacional de Inteligencia) Gerardo Villegas, comenzó la reunión con Julián Fernández, con cierto énfasis.

Era un tipo pequeño, de temperamento mordaz, en ocasiones incluso hiriente y agrio, venía acompañado de una falta de empatía. En el pasado tuvo secretarias que dejaron sus puestos de trabajo de forma abrupta; aunque no se hizo público el motivo, era evidente el agotamiento físico y psicológico que sufrían.

Él argumentaba que no eran capaces de conllevar responsabilidades. Para evitar que volviera la situación, el departamento de recursos humanos del CNI decidió crear el departamento de subdirección, donde el trabajo de aquel grupo reducido de empleados englobaría las gestiones y funciones administrativas del director, como la redacción de correspondencia, la organización de reuniones, el manejo de la agenda, la atención a visitas y llamadas, y la gestión documental, entre otras.

Dos destacados elementos en su personalidad eran su comportamiento esnob y el hecho de que irradiaba un sentimiento patriótico al servir a España mucho más fuerte que el de sus predecesores en el cargo.

Para él una buena lectura era, por ejemplo, *El arte de la guerra*, de Sun Tzu; *Meditaciones*, de Marco Aurelio; *Cartas a Lucilio*, de Séneca, y *El libro de los cinco anillos*, de Miyamoto Musashi. Tenía ejemplares de estas obras en su despacho, marcados con rotulador

y anotados a boli. Las leía y consultaba casi a diario, de la misma forma que los entusiastas del ajedrez leen su literatura especializada, escudriñando las mismas combinaciones una y otra vez.

—En nuestra última reunión acordamos que Cervantes compartiría información privilegiada con nosotros y así evitar la falta de coordinación en cuestiones de seguridad. Pero parece ser que no ha sido mucha vuestra ayuda.

Julián en verdad había actuado así porque consideraba que compartir con el CNI no era inteligencia, sino política.

—Lo que nos habéis pedido siempre os lo hemos enviado a la mayor prontitud —contestó Julián con fingida actitud—. No sé a qué te refieres.

Gerardo guardó silencio, manteniendo la mirada en él.

—No me caes bien, Julián. Nunca me has gustado, ni como persona ni como profesional.

Julián esbozó media sonrisa. No le sorprendían nada las palabras que acababa de escuchar.

—Agradezco tu franqueza.

Gerardo sonrió a su vez.

—Dime, ¿cómo estás? —preguntó con empatía fingida en la voz —. Te veo mayor, cansado. ¿Duermes bien? ¿Necesitas pastillas para dormir? ¿Melatonina? ¿Quizá algo más fuerte?

Siguió observando inquisitivamente a Julián, quien, con irritación creciente, contestó:

—Te agradezco la preocupación, pero estoy bien. Supongo que no nos hemos reunido para hablar de mi estado anímico o de mi aspecto o del poco o ningún aprecio que me tienes.

Tras décadas de leal servicio, Julián Fernández abandonó el CNI. No soportaba en absoluto a los funcionarios arribistas ni a la burocracia. Ahora, se sentía un afortunado: dirigía el Cervantes, una organización capaz de operar sin trámites burocráticos, y fuera del alcance de los políticos. Además, podían traspasar las líneas rojas de la legalidad sin rendir cuentas a nadie.

—No, claro que no —asintió el director de los espías españoles—. Vayamos al meollo de la cuestión—. Debemos prevenir tentativas de

atentados mejor o peor planeados. Si los terroristas del GRG ya están escondidos en Madrid, no quiero que se salgan con la suya, atentando contra el Papa.

—Nos enfrentamos a un problema muy complicado —observó Julián—, que puede convertirse en una patata caliente para todos nosotros.

—¿Has hablado con el director general de la Policía Nacional?

—Tengo cita con él.

Gerardo se levantó y caminó con paso pesado de un lado a otro del despacho, detrás de su escritorio.

Julián le observaba.

Finalmente, Gerardo rompió el silencio y volvió a sentarse.

—Si todos los directores de organizaciones de inteligencia tuviéramos que renunciar porque asumimos la culpa de los demás, en este país solo quedarían la gentuza y los idiotas —manifestó con sinceridad—. ¿Has pensado en ello?

—No me planteo que la visita del Papa salga mal.

—Yo he de obedecer órdenes y tú también —alegó Gerardo—. Cualquier funcionario de alto rango sentirá en estos momentos una cierta angustia ante la amenaza de ser suspendido o incluso cesado si las cosas acaban mal.

—Lo de funcionario habla por ti.

Gerardo carraspeó. No le gustaba la forma en que se dirigía a él, con esa actitud tan impulsiva al decir las cosas, y eso le irritaba mucho. Si hubieran estado reunidos delante de terceros, lo habría amonestado y habría terminado abruptamente la reunión.

—Julián, a esta hora del día no me hagas pillar un cabreo de tres pares de narices. Hasta el día de hoy tu organización de inteligencia Cervantes es financiada por distintos y diversos grupos internacionales. Recibís incluso financiación de los fondos de la Comisión Europea. Aunque es muy complicado saber de dónde procede la cantidad ingente de dinero que tenéis, porque la cortapisa que habéis creado es de lo mejor que hay en el mundo de la inteligencia. No fuerces hasta el extremo tu suerte.

En parte era verdad. Intentar localizar las cuentas bancarias del Cervantes a través de su actividad financiera era una labor inútil. Las

cuentas bancarias y las tarjetas de crédito que sus empleados usaban sin límite alguno se vinculaban a direcciones y empresas falsas de todo el mundo. El departamento informático del Cervantes, con Varun Grover a la cabeza, había creado un laberinto de callejones y puntos muertos sin salida a cualquier persona u organización que se aventurara a investigarlos.

—Y los resultados de nuestro trabajo lo respaldan y lo consolidan, ¿no es así? No creo que nadie tenga motivos para cuestionarlo.

—No, claro que no. Habéis contribuido a salvar vidas. Sin embargo, se ha presentado un borrador de proposición de ley para que tu organización pase a estar unida al CNI, como lo están la CIA y su Centro de Actividades Especiales, los SAC. Es decir, que seáis responsables de las operaciones clandestinas y encubiertas en las cuales el gobierno no desea estar públicamente involucrado.

—¿No es eso lo que hacemos?

—El CNI tendría que mantener vuestra capacidad y, estando el Cervantes en nuestra órbita, seríamos la única agencia gubernamental en llevar a cabo operaciones clandestinas, pero por ley hoy en día estamos atados de pies y manos. No tenemos autoridad legal para aprobar acciones encubiertas, ni tampoco la agilidad operativa para ejecutar el tipo de misiones que suele realizar el Cervantes.

—¿A dónde quieres llegar?

—Que si nos llevamos bien, aunque la ley se apruebe y acabéis bajo nuestro escrutinio, yo tendré muy buena consideración contigo para no entrometerme en vuestro trabajo y que continuéis operando de manera independiente y sin ninguna intromisión por nuestra parte.

Julián asintió y se reservó sus comentarios.

Gerardo abrió una carpeta. A juzgar por su contenido, cuatro o cinco folios, Julián esperaba que la reunión no se prolongara demasiado.

El director del CNI echó un vistazo a la primera hoja y después levantó la mirada.

—Sí, ya veo que vuestros analistas nos han mandado todo con mucho detalle. Todo parece muy sencillo y bien preparado.

—Sin embargo, la ruta del Papa ha sido publicada en los medios.

—¿Qué quieres decir?

—Que los medios de comunicación han publicado la ruta de la comitiva alto y claro.

Aquella misma mañana las redes sociales y medios de comunicación habían mencionado no solo el itinerario sino el programa de la visita del pontífice. Llegaría al aeropuerto madrileño de Barajas al mediodía. Tras ser recibido por los reyes de España, el Gobierno, autoridades locales y religiosas, se trasladaría a la nunciatura, su lugar de residencia, donde por la tarde se reuniría con los reyes y tendría un encuentro con el presidente del Gobierno y su familia. Por la tarde-noche presidiría en el aeródromo de Cuatro Vientos, en el suroeste de Madrid, una multitudinaria eucaristía concelebrada por cardenales, arzobispos y obispos.

—Bueno, eso lo esperábamos —dijo Gerardo—. Cuando todo esto acabe y haya que pedir responsabilidades por algún lapsus o error, los altos cargos políticos darán un comunicado incoloro por televisión sobre lo ocurrido.

—Una pregunta que quisiera hacerte muy importante —inquirió Julián—: ¿Lanzaréis drones y demás aparatos voladores?

El director del CNI soltó una carcajada.

—Eso de llamar «aparatos voladores» a los drones es como llamar «suelo» a la cubierta de un barco militar. Es ofensivo a oídos de un profesional.

—Me refería a los drones israelíes que tenéis —replicó Julián—. Los modelos como el Heron 900 y el Hermes 45.

—Por supuesto, Julián. Creo que nos subestimas y me ofende. Como en otros países, aquí se ha intentado cometer atentados —continuó Gerardo—, tanto poniendo en la mira a políticos nacionales como a extranjeros. De manera que te diré que tenemos una considerable experiencia. Estamos cualificados de sobra. No vengas a darnos lecciones.

—Entonces, ¿se supone que tengo que estar más tranquilo? Tú sabes muy bien lo que sucede en estas situaciones de emergencia.

La falta de coordinación entre las fuerzas de seguridad, guardaespaldas, escoltas, seguridad privada, policía municipal, policía nacional, guardia civil, etcétera.

Gerardo se quedó callado un instante mirando fijamente a Julián.

—Por supuesto que puede existir el riesgo de órdenes contradictorias y confusión. Pero no entre nosotros. La protección ya está organizada y todos mis hombres son conscientes de su tarea. Quizá deberías asegurarte de que el director general de la Policía Nacional no la pifie, porque sus hombres son los que estarán a pie de calle durante todo el itinerario.

—Precisamente voy a reunirme con el director de la Policía Nacional para que no haya errores en nuestras comunicaciones.

—Julián, de verdad, te agradecería que fuéramos nosotros con quienes compartas las exclusivas que obtengas de los GRG. Así podremos coordinar las detenciones con la Policía y la Guardia Civil. Las preguntas sobre quiénes son, cómo y cuándo sobran. El porqué ya lo sabemos: son unos locos. Saber dónde están es lo más prioritario.

Julián se levantó. Pero Gerardo permaneció sentado como si quisiera dar a entender que él estaba en una posición dominadora.

—Estupendo, ¿algo más que añadir?

—Sí, Julián. Si los del GRG se salen con la suya cometiendo un atentado, me lo tomaré como un fracaso personal —le señaló con un índice admonitorio—. Si la situación se desmadra, tú y yo cargaremos con la culpa, y será el fin del Cervantes y tu jubilación. No trabajarás más en el mundo de la inteligencia en tu puta vida. Y yo me iré a mi chalet en Marbella con un retiro de oro. Disfrutando de la invitación de los ricachones iraníes en sus mansiones y en sus yates. Menudas fiestas se pegan estos musulmanes. Los árabes son más sosos.

—¿Con los iraníes…? ¿Lo dices en serio?

Gerardo sonrió forzadamente y enarcó las cejas.

—*Gaidamet* significa «que te jodan». Esto es lo que te responderé el día que te quedes sin el Cervantes y vengas a pedirme un puesto de trabajo en este edificio. ¿Ves? Estoy afinando mi farsi.

—Eso estará por ver.

—Indudablemente, lo verás si todo acaba yéndose por el inodoro. Pero ¿tú eres consciente de que si sigues con este empecinamiento personal de dirigir el Cervantes a expensas del gobierno puedes acabar en la cárcel?

—¿Quieres disuadirme de dejar el Cervantes?

—Más pronto o más tarde tu agencia será absorbida por el Ministerio de Defensa, y estaréis todos trabajando aquí, en el CNI. En la cocina les diré que en la cafetería den a los ex-Cervantes, guisantes fríos, filete seco de ternera como suela de zapato y puré de patatas durante los siguientes tres meses a vuestra incorporación. Si no les gusta a tus empleados, que se traigan la fiambrera de casa. Con esa dieta se os bajarán los humos, que os creéis la aristocracia del mundo del espionaje. Tus métodos deleznables e ilegales quedarán en el pasado.

«Válgame, Dios. Qué elemento», pensó Julián.

—¿Deleznables? No me des tú lecciones de moral.

—Tienes que admitir que te haces mayor, Julián. La guerra a la que nos enfrentamos hoy en día las organizaciones de inteligencia ya no es tu guerra.

Antes de abrir la puerta y marcharse, él le replicó:

—Ya lo creo que lo es —Julián guardó un instante de silencio manteniéndole la mirada, sonrió y dijo—: *Gaidamet.*

25

Tras el atentado en la estación de tren, David Ribas consiguió refugiarse en un hotel para mochileros en el centro urbano de Nashik. En aquella aglomeración urbana pasó el día en anonimato.

Se curó las heridas con productos que había comprado en una pequeña y vieja farmacia a pie de calle. Tan solo tenía una serie de moratones en las piernas y en el costado, algunos rasguños y un corte en el hombro debido a la metralla de la explosión. Nada grave.

Se compró ropa nueva en un mercado local. A decir verdad, eran prendas usadas que habían sido lavadas, empaquetadas, etiquetadas y puestas a la venta como ropa nueva.

Después de afeitarse con una cuchilla desechable y lavarse el cuerpo con fruición bajo la ducha usando una pastilla de jabón Dettol, salió a comer.

Comió copiosamente un plato de huevos revueltos con mucha mantequilla de búfala, parathas rellenas de patata, chili verde y masalas, y a un lado un cuenco de yogur natural fresco.

La televisión estaba puesta en el interior del pequeño comercio. El gerente, un hombre vestido con *dhoti* (prenda masculina enrollada alrededor de la cintura; se pasa el extremo entre las piernas y se anuda en la espalda o en la cintura) y camiseta blanca sucia de tirantes, sirvió un té masala a David y subió el volumen.

David y otras personas más prestaron atención a las noticias que hablaban sobre el reciente trágico suceso:

«El presidente del partido opositor del Congreso, Kanshi Jaishankar, visitó una zona rural. Al llegar a la estación de tren, su vagón explotó, matándolo en el acto. Tanto él como el jefe de seguridad, miembros de seguridad del Estado y tantas otras personas que se encontraban en el andén murieron en el acto y sus cuerpos quedaron destrozados. Un jeep de la policía que se encontraba a varios metros fue propulsado por encima del muro de la estación y cayó al exterior, matando a cuatro personas. Después de la explosión, tres hombres entraron en la estación y lanzaron granadas de mano al andén y a los vagones. A continuación, los terroristas abrieron fuego con sus fusiles de asalto […]».

El presentador de las noticias dio paso a un reportero que retransmitía desde el lugar de los hechos. A su alrededor había vidrios, piedras y metales de las estructuras destrozadas de la estación:

«Todo esto parece el escenario de una película apocalíptica, de ciencia ficción. Pero no lo es. Esto es real, catastrófico. Tras el ataque, una nube de humo absorbió los cuerpos despedazados, envolvió toda la estación y ha tardado mucho tiempo en disiparse, lo que no ha ayudado al equipo de rescate. Se sabe que los terroristas iban enmascarados, fuertemente armados y vestidos con ropa de paisano. Varios centenares de niños escolares que se habían reunido aquí para la espera del político quedaron heridos. En total, más de ciento cincuenta personas han muerto y se espera que la cifra aumente. Sin embargo, hay un superviviente ingresado en el hospital Ashwini que dijo ver el rostro de uno de los tres terroristas cuando este, tosiendo, se quitó el pasamontañas para poder respirar debido a la espesa nube de humo».

Los medios de comunicación estaban todos de acuerdo, había sido un espeluznante ataque terrorista.

Más tarde pudieron encontrar restos del líder del partido opositor esparcidos por el andén.

Pero lo más significativo del atentado fue que los terroristas no se limitaron a hacer estallar una bomba. Poco después de que el bramido de la explosión desapareciese, empezaron a oírse disparos.

Los gemidos y gritos desesperados pidiendo ayuda, maldiciones histéricas y todos los sonidos humanos fueron ahogados por los ruidos del tableteo de fusiles de asalto.

Como continuó informando el reportero, un grupo de personas armadas había irrumpido en la estación, matando a todo lo que se movía. Estuvieron asesinando a sangre fría durante cinco minutos antes de huir de la zona.

«Los terroristas huyeron en distintos coches y no se sabe nada de ellos tras la masacre. Habrá que esperar al testimonio del superviviente para conocer más noticias sobre el atentado. Mientras tanto […]».

—¿Creéis que han sido los pakistaníes? —preguntó un cliente.

—Estoy convencido de ello —respondió el gerente del negocio.

—Y yo —dijo otro—. Esos pakistaníes son gente violenta. Al contrario que nosotros, tienen la violencia en la sangre. Nunca podremos comprenderles.

—Esto puede significar la guerra —opinó un tercero, adoptando una grave compostura.

—Es posible —dijo el gerente.

El reportero comentaba que el partido de la oposición había criticado duramente al Gobierno central, exigiendo una investigación interna sobre los hechos para aclarar por qué no habían sido las medidas de seguridad más exhaustivas.

Más tarde, durante la investigación, se supo que una carga explosiva de gran potencia había sido detonada en el momento en el que el líder político se había asomado a la puerta del vagón.

La bomba había sido previamente escondida en un agujero entre los raíles del tren, según las autoridades, por lo que dedujeron que el ataque terrorista había sido planeado con días de antelación.

Todos los ojos de la nación se pusieron en Pakistán, archienemigo de la India desde la separación del subcontinente por los ingleses. La sociedad, sedienta de sangre, alimentada en parte de los instintos más depredadores del ser humano, gritaba: «¡Guerra!».

De este modo, los más exaltados y radicales exigían una respuesta rápida y contundente contra el país vecino. «Inminente

guerra nuclear entre India-Pakistán», anunciaban en las redes sociales.

Pero, en un mensaje enviado a diversos medios de comunicación indios, el grupo terrorista de ámbito internacional GRG asumía la autoría, cesando así la hostilidad de los indios hacia el Gobierno pakistaní, aunque sin eximirlo de toda la culpa, ya que eran conocidos los numerosos campos de adiestramiento de terroristas en las montañas situadas detrás de la frontera.

¿Pero quién estaba a la cabeza del temido GRG? ¿Cuál sería su siguiente objetivo?

David volvió a sentarse de espaldas al televisor y sorbió lentamente el té caliente. Cerró los ojos; la imagen de la explosión permanecía grabada a fuego en sus retinas.

Recordó que todo sucedió muy rápido. Una enorme columna de fuego y personas y objetos fueron lanzados por los aires. La explosión le había pillado muy cerca y le dejó algo desorientado. Los tímpanos le pitaron de forma ensordecedora, le dolió horrores la cabeza y veía doble.

Fue golpeado por un objeto ovalado… Dejó caer la cabeza del político al suelo… Cuando el pitido se fue desvaneciendo, no podía oír nada salvo el palpitar de su propio corazón. Tardó unos segundos en recomponerse del aturdimiento.

Entonces vio a un hombre disparando indiscriminadamente contra la gente tirada en el suelo. Se abalanzó sobre el terrorista, pero una pancarta de publicidad que colgaba de la pared cayó sobre él. Cuando hizo acopio de fuerzas para evitar la masacre indiscriminada, los atacantes ya habían huido.

Los medios de comunicación habían hablado de un testigo que vio a uno de los terroristas. Tenía que hablar con aquella persona antes de que fuera demasiado tarde. Le carcomía el presentimiento de que fueran a silenciarlo y así evitar que se hiciera pública la descripción del terrorista.

26

De vuelta en el Cervantes, el director Julián Fernández permanecía reunido con su equipo en la sala de operaciones.

—Existe un dato de interés en el atentado que el GRG perpetró en Buenos Aires hace tres meses —comentó Laura, señalando la pantalla central, donde se veían imágenes del intento de magnicidio.

En aquella ocasión el primer ministro argentino había salido a salvo gracias al blindaje de su coche oficial.

—¿Que es…? —inquirió Julián.

—La bomba fue detonada desde la distancia. Tenían el itinerario. Es decir, sabían en qué momento pasaría el primer ministro.

—El autor material estaría a pie de calle con un pinganillo a la espera de que le confirmaran el momento.

Varun intervino poniendo en la pantalla imágenes del coche que habían hecho estallar los terroristas al paso de la comitiva del político argentino.

—No, porque todos los vehículos aparcados en doble fila habían sido desplazados. Y precisamente ese coche era de la policía, que a nadie se le ocurrió quitar de la vía pública.

—Mi hipótesis es que quien activara la bomba estaba cómodamente sentado en la habitación de un hotel viendo la retransmisión en directo —observó Laura—. ¿No es esto lo que hacen en algunos países cuando hay un acto especial?

Julián asintió, y añadió:

—Sí, y la llegada del Papa se podrá ver en cualquier pantalla.

—Vamos a ver —continuó Laura—. Sabemos mucho de ellos. Atacan siempre a personalidades políticas muy influyentes. No a celebridades o empresarios. Y tras estudiar a sus víctimas, siempre lo hacen cuando estas hacen algo inusual o llamativo, es decir, el político de la India al que asesinaron en la estación de tren de Nashik se postulaba como posible primer ministro… Esto iría contra los intereses de ciertas personas por las que contrataron a GRG para cometer el atentado. Ahora, el atentado contra el Papa debe de haberse preparado con la misma minuciosidad.

—Por eso hay que deducir que ya habrán entrado en el país a pesar de todas las rigurosas medidas y precauciones —comentó Varun.

Julián asintió, y reflexionó:

—Tiene toda su lógica que el grupo terrorista estuviera ya aquí, en Madrid. Estarían utilizando el transporte público para moverse o con un coche alquilado o comprado. Revisad todas las cámaras de seguridad en lugares públicos analizando los rostros con programas de inteligencia. También examinad denuncias de robos de vehículos y alquilados en un periodo de un mes.

—Ya lo hice hace unas horas. No encontré nada.

—No se mueven —advirtió Laura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julián.

—Que están encerrados. —Laura se quedó un rato callada—. Compraron todo lo imprescindible para sobrevivir en un lugar durante días, comida en latas, agua embotellada…

Julián consideraba a Laura García como una invaluable agente de inteligencia. Siempre había mostrado un ingenio sobresaliente y una tenacidad admirable, así como una ausencia total de miedo. Al escuchar aquel comentario, no pudo más que asumir la gran posibilidad de que su análisis fuera correcto.

—Limitan el movimiento por la ciudad… —murmuró Julián. Se quedó un rato callado y observó—: Esto quiere decir que están cerca del lugar donde la comitiva del Papa se desplazará. En conclusión, los terroristas se encuentran ahora mismo en el centro urbano.

Laura asintió.

—Sí —murmuró.

—Me voy ahora mismo a reunirme con el director de la Policía Nacional —replicó Julián—. Mientras tanto, peinad el centro de Madrid. Buscad posibles pisos francos en los alrededores de la ruta oficial del Papa.

27

Con anterioridad, los policías encargados de aduanas se dedicaban a primera hora de la mañana fundamentalmente a tomar café y a bostezar y, aleatoriamente, a registrar a algún pasajero de aspecto y vestimenta sospechosos que llegara de países lejanos, como los de fuera de la Comunidad Europea.

Con el paso del tiempo, el mundo se había vuelto un lugar más peligroso. Ahora las medidas eran más estrictas y los funcionarios estaban mejor preparados, además del adelanto tecnológico.

Reza Aslani era alto y delgado, de mandíbula protuberante, boca grande y torcida. Llevaba puesta una gorra deportiva e iba vestido con ropa informal: pantalón vaquero claro y cómodas zapatillas de marca.

No tuvo necesidad de enseñar el contenido de su maleta, ni de recoger su equipaje en una terminal de llegadas, ni de pasar un control de inmigración ni de pasaportes. Solo llevaba una mochila al hombro como única pertenencia y no había pisado un aeropuerto para evitar ser vigilado por los controles policiales y las cámaras de seguridad. Había viajado a Madrid en tren desde París, vía Barcelona, para no despertar sospechas entre las autoridades.

Tras el ataque perpetrado en la estación de Nashik, consiguió huir de la India junto con uno de los terroristas. Un tercero se había quedado para silenciar al testigo que le había visto el rostro durante el ataque.

Era ya de noche cuando el tren llegó a la estación de Atocha. Reza se apeó del vagón junto con los demás viajeros y se internó con la multitud por las escaleras mecánicas hacia la planta superior, donde estaba la salida.

Al salir al exterior y dejar atrás la estación, aminoró la marcha.

Se paró junto al portal de un edificio. Consultó la hora en la pantalla de su móvil. Luego accionó Google Maps y escribió una dirección en el buscador. Necesitaba llegar al piso franco, donde le esperaba el resto de su equipo operativo.

Con pequeños puntos redondos azules, la aplicación le informaba de que su destino, recorrido a pie, estaba a veinte minutos de distancia. Continuó caminando sin prisas hacia aquella dirección.

Reza Aslani había nacido en Cambridge, Inglaterra. Creció en el seno de una familia de origen iraní. Su padre había sido profesor en el colegio persa de la Facultad de Educación de la Universidad de Cambridge.

En su juventud, Reza mostró interés por la lingüística y la cultura persa. Atendía los coloquios, lecturas y ciclos de cine en Homerton College y otros lugares. Todo indicaba que el joven tendría un futuro próspero en el mundo académico universitario, quizá recogiendo el testigo de su padre en la facultad de Educación. Pero durante la guerra de Afganistán, con la implicación del Reino Unido, sorprendió a todos cuando se unió al ejército.

Recibió formación paramilitar. Luchó en Afganistán y Siria. Después estuvo en el servicio de inteligencia británico MI6.

Durante un tiempo estuvo formando soldados en Mauritania, Etiopía, Mali y Nigeria, entre otros países.

Más tarde le pagaron mucho dinero por formar a terroristas en campos de entrenamiento en Libia.

Creó una empresa privada en Ghana llamada GRG (Glocalization Reliance Group), con intereses privados, pero con el apoyo de al menos tres gobiernos, entre ellos el del Reino Unido. Por entonces su cometido era formar un grupo de mercenarios muy pertinaz, que en última instancia pudiera ser utilizado por sus financiadores.

Su empresa realizaba con asiduidad operaciones de encargo. Estas tenían el cometido de atacar objetivos puntuales. Podía ser un

oleoducto, una base militar o las instalaciones públicas de una ciudad occidental.

En su limitado grupo de empleados, la cobardía y la traición eran castigadas con la muerte. Reza pagaba una fortuna a cada uno de ellos. A la más mínima señal de debilidad física o mental, eran despedidos sin contemplaciones. Y en sus contratos se incluía una cláusula de confidencialidad.

Los mercenarios contratados eran conscientes de que hablar sobre las actividades del GRG o grabar con móviles no estaba penado legalmente, pero sabían que era una sentencia de muerte segura, llevada a cabo sin piedad incluso por sus propios compañeros.

Hacía muy poco, un hombre que había trabajado para Reza Aslani, tras su retiro, mostró interés en reunirse con un periodista conocido por sus reportajes exclusivos en una revista mensual americana. No tardó en producirse su precipitado deceso. Dos personas irrumpieron en su lujoso apartamento londinense y lo acribillaron. Ni Scotland Yard ni el MI5 pudieron encontrar a los culpables. Se acusó al crimen organizado británico por temas de drogas y se cerró el caso.

Con el paso del tiempo, la empresa GRG, con base permanente en Ghana, fue ejecutando contratos de intereses más oscuros y siniestros. Y, de este modo, cambió la palabra «Reliance» de su nombre por «Revolutionary» para darle más caché a sus servicios.

Lo que hacía que sus actuaciones fueran terribles era la preparación tan minuciosa sobre el terreno que llevaban a cabo. De ahí su demanda y la razón de que sus honorarios fueran de cifras millonarias.

Durante años demostraron lo que eran capaces de hacer: no solo tenían el poder de ejercer el terror allá donde se lo propusieran, sino también de crear inquietud e inestabilidad política en cualquier país del mundo. Se jactaban de poder cambiar el rumbo de un territorio.

Reza Aslani había creado un reducido grupo de mercenarios que nunca fracasaban. Componían un equipo pequeño y heterogéneo, pero uno de los más letales y peligrosos del mundo.

Eran ocho, contando con él, y de nacionalidades distintas. Había dos británicos, un francés, un holandés, un ucraniano, una mujer belga y otra americana ex SEAL.

Reza había viajado con dos hombres a la India; los otros cinco viajaron a Madrid para preparar el siguiente trabajo: atentar contra el Papa.

En Nashik, cuando se reunieron en el punto de encuentro tras el atentado, Reza ordenó a uno de los suyos que se quedara en la India para eliminar al testigo. Habían descubierto por televisión que alguien lo había identificado. La noticia enfureció a Reza, pero el mercenario le prometió que lo silenciaría antes de que pudiera hablar con detalle con los investigadores.

Luego, tras recogerlo todo y limpiar el piso franco, él y el otro mercenario se marcharon de inmediato en un coche Honda City de color blanco, preparado para la huida.

Tuvieron cierta dificultad para llegar al aeropuerto de Bombay y coger el avión privado que les esperaba para sacarlos de la India.

Era de noche cuando salieron de las inmediaciones de Nashik. Las carreteras principales estaban vigiladas, ya que las autoridades temían que los terroristas tomaran aquellas rutas para huir.

Los coches patrulla, con sus luces de situación y flashes azules en el techo, fisgaban a la entrada de Bombay cuando el coche de Reza se aproximó.

Antes de llegar y ser advertidos por el control de carretera, Reza redujo la marcha, apagó las luces y se detuvo en la cuneta. Más allá había una docena de jeeps y coches con la palabra POLICÍA muy visible en hindi y en inglés en las puertas, capó y carrocería.

Reza analizó la situación. Había estudiado el mapa de carreteras y sabía que podían acceder a Bombay por un camino comarcal.

Quedaron los dos terroristas sentados y en completo silencio durante un rato. El motor ronroneaba suavemente. Desde la distancia podían ver cómo la policía india registraba los vehículos que quedaban parados en fila.

Continuaron quietos, a la espera de hacer el movimiento oportuno cuando fuera necesario.

Pasó un camión y luego otro. Entonces, Reza dio un volantazo, tan precavido como un tigre que sale a la pista, y se internaron en la oscuridad del campo hasta llegar a una pequeña población rural. De allí, accedieron a una carretera comarcal y, por fin, entraron en Bombay, camino del Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji, donde les esperaba un Bombardier Global 6000.

Cada uno de los mercenarios empleados por Reza era enormemente competente, frío y calculador. Durante las operaciones apenas hablaban entre ellos. Solo acometían el trabajo y volvían a Ghana. Si no tenían contratos en un periodo corto de tiempo, cada uno de ellos se marchaba a su retiro dorado en Austria, Costa Rica, Australia o incluso Tailandia y Corea del Sur.

Cuando estaban juntos, mostraban rostros inexpresivos, casi mecánicos, no exteriorizaban ningún sentimiento. Querían hacer el trabajo y marcharse del país en el que estuvieran de inmediato para no ser cazados por las autoridades.

El contrato para actuar en Madrid lo había recibido Reza de un cliente sueco que decía trabajar para una empresa holandesa financiada por los servicios de inteligencia alemanes. Pero él sabía quién estaba detrás de todo aquello, quién decidía los objetivos. Quienquiera que fuese y sus motivos, a él no le importaba, mientras siguiera cobrando grandes sumas de dinero por ejecutar los contratos.

Y de un enlace en Portugal, estaban pendientes de recibir, por la misma empresa tapadera que les había proporcionado el alojamiento, el material para realizar los explosivos.

Por fin, llegó a un edificio de apartamentos, frente a un frondoso parque madrileño. Aquel era el destino que le marcaba el buscador de Google Maps.

Allí le estaban esperando su grupo de operaciones. Los seis miembros habían llegado a la capital española hacía dos semanas para hacer la labor previa de campo. Esperaban que el séptimo se les uniera cuando este hubiera terminado su misión en la India, silenciando al testigo.

El alquiler del apartamento quinto derecha se había efectuado hacía ya mucho tiempo a través de una empresa ficticia de la

organización GRG.

Era una vivienda muy amplia. Tenía cuatro baños, siete habitaciones, tres televisores y dos cocinas. Lo organizaron de tal modo que el salón principal fuera el centro de operaciones.

Reza saludó a todos los integrantes de su equipo y estos le pusieron al tanto de las últimas novedades. Era un maniático del orden, pero también de la higiene personal y la limpieza.

Desde hacía días, su equipo recorría las calles de Madrid bajo una estrecha vigilancia, por si las fuerzas de seguridad del Estado los reconocían.

Habían almacenado comida enlatada y para congelar. El conjunto de provisiones debía durar un máximo de un mes.

En previsión de un posible apagón repentino, tenían dos generadores de reserva que podrían suministrarles energía eléctrica durante tres días. Por poco probable que fuera, siempre pudiera suceder que operarios municipales se pusieran a hacer obras en las inmediaciones e inoportunamente sacaran un cable de algún lugar y se cortara el suministro de electricidad.

Desde el primer día sintonizaron la frecuencia de la radio de la policía. Aunque escuchaban conversaciones rutinarias entre los agentes españoles, no eran capaces de interpretar la mayor parte. Alguno incluso hacía bromas a sus compañeros sobre el resultado de un partido de fútbol el día anterior.

Pero conforme pasaron los días y tras realizar anotaciones en un cuaderno y conocerse el mapa callejero de Madrid, acabaron entendiendo hasta los códigos numéricos empleados por la Policía Nacional.

Madrid era al parecer una ciudad donde la policía nunca descansaba. Se tuvieron que tragar todos los días la cabalgata de mensajes de los oficiales españoles: peleas de gente bebida, allanamiento de morada, todo tipo de perturbados, denuncias vecinales por excesivo ruido, suicidios, ocupaciones de inmuebles, muertes por sobredosis de drogas en la calle, vándalos destrozando escaparates y marquesinas publicitarias, peleas entre bandas, graves accidentes de tráfico y continuas alertas policiales.

Habían seleccionado tres puntos estratégicos donde colocar explosivos. Habían estudiado los detalles del recorrido de la comitiva del Papa desde su llegada al aeropuerto. Ahora solo quedaba esperar. Esperar. Esperar.

La monotonía y las horas de espera sin ninguna acción resultaban cansinas. Por este motivo, el callado equipo mataba el tiempo jugando a las cartas y a los videojuegos continuamente hasta altas horas de la madrugada.

Durante los pocos días que quedaban para cometer el atentado, la libertad de movimiento estaba limitada. No podían ni siquiera correr el riesgo de salir fuera del apartamento. No les importaba, ya estaban acostumbrados.

Bastaba que un policía español les pidiera identificación y acabaran siendo reconocidos por quedar sus rostros expuestos a cámaras de identificación facial para que hubiera que poner fin a la cuidada operación.

Horas después de la incorporación de Reza al piso franco, llegó el material desde Portugal, comenzaron a montar y ensamblar las sofisticadas bombas.

Al día siguiente irían a ver al contacto que solo Reza conocía para adquirir armamento.

Él sabía con exactitud quién estaba detrás de cada contrato con su empresa, GRG. La experiencia le había enseñado a no fiarse de nadie y a cubrirse las espaldas. Quería evitar la posibilidad de ser traicionado por los suyos, asesinado por personas poderosas que actuaban en la sombra.

La empresa que había dado luz verde y pagado por adelantado los diez millones de dólares estadounidenses como anticipo para realizar el ataque terrorista durante la visita del Papa a Madrid se llamaba Paladin.

28

A su edad, tenía mucho que perder ante un despido o una suspensión. Por eso, el jefe de la Policía Nacional, Félix Bretones, estaba estresado y quería que la visita con el veterano y experto en inteligencia, Julián Fernández, terminara pronto y sin sobresaltos acerca de la seguridad durante la visita del Papa.

Solía convocar reuniones imprevistas. A las siete y media de la mañana, a las ocho o a las once. A más de uno se le atragantaba el café y otros salían de los baños abrochándose los cinturones apresuradamente al recibir, en el último momento, las notificaciones por el teléfono móvil. A espaldas de él bromeaban que era más puntual que un agente de embargos.

En otras ocasiones no se le veía hasta el mediodía, ya que había pasado la mañana en juntas con mandos policiales en distintos puntos de la ciudad o en conferencias *online*.

Tenía una personalidad especial, una petulante coquetería que hacía que, cada vez que se sentaba frente a un interlocutor, al cruzarse de piernas, se pellizcara la raya del pantalón y después se pasara la palma de la mano por su bien peinado cabello.

Su zalamera adulación por el ministro del Interior era bien conocida. De hecho, gracias a él había sido designado director general de la Policía.

Sin embargo, lo que verdaderamente le irritaba a Julián era la falta de autocrítica y su rigidez. Lo consideraba un oportunista. Su

cargo se debía a su condición de trepa, ya que carecía de un conocimiento amplio respecto a la praxis del trabajo policial.

«No debería haber dejado de patrullar la ciudad o de coger el teléfono en la recepción de la comisaría de Vallecas». Esta era la opinión del director del Cervantes.

Desde la confirmación del viaje del Papa a Madrid y su inminente llegada, el despacho del director general de la Policía había pasado de ser un lugar de trabajo a construir un escenario caótico.

Nada más Julián tomar asiento en la mesa redonda de reuniones frente al director de la policía, un representante del cuerpo de bomberos anunció su llegada, con intención de reunirse con Félix con carácter urgente. Había estado llamando desde la mañana, pero nadie le pasaba la llamada. Quería obtener más información por si tuviera que tomar decisiones estratégicas sobre los bomberos de cara a prevenir daños a la población si se produjera algún incidente o un atentado.

Félix se lo quitó de encima, entregándole un fichero con la información que habían elaborado para el cuerpo de bomberos.

Cuando se marchó, llegó sin previo aviso un secretario de Estado enviado por el Gobierno al que se le había asignado la función de observador. El director de la Policía hizo lo mismo: le entregó un fichero lleno de documentos sobre el dispositivo de seguridad establecido para la visita del Papa.

Una vez solos en el despacho, Félix protestó:

—Todo el mundo ha perdido la esperanza de lograr hacer algo esencial y busca protegerse las espaldas si sucede alguna catástrofe.

—Todo irá bien mientras la Policía Nacional se encargue de la protección cercana —dijo Julián.

—Hay una manera drástica de solucionarlo.

—Que es…

—Meter al Papa en un Audi potente con un conductor de primera y que pase con total celeridad desde el aeropuerto a todos los lugares donde tiene parada oficial en su agenda.

Félix miró a Julián con recelo y gravedad, y continuó:

—Sobre las labores de prevención, no me vaya pidiendo que metamos entre rejas a todo tipo que esté mal de la cabeza o haya

publicado ideas conspiranoicas en redes sociales. Si es así, no tendremos policía para patrullar las calles.

—No, no le estoy pidiendo que realice ninguna detención preventiva. Aún existe el derecho de manifestación en este país.

—Oiga, que nosotros no vamos por ahí provocando o ejerciendo una violencia innecesaria. Y le diré una cosa: las fuerzas subversivas de la calle no son un producto de quimeras o de la imaginación. Existen bandas criminales dispuestas a reventar cualquier reunión pública o evento. Tienen mucha capacidad de interferir en las redes sociales como TikTok e Instagram y movilizar a los jóvenes. Pero si mis policías reciben órdenes, quiero decir «directrices sensatas», contra esos díscolos sociales por haber contravenido la ley, no le quepa duda de que sacarán las porras.

Julián asintió. Quería ir al grano y terminar cuanto antes la reunión.

—Doy por entendido que ya han decidido ustedes cómo van a ser la escolta y las medidas de seguridad.

—¿Por qué lo da por entendido? ¿Ustedes los de inteligencia tienen micrófonos escondidos en este edificio?

Julián lo ignoró por completo.

—Solo quería que me confirmara que ya han realizado los preparativos con suficiente antelación y son extremadamente meticulosos.

—Mire, señor Fernández…

—Llámeme, Julián.

En esta ocasión fue el director de policía quien lo ignoró.

—Mire, señor Fernández —repitió con cierto énfasis—. Hay muchos trucos en esta profesión que ustedes los de inteligencia desconocen.

«Trucos —se dijo Julián para sus adentros—. Madre mía».

—No pongo en duda su capacidad —replicó Julián—. Pero yo no estoy interesado en trucos sino en medidas contundentes para proteger al Papa y la vida de las personas que están llegando a Madrid para verlo.

—Supongo que sabe que hay instancias superiores a las que puedo denunciar sus comentarios despectivos.

«Madre mía, ¡qué elemento! —se dijo Julián de nuevo a sí mismo —. ¡Qué piel más fina tiene este hombre!».

—Discúlpeme si lo ha interpretado de tal modo —comentó Julián —. En ningún momento ha sido mi intención ser irrespetuoso.

Durante sus años como policía, Félix se había tenido que enfrentar a víctimas de toda clase social y de diferentes estatus y a asesinos y criminales de toda índole. Pero nunca a un siniestro grupo terrorista dispuesto a asesinar a alguien de tan alto nivel como el Papa.

En aquel momento, no pudo evitar caer en el pomposo estilo que caracterizaba sus apariciones públicas.

—Aunque sepan ustedes que un grupo terrorista entrenado se encuentra en la ciudad, ¿creen que esto cambia nuestros planes? Ni hablar. La seguridad durante la estancia del Papa seguirá el mismo protocolo que el de la visita de Estado del presidente de los Estados Unidos. No lo modificaremos. Debemos prever ataques de extrema izquierda y de otros psicópatas fanáticos fascistas. Y también de grupos terroristas extranjeros. Y de los lanzamientos de huevos.

—Me alegra saber que tiene usted todo bajo control.

—Le mandaré un informe detallado por correo.

«Por correo manda información confidencial —se dijo Julián—. Este hombre piensa con el culo, que es lo más cercano que tiene a su cerebro».

—Agradecería que me lo diera en mano, si no le importa.

El director de la policía llamó a un oficial y este trajo un fichero similar al que habían entregado personalmente al representante del cuerpo de bomberos y al secretario de Estado.

—Caballero, la reunión ha terminado —dijo Félix tras entregarle los documentos con tono categórico y algo irritado—. Tengo mucho trabajo por delante.

29

Un hombre alto y delgado, bien vestido, entró en el hospital Ashwini con un ramo de flores. Subió en el ascensor hasta la tercera planta, sin que nadie se percatara de su presencia.

Una marea de personas que hacían su trabajo inundaba todo el hospital. Tras el atentado terrorista en la estación de tren, la mayoría de los heridos había sido trasladada allí . Otras víctimas fueron llevadas a centros y clínicas privados para ser atendidas a la mayor brevedad, según la urgencia de las operaciones quirúrgicas.

Caminó por el pasillo abriéndose paso entre aquella marabunta de gente. Varios tubos entraban y salían de cuerpos en distinto estado, tumbados en camillas dentro y fuera de las habitaciones. En aquel lugar no daban abasto.

—Disculpe, señor —le dijo una enfermera de guardia en el pasillo al llamarle la atención el hombre con un ramo de flores—. Las visitas han terminado hace una hora. —Le señaló el ascensor—. Tendrá que volver mañana durante el horario establecido para los visitantes.

—Sí, tiene razón —contestó él con una voz pausada y dulce. Hablaba inglés con un acento británico. Debido a su tez aceitunada, daba a entender que era británico de origen indio, pero no lo era—. Ya me habían advertido de no llegar tarde, pero el tráfico me retuvo.

—Puede dejar las flores en la recepción y una compañera se las llevará al paciente.

El hombre asintió. Como la mujer en la recepción le observaba, cuando se fue la enfermera, se dirigió a ella con las flores

extendidas.

—Acabo de llegar a la ciudad. Es mi hermano quien está hospitalizado. Ambos viajamos a la India desde Liverpool para visitar a nuestros familiares. Yo me quedé en Bombay y él se vino aquí, a Nashik, a ver a nuestra abuela. Se suponía que mañana íbamos a reunirnos todos en casa de ella.

—Pero no puede verlo sin autorización, y el horario de visitas, como le ha informado la enfermera, ha terminado.

—¿De qué autorización habla?

—Un policía está frente a la puerta y no le dejará acceder a los pacientes ingresados. Hay medidas extras de seguridad debido al atentado. Hace una hora expulsaron del recinto a un grupo de periodistas que querían grabar y tomar fotos. Será mejor que vuelva mañana por la mañana y se informe.

—Lo que ha sucedido ha sido una gran desgracia. Y después de haber venido a la India para ver a nuestros familiares…

Los ojos de la enfermera resplandecieron.

—Ha sido muy duro. Pero a esta hora no se puede entrar a ver a los pacientes. Lo siento mucho. Hemos tenido mucho trabajo atendiendo a los heridos.

El hombre, poniendo una mirada muy triste, asintió mordiéndose el labio. La enfermera pensó que se echaría a llorar.

—Si pudiera tan solo verlo dos minutos y rezar una oración en su presencia. Solo dos minutos.

La enfermera dudó unos instantes. Miró su reloj de pulsera.

—Haremos una cosa. Vaya por ese pasillo —le dijo señalando al fondo—, y dígale al policía que está al otro lado de la puerta a quién quiere ver. Yo haré que una compañera vaya allá en unos minutos e interceda para que le dejen entrar solo un momento. Es lo máximo que puedo hacer por usted.

El hombre asintió con una complaciente sonrisa.

—Muchas gracias, de corazón.

Al llegar al fondo del pasillo y abrir la puerta, el espigado hombre estiró la cabeza, dispuesto a volver a hacerse el tonto delante del oficial. Pero no había guardias ni el policía que le había mencionado la enfermera.

Miró a lo lejos y vio a tres policías que se suponía que debían estar controlando el acceso a aquella zona del hospital, tomando café y charlando distendidamente con un grupo de personas. Por sus gestos y su tono, comentaban el atentado de la estación de tren.

No perdió un instante, el hombre entró en la habitación del paciente, la 535, como previamente se había informado a través de un reportero con el que se había fumado un cigarrillo en el parking del hospital.

Lo encontró dormido y sedado. La cabeza estaba cubierta de vendas; su cuerpo era una acumulación de heridas adornada con una máscara de oxígeno que cubría la boca. Las piernas estaban escayoladas, conectadas por una complicada estructura de poleas metálicas, contrapesos y estructuras de cable. Lo mismo los brazos, excepto uno que mantenía en cabestrillo y adherido a una tabla de madera, que permanecía conectado a un tubo de suero.

Con rapidez y tranquilidad absoluta, el hombre extrajo una jeringa de su bolsillo, quitó el tapón con los dientes y tiró del émbolo hacia fuera. Luego agarró con fuerza el brazo de la vía, ahondando la aguja de la jeringa en la boquilla dispuesta para ello en el tubo. La burbuja de aire se hizo visible en el tubo de la vía y avanzó en dirección al brazo.

El asesino taponó la jeringa y se la guardó en el bolsillo. Miró su reloj para controlar el tiempo.

El paciente soltó un gemido, seguido de un gruñido quejumbroso.

La burbuja de aire alcanzó el corazón, provocando que el cuerpo sobre la cama se tensara. Los cables que sostenían las piernas se movieron como los de un poste de alta tensión sacudidos por una tormenta de viento.

Entonces un hilo de sangre fue cayendo por los orificios de la nariz. «Misión cumplida», se dijo el hombre.

Salió al pasillo. En esos momentos David Ribas se acercaba por un extremo y los tres policías por el otro.

Él y David intercambiaron una mirada. El terrorista no sabía por qué, pero la presencia física de aquel desconocido observando todo

a su alrededor y su movimiento corporal le causaron inquietud y despertaron las alarmas.

Entonces, el hombre se aproximó a uno de los agentes, y señalando a David, dijo agitadamente:

—Ese de allá es un terrorista. Ha entrado y salido de la habitación 535 con una jeringa en las manos.

Por unos segundos los policías indios se quedaron quietos, con los pies pegados en el suelo, como si sus cerebros estuvieran procesando lo que acababan de escuchar en un fuerte inglés británico. Entonces, uno de ellos cayó en la cuenta de que se refería al paciente de la 535, el testigo protegido del atentado.

Los tres se dirigieron hacia David, gritándole que se detuviera, pero él echó a correr en dirección contraria, abriéndose paso entre empleados del hospital, pacientes, sillas de ruedas y camillas.

Mientras tanto, el terrorista salió corriendo hacia las escaleras de emergencia para descender al sótano y salir al exterior por la rampa de las ambulancias.

Tras sortear la marea de gente que vociferaba a su espalda, David llegó a la parte trasera del hospital.

Furgonetas de ambulancia, unas más grandes que otras, salían y entraban a toda velocidad del interior del hospital.

David vio al hombre que echó a correr sobre el asfalto. Los dos corrían entre los vehículos.

Antes de que el terrorista se diera cuenta de la llegada de una furgoneta al hospital a toda velocidad en dirección contraria, el capó le golpeó brutalmente. El hombre fue lanzado por los aires y luego aterrizó en el carril contrario, bajo las ruedas de un camión frigorífico.

David se situó tras una columna. Vio a los policías llegar al lugar del siniestro. Era el momento de salir cuanto antes de Nashik y regresar a Bombay. Cuanto más tiempo estuviera en aquella ciudad, estaría expuesto a más peligro.

30

Era una mañana agradable en Madrid.

Reza y cuatro de sus mercenarios salieron del apartamento. No cogieron ningún transporte público. Él había estudiado la ruta que debían tomar por las calles de la ciudad para llegar andando hasta un sex shop.

El establecimiento estaba situado en el centro de la ciudad. En la calle peatonal había tiendas de marcas conocidas, bares, sitios de comida para llevar y un centro de bronceado.

Con un gesto en la cabeza ordenó a tres de ellos que permanecieran vigilando en lugares estratégicos de la calle. Él entró en la tienda con la mercenaria ex-Seal.

La mayor parte del escaparate estaba cubierta de coloridos grafitis para evitar que curiosos transeúntes se pararan para mirar el morboso interior.

Un tipo aburrido con la cara llena de picaduras, gordo y calvo, estaba leyendo un cómic pornográfico. Sus ojos, tras unas pequeñas gafas, observaron al visitante y a la figura atlética de la mujer que le acompañaba.

En los pasillos, unas cuatro o cinco personas miraban los productos expuestos, vibradores, consoladores y otros juguetes eróticos. También había una gran colección de pósteres con explícitas imágenes sexuales, revistas pornográficas, DVD, Blu-ray y cintas VHS para coleccionistas. En una esquina, una pareja de

mediana edad se reía conversando entre ellos y echaba en una pequeña cesta los artículos que seleccionaba.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el gerente a Reza con cara de aburrido.

Él miró a su alrededor y respondió con una voz baja pero intensa, mascullando las palabras:

—Quiero hacer unas compras navideñas.

El hombre se irguió y se quitó las gafas. Limpió el cristal manteniendo una parsimonia irritable y se las volvió a poner sobre el puente de su gruesa nariz llena de picaduras. Los legañosos ojos se mostraron fríos al escudriñar el rostro del visitante.

—¿Tan pronto? —dijo el gerente por fin, tras aquel silencio denso.

—Siempre es invierno.

Aquellas frases que intercambiaron constituían las contraseñas.

El gerente sonrió.

—¡Eh, Juan! —llamó a gritos a otro hombre que tenía como asistente, que en esos momentos estaba sacando de una caja de cartón revistas antiguas, les pasaba un trapo por la portada y las iba colocando sobre un mostrador—. Quédate aquí un rato atendiendo. Tengo una reunión.

El gerente señaló a Reza y a su acompañante el pasillo por el que se accedía a la trastienda.

—Síganme, por favor.

Al fondo de la tienda había una puerta tapada con una cortina. Bajaron unas escaleras.

El sótano era más grande de lo que uno se podía imaginar. Parecía un garaje. Había varias estanterías con cajas de madera y de metal de distinto tamaño. Todo muy bien ordenado, lo que le daba un aspecto muy siniestro que no tenía nada que ver con la mercancía que se comercializaba allí arriba. Aquella propiedad estaría valorada en muchísimo dinero, quizá varios millones de euros.

El gerente abrió una puerta falsa adherida a la pared y entraron en una habitación. Había una mesa metálica en el medio y en los laterales estaban expuestas varias armas, semiautomáticas, fusiles

de asalto, rifles y todo tipo de pistolas. A todo aquello le habían borrado los números de serie con cuidado, usando ácido, evitando así la torpeza que solían cometer muchos vendedores del crimen organizado.

—Dígame qué necesita. ¿Gafas de visión nocturna de última generación? Tiene controles digitales, cinco aumentos y un modo infrarrojo. Y lo último que me acaba de llegar son unas granadas aturdidoras, que no revientan nada, pero dejan sordo y ciego a cualquiera que esté alrededor. Si me da una idea de cuál es su propósito, puedo aconsejarle.

Reza no tenía necesidad de mantener una charla con aquel hombre, así pues, fue al grano.

—Armas cortas, granadas aturdidoras —matizó—. Creo que ya ha sido informado y pagado con antelación.

El gerente se echó a reír con delicadeza.

—Sí, no era mi intención venderle algo que no necesita… —comenzó el hombre, dejando que su voz se arrastrara hasta dar la impresión de estar pidiendo disculpas—. Además, con balas de gran calibre ya te las puedes arreglar bien con los cráneos, ¿verdad?

El hombre volvió a reírse tras hacer su comentario, mirando a los dos visitantes, pero ni a la mujer ni a Reza les hizo gracia alguna y mostraron gestos de impaciencia.

—No tengo mucho tiempo —sentenció Reza—. Muéstreme lo que le han encargado.

—Lo tengo guardado, ahí —dijo señalando tres bolsas de lona.

Reza vio una porra de defensa personal.

—Añada esto, también.

El hombre la cogió y le mostró el funcionamiento de la porra extensible de acero negro, para evitar brillar al entrar en contacto con la luz y así ser más efectiva en la oscuridad.

—Es la última que ha sacado al mercado nuestro proveedor austríaco. Es puro acero. Tamaño compacto, facilidad de uso y eficacia. Un solo golpe puede ser mortal.

De vuelta en el piso franco, a cada uno se le asignó un arma que mantendría lista para disparar, con el mecanismo cuidadosamente

revisado y los cañones limpios. También tenían junto a ellos un montón de cargadores de repuestos.

31

El director del CNI, Gerardo Villegas, tenía un apartamento en el barrio de Salamanca, uno de los distritos más caros de Madrid. Era un edificio antiguo pero rehabilitado. No tenía piscina ni jardín como las residencias de los incorregibles esnobs que poseían chalets de lujo a las afueras de la ciudad, pero sin lugar a dudas se podía considerar como un inquilino privilegiado.

Sin la menor duda, para él era su vivienda de ensueño. Y no porque fuera su lugar de residencia, que no lo era, sino porque era su nido de amor.

Él vivía con su mujer e hijos mayores en un chalet en la zona de La Moraleja, en la periferia de la ciudad. Pero se reunía con su joven amante en el apartamento de Salamanca.

Como funcionario público, Gerardo había tenido suerte de conseguir aquel exclusivo apartamento, y lo más asombroso es que se había hecho con él mediante algún chanchullo que le había facilitado un empleado de banca y un agente inmobiliario de confianza.

Cuando tenía citas en aquella dirección, informaba a su esposa de que tenía trabajo por la noche. En las instalaciones del CNI había habitaciones habilitadas para situaciones de necesidad para los empleados, en caso de que tuvieran que quedarse a pernoctar.

Así pues, la esposa de Gerardo no ponía en duda sus palabras. Sin embargo, conforme pasó el tiempo, ella ya intuyó lo que

realmente sucedía. Aunque le confrontó en alguna ocasión, finalmente ella acabó claudicando a regañadientes.

Su matrimonio había acabado mal. Los hijos con más de veinte años vivían sus propias vidas y poco paraban por casa. Él y su mujer no se divorciaban por mantener la imagen social de pareja madura, estable y exitosa, con mucha influencia en la política.

Ahora, con sesenta años de edad, aunque bien mantenidos, se había resignado a tener que admitir la idea de pasar el resto de sus años de servicio a la nación sentado en una silla giratoria en un despacho de burócrata con aire acondicionado centralizado, sin poder abrir las ventanas, con una alfombra persa en el suelo y sus fotos de prototipo de familia feliz enmarcadas sobre los muebles en las que aparecía no solo con su mujer e hijos, sino también junto con el rey de España, el presidente del Gobierno y otros miembros del ejecutivo.

A su edad había tenido un golpe de suerte. Había entablado relación con una mujer que le interesó a los pocos minutos de conocerla en el pequeño pero lujoso bar del hotel Santo Mauro, situado en el distrito de Chamberí, cerca del paseo de la Castellana de Madrid.

Sucedió cuando se encontraba reunido con un funcionario del Ministerio del Interior, cercano al titular. Cuando terminó la reunión, en vez de marcharse, se quedó un rato más en la barra degustando un vaso de whisky Macallan. No tardó mucho tiempo en aproximarse una mujer joven, atractiva, elegante.

Al principio sospechó de ella. Una mujer joven, guapa, con carácter y sonrisa cautivadora, poniéndose en contacto con él en el bar de un hotel de lujo, no era mera coincidencia y su propósito era bastante explícito, es decir, comprendió inmediatamente lo que ella quería.

A él le gustaron su personalidad y espontaneidad. Le deslizó un número de teléfono móvil escrito en una servilleta.

Desde entonces, se vieron a menudo.

La primera vez que quedaron en el apartamento del barrio de Salamanca, él estaba tan nervioso que le pidió que no sacara ningún

aparato electrónico de su bolso y apagara el teléfono móvil por temor a ser grabado. Fue una gran noche, quizá la mejor de su vida.

En otra ocasión ella le preparó la cena. Cocinar de forma rápida y efectiva era una de las otras aficiones de la joven, lo que vino a demostrar que tenía otros intereses en sintonía con los de Gerardo Villegas.

Él se había negado a investigarla por precaución, para evitar tener que dar explicaciones sobre el motivo de su interés por la joven. «Si es una escort de lujo de alguna agencia privada, bendita sea la casualidad de que hubiéramos coincidido aquella noche en el bar del hotel Santo Mauro», se decía a sí mismo el director de la inteligencia española para justificar su relación con la mujer.

Pero un día un agente del CNI, informado previamente por el superior de los guardaespaldas personales, ya que la seguridad del director era primordial, se lo hizo saber: aquella mujer era subinspectora de la Policía Nacional.

—¿Estoy siendo investigado?

—No.

—¿Entonces?

El oficial le miró fijamente.

—Señor, esa mujer tuvo una cuenta en OnlyFans, que ha cerrado recientemente, y ahora tiene una abierta en Tinder, la aplicación de citas en línea.

La noticia se la dio el oficial de manera confidencial justo cuando terminaba su jornada y se marchaba precisamente a reunirse con ella en el apartamento.

Se montó en su coche oficial. Tras un tiempo de conducción, en el que Gerardo, sentado en el asiento de pasajeros, meditaba sobre la noticia que le habían dado, se adentraron en las grandes avenidas del siglo XIX del glamuroso barrio de Salamanca.

El cielo a aquella hora de la noche era bajo y gris.

A Gerardo no le gustaba nada conducir. Solo lo hacía en situaciones de extrema urgencia. No se acordaba de cuándo fue la última vez que se sentó frente al volante. «¿Cuándo fue? Ah, sí, hace cinco años, cuando decidí ir a por tarrinas de helado Häagen-

Dazs tras el atracón que me dio mientras veía a la selección española jugar en la semifinal del Mundial de fútbol».

Estaba muy preocupado por si la relación salía a la luz. Su vida se arruinaría, se complicaría, se embrollaría, se corrompería. Se quedaría sin prestigio, sin trabajo, sin coche oficial y sin chófer.

Pero sus pensamientos dejaron de discurrir por aquellos derroteros y tomaron un rumbo diferente. Intentaba buscar una justificación para mantenerla cerca de él.

«Bueno, ¿y qué pasa porque esté en Tinder? Al fin y al cabo, es una plataforma para conocer gente, ¿no? Una mezcla entre obsesión saludable y deseo genuino de compartir placer —pensaba Gerardo para sí, con la mirada perdida en el tráfico a través del cristal, intentando encontrar algún argumento de peso para justificar que se viera relacionado con ella—. Pero ¿y si se descubre mi relación secreta? ¿Y si acabo siendo chantajeado? El escándalo que causaría… acabaría con mi carrera. Debo poner fin a esta relación».

El conductor le dejó frente al portal del edificio.

—¿Quiere que le acompañe hasta arriba, señor?

—No hay necesidad.

—Hasta mañana, señor.

—Hasta mañana.

Una vez en el apartamento, Gerardo fue sin rodeos y le reveló que tenía conocimiento sobre la suscripción de ella en OnlyFans y en Tinder. Ella se rio como una colegiala y le quitó importancia. Le dijo que la primera ya la cerró y le prometió que la otra la cancelaría.

Después de cenar y acostarse juntos, contempló desde la cama cómo ella se vestía. Tenía un cuerpo fuerte y bien formado. La había visto desnuda muchas veces, y pensaba que, aunque pasaran muchos años, nunca se cansaría de mirarla.

—Nunca podremos vivir juntos o salir a un restaurante como personas normales, ¿lo entiendes? —le dijo él.

Ella sonrió.

—Claro que sí. Ya te lo dije durante la cena. Nuestra buena relación se iría a freír espárragos.

Él mantuvo un aspecto pensativo. Ella le había dicho que había quedado con una amiga en un conocido pub exclusivo llamado La

Condesa, para tomar una copa a última hora, antes de irse a su casa. Le había pedido que la acompañara, ya que su amiga había quedado con su novio, pero Gerardo le dijo que sería un escándalo si le veían a él en un local nocturno a aquella hora de la noche. Además, tendría que llamar a su escolta.

—Entonces, ¿entiendes que solo podemos vernos aquí juntos?

—Te digo que sí. No te voy a llevar la contraria.

Gerardo retomó la compostura. Se sintió algo más aliviado.

Ella terminó de abrocharse la camisa, fue hacia él y le abrazó.

—¿Te sientes decepcionada porque no te acompañe? —preguntó Gerardo, acariciando su cabello.

Ella levantó la cara de su pecho y lo miró detenidamente.

—No. Y si hay que hacer sacrificios y nuestra relación nos exige ciertas limitaciones, lo aceptaré. Aquí me tendrás mientras el sentimiento sea recíproco.

Más que nunca él se sintió orgulloso de su ego, de su virilidad. Se sintió pletórico al confirmarse que la relación estaba encauzándose como él quería. Soltó una risa ronca.

—Nunca me cansaré. Qué tonterías dices. Y en la segunda semana de diciembre no hagas planes, que nos vamos a la República Dominicana hasta el día veintidós.

—Ya tengo ganas de estar allí y de que podamos pasear juntos en público sin que nadie nos reconozca.

Él le dio un beso.

—Gracias. Ha sido una noche maravillosa.

Ella se levantó, se alisó el pantalón y se colocó el bolso en bandolera.

—Gracias a ti.

—Te llamo el jueves.

—Claro que sí —respondió ella, yendo hacia la puerta.

Cuando se marchó, Gerardo entró en el baño. Se miró al espejo. Miró con disgusto el michelín que le sobresalía por encima de la cintura de los calzoncillos. Metió el estómago. Pensó que debería hacer uso del gimnasio tan moderno que tenían en el CNI para los empleados.

«Igual de 7:30 de la mañana a 8:15 puedo hacer algo de cardio. O quizá irme a nadar a un centro deportivo privado con piscina cubierta a eso de las nueve de la noche…».

Tenía que reconocer que ya no tenía un cuerpo joven. Aun así, estaba bastante satisfecho con su físico. Además, el cabello no se le había caído con la edad madura, se mantenía fuerte y no había retrocedido ensanchándole la frente.

Abrió la mampara de cristal y se metió en la ducha.

Mientras disfrutaba del chorro de agua templada, un hombre entró sigilosamente en el apartamento.

32

Reza pasó por edificios de apartamentos de baja altura, chalés de altos muros y jardines bien cuidados del barrio de Salamanca. A aquella hora de la noche nadie prestaba atención al solitario caminante nocturno que llevaba puesta una chaqueta Barbour verde oscuro.

Al llegar a la zona residencial de Gerardo Villegas, solo se oía el sonido lejano de sirenas y el de sus propias suelas de goma pisando la acera.

Miró la pantalla de su teléfono móvil, había llegado a su destino.

No se había encontrado con nadie excepto con un hombre que paseaba a un perro yorkshire y una señora mayor tirando la bolsa de la basura a un contenedor. A ambas personas las evitó y no pudieron verle la cara. Esperaba seguir teniendo la misma suerte durante el corto trayecto que le quedaba para alcanzar su objetivo: el apartamento del director del CNI.

Le habían informado de que debía actuar en un espacio de tiempo entre las doce de la noche y las dos de la madrugada. Miró la hora en el móvil. Faltaban diez minutos para la medianoche. Decidió esperar.

Se quedó de pie al lado de unos arbustos, ya que se sentía expuesto a que alguien le viera desde alguna ventana.

Desde su posición vio cómo las luces del vestíbulo del edificio se encendían. Alguien había bajado usando el ascensor.

Inmediatamente vio a una joven de buen porte salir a la calle y caminar con aire firme y decidido. No pudo ver su rostro.

El ruido de los pasos de ella con sus tacones se fue alejando.

Solo tenía que esperar unos minutos más antes de decidirse a entrar.

De un bolsillo sacó un pequeño mando a distancia; lo accionó bloqueando la grabación de imágenes de las cámaras de seguridad. Luego sacó unos finos guantes y se los puso.

Tenía llave electrónica de acceso a la puerta principal. Enseguida se deslizó en el interior del edificio. Se dirigió a las escaleras de incendios. No quería usar a aquella hora de la noche el ascensor para evitar hacer ruido.

Sabía muy bien a qué planta y a qué puerta debía dirigirse. Llegó frente al apartamento 456, a la izquierda. Con una llave abrió la puerta blindada, quitó el seguro, y entró dentro de la vivienda. Cerró a su espalda con mucho cuidado. De su chaqueta sacó la porra extensible de acero.

Caminó por el pasillo con el arma pegada al cuerpo. Estaba todo en penumbra. Al fondo, en el salón, sonaba música de jazz a volumen bajo. El ruido de la ducha le hizo girar la cabeza. La luz del cuarto de baño iluminaba el pasillo.

Se deslizó de puntillas hasta la puerta entreabierta. En su interior, Gerardo cantaba bajo la ducha una canción mezclada con resoplidos y bufidos.

Reza asomó la cabeza en el cuarto de baño. Vio a Gerardo de espaldas aclarándose el champú del cabello. Recorrió los pocos pasos que le separaban de la mampara, levantó la porra y la descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de su víctima, rompiéndole el cráneo de un solo golpe. Volvió a golpearle una vez más para asegurarse de que lo mataba.

Se inclinó y le tomó el pulso. Una vez que se cercioró de que estaba muerto, le sacó una foto con el móvil y salió como había entrado.

Nadie vio al asesino.

Cuando estuvo fuera del edificio, caminó hasta salir del barrio de Salamanca. Necesitaba mandar un mensaje a su contratista para

confirmar que el trabajo se había llevado a cabo.

A pocos metros vio a gente bien vestida entrar y salir de un exclusivo pub. Un moderno cartel metálico en un lateral de la entrada anunciaba el nombre del local, «La Condesa». Entró.

Aunque era muy avanzada la madrugada, el local estaba lleno. La clientela era pulcra, elegante. La ambientación era muy cuidada. La música era de *chill-out lounge*. Había una terraza concurrida con sofás de terciopelo y otros de ratán natural con cojines de poliéster y seda. Toda la decoración del establecimiento era refinada, los más expertos lo llamaban boho-chic.

Encontró un espacio vacío en la barra, donde pasar desapercibido. Aunque no probaba el alcohol cuando estaba de trabajo, pidió un gin-tonic para no llamar la atención.

Sacó el móvil y mandó la foto del cadáver del hombre que acababa de matar con un breve texto, confirmando el éxito de la operación.

Enseguida recibió un mensaje con datos para llevar a cabo una nueva misión. Reza cliqueó el archivo por adjunto de su próxima víctima y apareció la imagen junto con su nombre y descripción: era Félix Bretones, el director de la Policía Nacional.

A pocos metros había una mesa ocupada por dos jóvenes atractivas. Una de ellas creyó reconocerlo, era la novia de Gerardo Villegas.

33

El director de la Policía Nacional, Félix Bretones, estaba tan ocupado con la llegada del Papa y la investigación por el asesinato del director de CNI que no atendía los mensajes y llamadas en su teléfono móvil privado. De hecho, lo tenía desconectado. Su asistente canalizaba y cribaba las llamadas, según su importancia y necesidad.

Por el teléfono fijo le informó de la visita con carácter urgente de una oficial de policía.

—Hágala pasar, entonces —ordenó.

—Buenos días —dijo ella entrando y cerrando la puerta a su espalda.

—Adelante, pase —bramó Félix. De un vistazo, admiró lo atractiva que era.

—Gracias por darme unos minutos de su valioso tiempo.

La joven parecía que se fuera a echar a llorar; aun así, aguantó la compostura. El director, al notar su semblante, tomó la iniciativa.

—No me venga con la cháchara de problemas con el personal sobre acoso y demás, porque para eso tiene usted su sindicato al que acudir, por favor. Estoy muy ocupado. Si ha visto hoy las noticias, sabrá que anoche se cometió un asesinato que ha conmocionado al país entero.

—Tengo información confidencial.

Félix se repantingó en el asiento.

—¿De qué se trata? —Observándola, dedujo que la mujer no podía sino ostentar un alto cargo para presentarse personalmente ante él. Se puso las gafas para ver de lejos. Aquella mujer tenía unas delanteras como Pamela Anderson en aquellos años de juventud en *Vigilantes de la playa*. Además, el uniforme que llevaba era dos tallas menos de las que necesitaba. Sorprendido, notó el distintivo en la hombrera—. ¿Es usted subinspectora?

—Así es. ¿Quiere ver mi identificación?

Él hizo un ademán con la mano al aire. Se quitó las gafas y se recostó en su sillón de ruedas.

—No hace falta. Siéntese. Y dígame qué quiere.

—Tengo información privilegiada.

Félix frunció el ceño, se inclinó sobre el escritorio y clavó sus ojos en los de la mujer policía. Estaba cansado de escuchar a subalternos que no sabían emplear bien el lenguaje. «¿Dónde coño ha estudiado esta gente?», solía preguntarse.

—Mire, información confidencial y privilegiada no es lo mismo. Aunque la información privilegiada puede ser confidencial, no toda la información confidencial es información privilegiada.

Ella puso una cara extraña al no entender sus palabras.

—Sé que el cuerpo está ocupado en la seguridad de la visita del Papa…

—¿Y? —le interrumpió Félix.

—Bueno, pues que estamos buscando al grupo GRG, al que se le atribuyen muchos atentados terroristas en el extranjero, y tememos que vayan a atentar…

Se quedó callada, comportamiento que exasperó al director.

—Continúe, por favor.

—Y puede que sean ellos los que están detrás del asesinato del director del CNI.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Tengo oídos.

—Yo diría que tiene usted más que oídos.

—¿Perdón?

—Vayamos al grano. Si tiene usted algo que decir, dígalo ya.

—El sospechoso, el cabecilla del GRG, ha sido visto en un pub…

—¿Cuándo?

—Ayer de madrugada.

—¿Quién lo vio?

Ella volvió a guardar silencio.

Félix refunfuñó. Repitió con aspecto cansino:

—¿Quién lo vio?

—Yo misma y una amiga.

Félix abrió mucho los ojos, incrédulo y pasmado. Suspiró. Hizo un esfuerzo para concentrarse.

—¿Usted y una amiga ayer de madrugada en un pub?

—Sí.

—¿Qué hacían allí?

—¿Qué pueden hacer dos mujeres jóvenes en un pub?

—¿Me está usted faltando el respeto? Usted es subinspectora. ¿No le parece oportuno que le pregunte qué hacía usted de madrugada en un pub en días laborables?

De pronto ella adquirió un aspecto tímido.

—Nosotras…

—Ustedes… Por cierto, ¿su amiga es también del cuerpo de policía?

—Sí.

—Dígame, ¿qué hacían en el pub?

—Bueno… Yo… Quedo con gente para tener relaciones.

Félix abrió más los ojos.

—¿Perdone?

—Que tengo una cuenta en Tinder para conocer a hombres.

El director dio un golpe con el puño cerrado sobre la mesa.

—Por el amor de Dios —bramó enojado—. ¿Es esto una puta broma?

—Mi amiga y yo somos solteras y así queremos seguir. Tenemos derecho a nuestra propia vida privada.

—Pero siendo policías, tienen una responsabilidad moral —dijo él desafiante. La señaló con el índice—. Usted y su amiga representan los valores de la policía aunque vayan de paisano por la calle. ¿O es que las nuevas generaciones no lo entienden? ¿Qué van a pedir al

sindicato, que coloquen carteles anunciando que la policía dispone de putas en las barras de pubs?

—Perdone, pero si se va a poner así de violento, me marcho.

—¿Violento? —tronó él. Estaba furioso—. No me enrede en polémicas. No me venga con artimañas dialécticas que me las sé todas. Ah, no. Ahora le exijo que se quede y me cuente de qué va todo esto, o le abro un expediente.

—A mí no me implique con el asesinato.

—¿Asesinato? ¿De qué está usted hablando? Creo que tenemos que llamar a una tercera persona para que sirva de testigo en esta conversación. Quizá a un abogado de su sindicato.

—No, por favor. No quiero que mi carrera se vea perjudicada por este asunto tan desagradable.

—Entonces, hable.

—La profesión de policía es poco glamurosa y en gran parte aburrida.

—Joder, ¿qué quería? ¿Todos los días laborales acción y aventura como en las películas?

Ella continuó sin prestar atención a su comentario.

—Además que en la actualidad provocamos de manera automática cierta impopularidad y rechazo social.

—Pues si no están contentas, usted y su santa amiga se pueden dedicar al puterío ocho horas al día. Porque buscar hombres en un pub de madrugada no da muy buena imagen a su profesión, ¿no cree?

Ella volvió a poner cara de enojo.

—Que tengas una cuenta en Tinder no quiere decir que ejerzas la prostitución. Yo he venido aquí a hablar con usted porque me siento responsable como subinspectora de cumplir con mi deber.

—Esa aplicación de citas es la billetera mata galán, el dinerito que convierte a sapos en príncipes. Un estudio revela que más del veinte por ciento de las usuarias sufrió una agresión sexual con violencia, retirada de preservativo sin consentimiento e incitación a la prostitución. Si usted y su amiga buscaran una relación sana, sería mucho mejor pedirles a sus amigos o amigas que les presentaran a

sus amigos. Por ahí se empieza a buscar pareja. No exponiéndose en internet. No puedo garantizarle que no acabe sancionada.

—¿Sancionada?

—Mire, no nos desviemos del motivo de su visita y vaya al grano. ¿Qué sucedió en el pub al que fueron usted y su amiga ayer por la noche?

Félix sabía que la formación y reclutamiento en la Policía Nacional dejaban mucho que desear, por su deficiencia tanto en términos de ética como de psicología. Durante los últimos años se habían bajado los niveles para seleccionar personal. «En mis tiempos en la academia de Ávila no te encontrabas a este tipo de gente», solía decir.

Aunque era reacio a admitirlo abiertamente por miedo a crear polémica, él y sus compañeros más veteranos opinaban que debía retornar la antigua policía, con sus métodos más duros y decididos, aunque carecieran de los recursos tecnológicos de los que hoy en día presumían.

Ella respiró hondo y tragó saliva.

—¿Qué sucedió? —volvió a preguntar Félix—. Y no me venga con el detalle de que no estoy interesado en la pornografía.

—Yo no me dedico a eso.

—Yo lo llamo como me da la gana. No me venga ahora a decirme que usted y su amiga querían documentarse para escribir un libro sobre sexo con hombres pensando que iba a ser un éxito de ventas.

—Sí, y yo estaba con ella para asegurarme una comisión.

—No se me ponga usted chula.

Ella se mostró enfadada.

—¿Chula? Eso es despectivo y machista.

—Lo que a usted le dé la gana. Me trae al pairo. Dígame lo que ha venido a decirme, por favor. Soy una persona muy ocupada.

Ella le contó todo sobre su relación con el difunto director del CNI, Gerardo Villegas. Félix escuchaba atónito ante la tranquilidad que la joven subinspectora mostraba al narrar la historia.

Lo primero que le vino a la cabeza a Félix fue a cuántos hombres con puestos importantes en el sector privado y público se habría llevado a la cama.

También pensaba mientras la escuchaba que si se hiciera pública aquella historia que le estaba contando, entre los blogueros, youtubers y los plumillas de la prensa, causaría una revuelta política: «El director de la inteligencia española con una amante de Tinder, que es policía nacional… Si esta bomba informativa sale a la luz unos días antes de la llegada del sumo pontífice, nos hace un daño irreparable a nuestra imagen. ¡Bendito sea el señor!».

—Él miró de reojo a mi amiga —prosiguió—. Pero ella no estaba interesada en él. De hecho, estábamos esperando a su novio.

—¿Su amiga tiene nombre?

—Si continúa con lo de ponerme una sanción, no se lo digo.

—El no colaborar le merecerá no una sanción, sino el abrirle expediente y apartarle de su trabajo. Aunque doy por hecho que tiene donde ahogar sus penas.

—¿Puedo continuar? —preguntó ella. Félix le indicó con la mano que lo hiciera—. Ese hombre terminaba de mirar algo en la pantalla de su móvil y se lo guardaba en su chaqueta mientras seguía observando a mi amiga de reojo. Se llama Matilda. Pero ella no le hizo caso alguno.

Félix sofocó una risotada al escuchar el nombre: «Matilda, como la de la película».

—Me lo creo —dijo él, con un tono neutral próximo al sarcasmo.

Se produjo una pausa.

—Como iba diciendo —continuó ella—, no le hizo caso, pero yo lo reconocí.

—¿Usted reconoció al líder del GRG? —inquirió, con el tono mitad resignado, mitad divertido.

—Era idéntico al retrato robot que ha circulado por la comisaría. Parecía un modelo maduro de esos que salen en los catálogos de ropa de El Corte Inglés. Vestía una chaqueta cara de esas que tienen el cuello de pana, marca Barbour.

Félix la miró fijamente y se dio cuenta de que quizá no la había tomado demasiado en serio.

—¿Está usted segura?

—¿Sabe usted cuánto cuesta una copa en el pub La Condesa y qué clase de gente va?

—No, pero me hago una idea. Pero, dígame, ¿qué cree que el sospechoso estaba haciendo en ese local a esa hora de la madrugada?

—El wifi.

—¿Cómo dice?

—Todo el tiempo estuvo pendiente del móvil. Entró para usar el wifi y comunicarse con alguien a través de una línea que no fuera detectada por las fuerzas de seguridad del Estado. Usa un teléfono que no puede ser rastreado, del que se puede deshacer enseguida y quizá usa otro nuevo al día siguiente.

Las palabras de un inspector de policía noruego le vinieron a la memoria. Fue durante un cursillo organizado por la Interpol, para fortalecer lazos de cooperación entre países de la Unión Europea: «El cerebro femenino funciona de forma ligeramente distinta al masculino. Lo usan de forma diferente en algunos casos. Ellas tienen una mejor conexión neuronal; esto explica en parte por qué una mujer desarrolla más temprano el lenguaje y es capaz de analizar información que al hombre se le escapa, por ser más distraído». «Y yo me reí del vikingo cuando escuché todo aquello. Ahora solo puedo decir que el comesalmón tenía razón».

—Buena deducción. Siga.

—Eso hice. Le seguí.

Félix carraspeó y acabó sufriendo un acceso de tos. Se levantó de su asiento.

—¿Cómo? ¿Dice que le siguió? —preguntó más sorprendido aún por aquella nueva revelación.

—El novio de mi amiga vino y el sospechoso se fue. Y yo, guardando las distancias, fui detrás de él. Vi desde lejos el portal del edificio en el que se metía. No lejos del pub. Esperé una hora y me decidí a entrar. Una señora mayor salía del ascensor a tirar la basura. Le pregunté por aquel hombre. No sabía de quién le hablaba y le hice una descripción. No quiso darme ninguna información porque el presidente de la comunidad les había advertido sobre ocupas ilegales y de no facilitar datos a extraños acerca de los inquilinos. Así pues, me identifiqué. Resultó que estaba hospedado en el

apartamento quinto derecha, donde un grupo de personas lleva varios días viviendo y nadie los ha visto salir.

Félix dio un respingo. Sacó una fotografía de un fichero. Era el retrato robot de Reza Aslani basado en la descripción de testigos en el extranjero que a lo largo de los años creían haberlo visto.

—¿Se parecía a este?

Ella miró de cerca la imagen.

—Sí. Es él. Es la misma imagen que me llegó al despacho en mi comisaría.

—Le agradezco que haya venido. Siento haberme precipitado diciendo algunas cosas que no debía.

—No hay nada que agradecer. Ha sido mi deber.

—Tendrá que confirmar la dirección exacta.

—Lo que haga falta.

—Mire, en las comisarías de Madrid tenemos una enorme carga de trabajo, robos, violencia entre bandas y clanes, narcóticos… Hay quien con el tiempo abandona la profesión y otros que piden que los trasladen a provincias lo más lejanas posible. Si tiene familiares en alguna otra ciudad, haría lo necesario para agilizarle el traslado. Puede estar segura de que lo que me ha contado lo mantendré en secreto para no ponerla en peligro. Este hombre y sus cómplices son extremadamente peligrosos. Solo con un pequeño grupo de personas tendré que compartir su nombre, pero tenga por seguro que no se hará público.

Cuando la joven subinspectora se marchó, tras haber mostrado la dirección del apartamento en un mapa digital de Madrid, el director de la policía llamó de inmediato a Julián Fernández.

34

Aquella mañana Reza Aslani se despertó lleno de confianza y energía. Como era habitual en él, prestó gran atención a su higiene. Se duchó con mucho esmero, se lavó los dientes, se afeitó, se puso agua de colonia, desodorante… Finalmente, se aplicó loción hidratante por todo el cuerpo.

Alguien llamó a la puerta de su habitación.

Reza abrió y uno de sus hombres con el aspecto muy serio le indicó que le siguiera.

Fueron al salón. Frente a los ordenadores y aparatos de escucha, se encontraban otros con auriculares puestos. Había quien tecleaba sin parar. En una de las muchas pantallas de ordenador, se mostraba el mapa urbano de Madrid.

Escuchaban a la policía y monitorizaban incluso sus comunicaciones por escrito al haber hackeado la cuenta de correo electrónico. Tenían varias libretas llenas de anotaciones y varios libros técnicos en español para comprender los códigos numéricos y las nomenclaturas. Podían escuchar las directrices de la policía para despejar ciertas calles, las comunicaciones entre comisarías, coches patrulla y motocicletas, todo dispositivo que usaran, fuera por teléfono móvil, internet o radio.

Tenían un programa informático que detectaba todas las palabras clave que la policía escribía, como atentado, sospechoso, bomba, seguimiento, vigilancia, Reza Aslani, GRG, etcétera. Cuando desde la

central de la policía enviaban un texto con una de esas palabras, a ellos les salía en pantalla el escrito.

—Alguien ha visto tu rostro —informó uno de ellos.

Reza miró a todos ellos.

—¿Estáis seguros?

—Hemos detectado un mensaje que se envió a través de un tipo de identificación por ordenador a otra cuenta que no es posible detectar porque el cortafuegos es muy superior a nuestros medios. Pero estamos muy seguros de ello. Han dado contigo. Estás quemado.

Otro intervino.

—¿Estuviste anoche en un pub llamado La Condesa?

—Sí, después de cumplir con la operación usé allí el wifi.

—Pues la Policía Nacional está ahora mismo allí. Suponemos que para revisar las cámaras de seguridad.

Otro se echó para atrás en su silla y alargó el brazo.

—Jefe, dame tu móvil, tengo que inutilizarlo de inmediato.

Reza se lo dio. El hombre lo manipuló, lo metió en una bolsa Faraday y le entregó un aparato nuevo.

—Este es un móvil seguro. Con la nueva VPN instalada, hará más difícil rastrear tu ubicación y actividad en línea.

Reza guardó silencio y se quedó pensativo.

—¿Dónde se encuentra Félix Bretones?

Uno de ellos comenzó a teclear en su ordenador. Salió un punto parpadeante en una pantalla.

—Está ahora mismo en la Castellana. Sentado en su coche oficial, en medio del tráfico.

Otro analizó varios números en su pantalla e intervino.

—No se movió desde ayer por la tarde del edificio de la Dirección General de la Policía en la calle Miguel Ángel. Durante los últimos días lleva durmiendo en el despacho. —Señaló la pantalla de su compañero—. Y por la dirección que toma su coche en estos momentos se dirigirá a su residencia. Seguramente para descansar unas horas, cambiarse de ropa y volver al trabajo.

Reza dio una sonora palmada. Todos quedaron expectantes ante la decisión que tomara.

Si la policía conseguía saber que se refugiaban en aquel piso franco, enviarían helicópteros, hombres con perros, chalecos antibalas, placas acorazadas, taladros con silenciador para perforar paredes y puertas, y desalojarían todo el edificio y rodearían toda la manzana. Pero ellos monitorizaban sus comunicaciones internas y de momento no habían detectado que supieran la dirección.

La expresión de Reza era como la de alguien ultrajado. No consideraba el fracaso como una opción, pero aquella situación era sin duda el fin de la operación. La única pérdida que consideraba era la de su propia vida. Era una situación desesperada en la que debía realizar acciones rápidas y contundentes.

Tras enfurruñarse en silencio un minuto, dijo con un tono severo:

—Escuchar. La operación contra el Papa queda abortada. Ya nos ocuparemos de él en otra ocasión. Así se lo haré saber a nuestro contratista. Sin embargo, yo me ocuparé de cumplir con el segundo objetivo.

La radio de la policía continuaba derramando mensajes en español sobre incidencias.

—Seguid las rutas de escape opcionales —continuó Reza—. No os asoméis por el aeropuerto. Quedaos aquí hasta esta noche. Entonces, salís de inmediato de Madrid.

Ninguno de ellos tenía un instinto de muerte, pero eran conscientes de que las probabilidades de que los atraparan se multiplicaban conforme el tiempo pasaba.

Se dispusieron a desmantelar todos los equipos informáticos y destruir cualquier documentación o material que les pudiera implicar o servir a la policía como prueba para investigarles. Dos de ellos comenzaron a desmontar las bombas que habían preparado, separando todas las piezas y haciéndolas inservibles.

Reza se puso la chaqueta Barbour, cogió la porra extensible de acero y se la guardó entre la ropa.

Miró por última vez a su equipo.

Él sabía que los dejaba expuestos. Él sabía que tenían muy pocas posibilidades de salir con vida de Madrid. Él sabía de la existencia de una organización de inteligencia clandestina llamada Cervantes, que luchaba contra el terrorismo, involucrada en operaciones encubiertas

que incluían asesinatos selectivos o «ejecuciones extrajudiciales» como parte de su trabajo, que actuarían de manera inmediata.

Pero él tenía que seguir vivo y mantener su empresa en Ghana, ya emplearía a un nuevo equipo de mercenarios. Él mataba por dinero sin importarle a quién ni por qué. Él era un terrorista capitalista al servicio de quien le pagara cifras exorbitantes, como el siniestro Paladin o regímenes podridos y en descomposición. Él era un asesino profesional que tenía respeto por la vida, la suya, pero, por el momento, aquellas seis personas que tenía delante no tenían derecho a seguir con vida.

Ellos le devolvieron en silencio la mirada. Reza asintió, fingiendo infundirles valor e intrepidez. Ya no los vería más con vida. Sin decir nada, se giró y se marchó.

35

Los técnicos de desactivación de explosivos del ejército y de la policía sabían dónde buscar. Empezaron a cubrir el paso de la comitiva por la capital. Recorrieron el terreno de forma minuciosa. Encontraron en total cuatro aparatos electrónicos que inutilizaron. Según los expertos en antiterrorismo, eran parte tecnológica para colocar potentes explosivos y ser accionados desde larga distancia. Como medida preventiva, se organizó un nuevo itinerario del Papa desde su llegada al aeropuerto.

Mientras tanto, el equipo operativo del Cervantes estaba a punto de atacar al grupo terrorista.

Félix le había informado a Julián sobre la dirección donde creía que los miembros del GRG se escondían. Le contó todo sobre la novia del director del CNI asesinado y le pidió máxima discreción para que el cuerpo de policía no se viera implicado y afectado de forma negativa.

Félix no se atrevía a lanzar una operación especial contra los sospechosos inquilinos de aquel apartamento, por si la información de la joven fuera errónea y tuviera que pedir explicaciones públicas y verse salpicado judicialmente.

Julián le pidió a él que ninguna patrulla interfiriera durante la intervención de su equipo operativo, en caso de que algún vecino al oír un tiroteo avisara a la policía.

—Pero tendréis que desalojar el edificio —sugirió Félix.

—No lo haremos, porque a la menor alarma esa gente se pondrá a la defensiva y se preparará para actuar ante un ataque inminente. El factor sorpresa será nuestro aliado.

Lo que aún no sabía el director del Cervantes era que ellos ya estaban tomando medidas. Debían darse prisa si querían atraparlos.

36

El equipo operativo del Cervantes se encontraba dentro de una furgoneta aparcada en la entrada del edificio. El vehículo, con los cristales tintados, estaba pintado en un tono ocre con el que pasaba desapercibido.

Liderado por Laura García, sus componentes eran Tom, Fabián y Óscar, que estaba sentado al volante mientras observaba el poco movimiento que pasaba por la calle; como era habitual en él, movía un palillo en la comisura de sus labios.

Todos ellos iban equipados con zapatillas de suela de goma blanda y con mascarillas antigás, listas para colocar en el rostro tan pronto la situación lo requiriera.

Tom, sentado en la parte trasera, le tocó el hombro a Óscar.

—¿Es que no puedes dejar ya de mover ese palillo?

Óscar, sin perder de vista el exterior, se quitó el palillo de la boca, bajó la ventanilla y lo tiró. De su pechera sacó otro y se lo colocó entre la comisura de los labios.

—Arreglado. He dejado de mover *ese* palillo —dijo.

Fabián y Tom sonrieron.

—Tienes un gran sentido del humor —dijo Tom—. Dime, ¿qué es lo que hace hiaaa—hiaaa y nunca cruza una calle por el paso de peatones?

—Eh, un burro o una mula.

—Pues no. Un gato con defecto de pronunciación.

Óscar levantó la mirada por el espejo retrovisor y con aspecto serio observó a Tom riéndose de su propio chiste.

—De verdad, Tom —dijo, señalándole por el espejo con el palillo entre los dedos—. Me das miedo. Deberías apuntarte a un curso de formación a distancia sobre el arte de ser divertido.

Fabián también se reía por lo bajo, moviendo la cabeza.

—Qué malo, Dios mío —jadeó—. Por gente como tú no nos abducen los extraterrestres.

Laura intervino mientras se colocaba un pinganillo en una oreja.

—Bueno, basta ya de bromas, chicos.

Desde la sala de operaciones del Cervantes, Julián Fernández junto con Varun Grover monitorizaban la operación de asalto.

—Roger, Wilco —dijo Varun por el micrófono instalado en su mesa.

Laura sonrió al escucharlo. Habló a través de su pinganillo.

—No te había oído decir Roger-Wilco desde hacía tiempo.

—Es un término especializado entre los ingenieros informáticos, solo conocido por los verdaderos profesionales. —Se giró y, levantando la cabeza, le guiñó un ojo a Julián, que permanecía serio estudiando las imágenes a tiempo real del interior del apartamento —. Ya sabes, usado por los que estamos adelantados a nuestro tiempo —bromeó.

Laura sonrió.

—¿Cuál es la situación?

—Están recogiendo —contestó Varun, mirando las imágenes.

Julián continuaba observando la pantalla central. Gracias al calor corporal se veían las imágenes de infrarrojos que mostraban a los inquilinos del apartamento quinto derecha: uno sentado frente a un ordenador, otros moviéndose de un lugar para otro, otros más moviendo cajas.

—Laura, tienes luz verde —dijo al fin con firmeza el director del Cervantes.

—Recibido.

En el interior del apartamento, un hombre señaló su pantalla a los otros.

—¿Por qué no se oye la radio de la policía? —se preguntó.

Uno de ellos que estaba empaquetando aparatos electrónicos en cajas de cartón dejó lo que estaba haciendo y se acercó. Otro, en la cocina, que metía todo resto de comida en bolsas negras de basura, se aproximó con rapidez.

—Algo sucede —declaró uno.

—Exacto —respondió otro.

—Han debido cambiar la frecuencia —contestó una mujer tecleando en una consola—. Déjame ver. Puede tratarse de una medida excepcional.

—Sigamos recogiendo todo y marchémonos enseguida —urgió el que había estado limpiando la cocina.

Otra persona miró su pantalla del ordenador portátil.

—Han dejado de transmitir. Pero es verdad, puede que hayan cambiado la frecuencia y los códigos de señales. No hay que alarmarse. Lo han hecho con anterioridad.

El primero de ellos que había levantado la alarma le miró inquisitivamente y asintió, pero al mismo tiempo hizo una objeción:

—¿Y si no es así?

Ninguno dijo una palabra.

Abajo, en el interior de la furgoneta, los operativos del Cervantes estaban listos para tomar acción.

—Cinco, cuatro… —dijo Óscar viendo a una pareja a punto de doblar la esquina y dejar la calle despejada—, tres, dos, uno.

Los dedos de los cuatro quitaron los seguros de sus armas y deslizaron el índice al gatillo. Los tres se giraron hacia la jefa de operaciones, a la espera de la decisión final.

—Vamos, chicos —ordenó Laura abriendo la puerta corredera de la furgoneta. Su tono de autoridad no dejaba duda sobre quién dirigía la operación.

Entraron con agilidad y rapidez dentro del edificio. Se movían en completo silencio y de forma coordinada, como si hubieran entrenado el asalto durante mucho tiempo.

Óscar, sin perder su palillo en la comisura de los labios, se adelantó escaleras arriba, colocó una carga explosiva en la puerta del quinto derecha, y subió una planta más.

Al estallar la carga, la puerta se desplomó. Fabián lanzó al instante varias bombas de humo. Los cuatro se pusieron las máscaras antigás.

Esperaron cinco segundos para irrumpir en el apartamento con contundencia.

Laura no podía gritar órdenes, pues nadie las oiría, de modo que hizo un gesto con una mano, lanzó por la puerta un explosivo cegador. «Tres, dos, uno». Se oyó una detonación, una explosión de casi doscientos decibelios que hizo que reventaran los cristales de las ventanas. Ella echó a correr dentro de la vivienda, seguida por sus compañeros.

Todos dispararon al unísono tan pronto vieron las figuras de los terroristas. A los seis mercenarios el asalto les había pillado por sorpresa, ya que monitorizaban las fuerzas de seguridad del Estado, Policía Nacional y Guardia Civil, y no tenían constancia de que un grupo como aquel realizara una operación especial sin alertar con antelación a los residentes del edificio y acordonar la zona.

Con el rabillo del ojo, Laura vio a un hombre levantarse del suelo y apuntarle con una pistola. Tom debió de verlo y ambos dispararon al mismo tiempo, los dos con sus fusiles en modo ráfaga de múltiples balas. Los disparos alcanzaron al hombre en el torso y en la cabeza. Al caer el cuerpo hacia atrás, otra figura emergió del espeso humo. Entonces, de nuevo, Laura y Tom hicieron otro tanto.

Los otros mercenarios, desorientados y cegados, enojados y desesperados por haberles pillado de sorpresa el ataque, abrieron fuego desde las posiciones en las que se encontraban contra todo lo que se movía alrededor, a lo loco y sin disciplina. Sin embargo, enseguida fueron todos ellos abatidos.

Tom, Óscar, Fabián y Laura mantuvieron tranquilamente sus campos de tiro respectivos, dispararon sus armas con precisión, avanzando, dando en el blanco, como si efectuaran un baile de salón perfectamente coreografiado.

Los mercenarios que Reza había dejado intencionadamente morir estaban dominados por un equipo operativo altamente adiestrado para situaciones de máximo riesgo como aquella. Poco podían haber hecho.

37

Reza no tardó en llegar a una zona urbanizada con decoración ultramoderna. Parecía estar diseñada más para impresionar que para hacer la vida de los inquilinos más acogedora y confortable.

Eran chalés unifamiliares de dos y de tres plantas, con tejados abuhardillados. Todos de construcción arquitectónica moderna. Todos idénticos. Con tejado plano y enormes ventanas. Entre las fachadas estaban los garajes, que daban la impresión de haberse construido para hacer de separación entre una y otra vivienda. En total habría una veintena de ellas en ambos lados de las aceras.

Caminó por aquella hilera de casas y entorno elegante en dirección a las más alejadas.

Los jardines de las viviendas estaban situados detrás de las casas. Algunas presumían de cuidados setos podados con esmero y sentido artístico. Otros chalés tenían senderos que se bifurcaban: uno conducía a la entrada principal y otro al garaje, cubiertos de grava cuidadosamente rastrillada, entre pequeños arbustos podados y arriates.

Llegó a su destino. Sacó del bolsillo de su chaqueta Barbour unos finos guantes y se los puso. Luego sacó un pequeño mando y lo accionó, bloqueando el funcionamiento de las cámaras de seguridad.

Como si él mismo fuera el propietario, sin parar de caminar, echó una rápida mirada hacia los portales vecinos y hacia el fondo de la carretera. Al no ver a nadie, se deslizó deprisa y en silencio por el garaje tras accionar la puerta con otro mando a distancia.

En el interior había un Audi A1 y una bicicleta de ciclismo colgada de un gancho en la pared.

Cerró la puerta con el mando a distancia y se ocultó tras unas cajas. Ahora solo le quedaba esperar pegado a la pared.

Sacó la porra que llevaba guardada en la sobaquera de la chaqueta. Desde su posición escuchó el ladrido de un perro y algún vehículo circular por la carretera frente a la vivienda. Poco a poco pudo percibir ruidos en el interior de la casa, grifos abiertos, pasos pesados de pies descalzos subir y bajar escaleras, el correr del agua por la cañería…

Enseguida oyó el ruido de pasos acercándose: eran tacones de mujer. Se agachó sobre el suelo duro de cemento. La puerta del garaje se abrió llenando de luz el interior.

—Adiós, cariño —gritó la mujer.

Reza no escuchó la respuesta, pero sí cómo el vehículo producía un sonido al ser accionada la apertura de las puertas. La mujer entró, arrancó y sacó el Audi al exterior. La puerta del garaje volvió a cerrarse quedando todo a oscuras.

Reza se levantó, entreabrió la puerta interior del garaje que conectaba con la vivienda. No oyó nada. Entró. Caminó por el interior. Subió las escaleras que llevaban a la planta principal con la adrenalina corriendo por sus venas y agarrando con más fuerza la porra.

Llegó a un amplio y abierto salón, unido a la cocina americana. El mobiliario era moderno. Un caro equipo de música con altavoces a los lados y una enorme pantalla de televisión plana dominaban toda una pared. Las vistas a través de la puerta corredera mostraban el jardín trasero, que ofrecía un paisaje rural y tranquilo lleno de vegetación. Más allá había campo.

De repente oyó a alguien cerrar el frigorífico y dejar un plato y cubiertos en el fregadero. Se ocultó tras una columna.

Luego oyó unos ruidos en la planta superior. Aquella persona andaba descalza o en calcetines. Reza apretó con fuerza la empuñadura de la porra. Entonces oyó la puerta del baño y la apertura del grifo del lavabo.

Subió muy despacio por la escalera con la mirada puesta hacia arriba mientras agarraba su arma con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Se asomó al baño. Vio a su víctima desnuda frente al lavabo lavándose los dientes con un cepillo eléctrico. Observó su peluda espalda y, donde debería haber cintura, dos michelines colgando entre los omóplatos. Contempló las flácidas nalgas y el rollizo cuello y la coronilla. Reza sintió repugnancia y aversión hacia aquel ser. Levantó la porra y la descargó con tanta fuerza que Félix cayó hacia adelante, haciendo que su cabeza rebotara al golpear contra la balda de cristal del espejo para caer de inmediato como un pelele al suelo debajo del lavabo.

Le tomó el pulso, aún seguía vivo. Enardecido, Reza volvió a acometer la porra extensible de acero con todas sus fuerzas contra el cráneo del director general de Policía, destrozando y perforando su sien.

Una vez que comprobó que lo había matado, salió de nuevo al pasillo y bajó las escaleras. Oyó el ruido de un coche. Se asomó a la ventana. Era un vehículo oficial. El chófer y un guardaespaldas salían del vehículo y quedaban de pie a la espera. El conductor se encendió un cigarrillo.

Reza cruzó el salón, se dirigió a la puerta corredera de cristal que daba al jardín, cuyo césped lindaba con el vasto campo que se extendía más allá de la zona de urbanizaciones, abrió y salió al exterior.

Caminó con el paso rápido a través del prado abierto hasta llegar a un lindero. Se giró hacia atrás para asegurarse de que ningún vecino se hubiera alarmado por los ruidos ni que el guardaespaldas hubiera encontrado el cuerpo. Cada ventana representaba ojos de testigos que le observaban con frialdad silenciosa. No vio a nadie ni oyó ningún sonido extraño.

El guardaespaldas llamó por teléfono móvil a su jefe una y otra vez y, al ver que no respondía, tocó el timbre y aporreó la puerta. Cuando no obtuvo respuesta alguna, contactó a la central. Más tarde encontraron el cadáver.

El trillado sendero cruzaba el campo en diagonal. La carretera general estaba muy cerca. Reza sacó su móvil. Abrió una aplicación y esta le mostró hacia dónde tenía que dirigirse. Se apartó del sendero y entre densos arbustos encontró el scooter que le ayudaría a salir de inmediato de la Comunidad de Madrid.

Una vez dentro del avión privado para emprender la huida inmediata de España, recibió un nuevo mensaje de Paladin. Abrió la foto de perfil adjunta al texto. Un nuevo contrato. Le pedían una ejecución inminente y una cifra exorbitante por cumplirla.

Con cada nuevo paso, el peligro y los riesgos se agravaban.

Ahora el riesgo sería mucho mayor, ya que no tendría el apoyo de su equipo.

Meditó sobre lo que le esperaba a continuación.

Su nuevo objetivo era David Ribas. Y el lugar, de nuevo, la India.

No le gustaba el país. El atentado en la estación de Nashik había salido casi a la perfección, salvo por un error imperdonable: su empleado se quitó el pasamontañas antes de tiempo y un testigo logró verle el rostro. Esa clase de imprevistos era precisamente una de las muchas razones por las que evitaba aceptar contratos en la India.

«En un país donde el desorden es la norma y los imprevistos abundan, incluso los planes más meticulosos pueden venirse abajo en segundos», pensaba Reza Aslani, sentado junto a la ventana del jet privado, mientras saboreaba lentamente un vaso de whisky añejo.

La India le resultaba caótica e impredecible: una densidad de población asfixiante, un clima agobiante, infraestructura desordenada, y una vigilancia constante que no venía de cámaras de alta tecnología, sino de ojos curiosos, omnipresentes, atentos a cualquier anomalía, y nada llamaba más la atención a un indio que un extranjero caminando por sus calles. Todo conspiraba contra una huida segura y rápida.

Volvió a contemplar el rostro de su próxima víctima. La fotografía, en su quietud, le devolvía algo más que una imagen: le ofrecía un reflejo inesperado, casi incómodo. Comprendió, una vez más, que conocer verdaderamente a alguien, incluso con fines

oscuros, es también abrir una grieta en la propia coraza, una forma silenciosa de exposición.

«¿Cuál es tu punto débil, David Ribas?», se preguntó. Alzó la mirada y, a través de la ventanilla, observó el cielo surcado de nubes, dejando que la pregunta flotara mientras meditaba sobre su modo de actuar.

PARTE CUATRO
UNA MISIÓN DE RESCATE

38

Bajo el mando del difunto Gerardo Villegas, el CNI parecía matar el tiempo haciendo dos cosas. Una, descubriendo espías extranjeros y monitorizando aburridas historias conspiranoicas, más propias de las novelas de espionaje durante los años de la Guerra Fría, y películas del subgénero Eurospy. Dos, combatiendo a las organizaciones criminales y grupos peligrosos para la seguridad nacional. Pero tras el transcurso de los días sus funciones resultaban cada vez más embrolladas. Los departamentos se habían dividido en subdepartamentos y estos, a su vez, en otros departamentos internos.

El mal funcionamiento del servicio de inteligencia se debía, en gran parte, a una politización creciente de su cúpula directiva, donde las lealtades partidistas habían acabado reemplazando al criterio profesional.

Esta deformación institucional se veía agravada por el desgaste crónico de los empleados, sobre todo entre los analistas: una generación formada en aulas universitarias, armada con teorías y modelos, pero carente de experiencia real en el terreno, carente de criterios objetivos y movida más por cierta ideología. Incluso algunos se comportaban como activistas, satisfechos de contribuir al fortalecimiento de una agenda política concreta.

Estos empleados nunca habían pisado la calle, ni olido el miedo, ni mirado a los ojos a una fuente humana. Encerrados en oficinas climatizadas, interpretaban datos con una distancia que rozaba la

ficción, desconectados de la crudeza del mundo que intentaban descifrar.

En conjunto, esta mezcla de intereses políticos, agotamiento estructural y una visión tecnocrática pero ciega de la realidad había convertido a los servicios de inteligencia del CNI en una maquinaria lenta, errática y, a menudo, peligrosamente inútil.

Al final, la única tarea que seguían haciendo consistía en escribir informes de inteligencia para el gobierno, tapar escándalos de políticos y detectar posibles amenazas terroristas para hacérselas llegar a la Policía Nacional para que tomara las medidas oportunas.

En España no se produjeron grandes cambios ni represalias geopolíticas que quizá en algún otro país civilizado se hubieran sucedido. Las noticias de los asesinatos del jefe de la Policía Nacional y del director del CNI habían dejado de serlo tras ser reemplazadas por otras.

La gente sentía la necesidad de nuevos hechos y sucesos con los que alimentar su afán de entretenimiento. Que murieran de forma violenta dos personas significaba poco y no era motivo para centrarse mucho en ello. El mundo era muy grande.

El nuevo director del Centro Nacional de Inteligencia, Jorge Lacalle, se había propuesto cambiar todo aquello. Quería una nueva organización, más dinámica, moderna y no tan dependiente del Gobierno.

Tenía cincuenta y seis años. Aunque no disfrutaba practicando ninguna actividad deportiva, intentaba mantenerse en forma y no engordar, yendo al gimnasio que había en las instalaciones. Había comenzado su carrera profesional en el Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado (CITCO), antes de ser admitido en el servicio de inteligencia español.

Aquella mañana a primera hora se encontraba reunido con Julián Fernández en la sala de reuniones del CNI. A él le gustaban las reuniones. Las consideraba parte de la vida de un director de inteligencia. «El trabajo de analista y de espía se vendría abajo sin ellas», solía decir Jorge.

En su rostro no había rastro de que mostrara ninguna simpatía hacia el visitante, igual que su predecesor, aunque le admiraba por

sus agallas, inteligencia y por su coraje. Sentía envidia de él. Los dos funcionaban en dos mundos distintos en el sector de la inteligencia y del espionaje, no mutuamente excluyentes, pero sí incompatibles.

Jorge hizo un amago de sonrisa al saludarlo, mostrando dos filas de dientes afilados. Durante la reunión no le importó en absoluto ocultar su antipatía por el director del Cervantes.

Por su parte, Julián conocía toda la vida profesional y personal de Jorge, y sus esfuerzos arribistas por conseguir el puesto de director del CNI.

—¿Qué sabemos del GRG? —preguntó Jorge.

—Que han cometido diversos atentados terroristas en el extranjero —respondió Julián—. Todos con éxito. En sus más sonoras acciones se encuentra el asesinato del CEO de una empresa asociada a Elon Musk en Miami. Lanzaron una granada contra el presidente de Mauritania, matando a toda su escolta. Esto fue durante la última reunión de los jefes de Estado africanos convocada para llegar a un consenso en la lucha contra el terrorismo islámico. En Francia dispararon al ministro del Interior, con un francotirador escondido en una furgoneta. En Argentina intentaron asesinar al presidente camino a una reunión, murieron más de cuarenta personas en el coche bomba que hicieron estallar. Y solo una semana más tarde mataron en la India a un político muy influyente del partido opositor. Han intentado atentar contra el Papa durante su primera visita a nuestro país, y aunque no se han hecho públicas sus implicaciones, han asesinado a su predecesor en el cargo y al director general de la Policía. Y finalmente los hemos neutralizado a todos aquí, en Madrid. Excepto al líder, que se dio a la fuga.

—El atentado de Mauritania fue tremendo. Y en el de Argentina fue increíble que lograran evitar las medidas de seguridad. La explosión fue muy potente. La detonación fue tan fuerte y su efecto tan devastador que la única explicación es que la bomba la activó alguien que se encontraba muy lejos del lugar. Igual ni estaba en Argentina y se encontraba en otro rincón del mundo.

—Allí tuvieron un fallo tremendo, que fue el publicar la ruta de la comitiva y la hora. Porque el presidente quería darse un baño de masas camino a su destino. Además, el grupo terrorista tiene mucha

experiencia en el trabajo de campo y llega con semanas de antelación al lugar de sus ataques. Esto es lo que querían hacer con la visita del Papa a Madrid.

—Por lo tanto, las medidas preventivas que siempre se han adoptado han llegado demasiado tarde.

—En la India un testigo supo identificar a uno de los terroristas. Por lo visto, fue gravemente herido y posteriormente asesinado dentro del hospital, antes de que el equipo de investigación le tomara declaración.

—¿Y? ¿No era indio el asesino?

—De momento solo tenemos la información que nos ha llegado de la agencia de inteligencia india. Que el asesino que mató al testigo y murió atropellado durante su huida era de origen pakistaní, pero nacionalizado británico.

Ambos guardaron silencio.

Jorge le dirigió una mirada de soslayo. No le caía nada bien Julián, pero admiraba su coraje y su trabajo en el sector de la inteligencia y, sobre todo, envidiaba sus contactos privados y también su lucidez.

Tamborileó la mesa con un dedo.

—Mi predecesor, creo que no tenía en mucha estima la organización que diriges. Es así, ¿verdad?

Julián asintió. No le sorprendió en nada el comentario. Lo miró como si acabara de soltar una obviedad.

—No lo voy a desmentir.

—Ahora el ministro del Interior y el de Defensa se han opuesto a la idea que se propuso de que el Cervantes formara parte de estas instalaciones, que fuera a depender del CNI —comentó Jorge—. El proyecto ha sido rechazado al conocerse vuestra actuación tan brillante contra el grupo terrorista.

—Me alegró la noticia cuando me la dieron a conocer.

—A ti sí, pero a mí no me satisface del todo —declaró Jorge sin inmutarse—. La Guerra Fría quedó atrás y con ella la forma tradicional de reclutar a nuevos agentes, la que a mí siempre me ha gustado. También quedaron atrás los misterios e intrigas de la época ambientada por Le Carré en sus novelas de espías. Los tiempos han

cambiado. Vivimos en un puente suspendido sobre un abismo, hecho de mentiras y explosivos. Tiempos de globalización, lo llaman. ¡De internet! Las nuevas generaciones aplican a puestos de trabajo en nuestro centro cuando surge una peli nueva de espías en los cines, como las de James Bond o *Misión imposible*. Ni siquiera saben que Q no es la persona, sino el departamento. Q de *Quartermaster*, intendente. A estos candidatos les mueve el glamur, no el servicio a España. ¿Cuál es tu opinión?

—En la actualidad, los servicios secretos depositan más confianza en la tecnología, como la inteligencia artificial, que en el trato humano. A la inteligencia de señales, e incluso al MASINT, para detectar y analizar rastros de materiales biológicos, químicos o nucleares, debido a la preocupación por la existencia y proliferación de armas de destrucción masiva. Creen que, porque el enemigo está globalizado, hay que ir en detrimento del HUMINT, la obtención de información a través de fuentes humanas. Es mi sincera opinión.

Jorge asintió, mostrando que estaba de acuerdo con su exposición.

—Tenemos a un servicio de inteligencia que debería estar en primera línea en cuanto a seguridad, siguiendo la pista a grupos terroristas internacionales y cosas así, y resulta que una organización privada, como la tuya, nos lleva la delantera y desde el Gobierno nos piden colaboración internacional con otras agencias porque el mundo cambió desde el 11 de septiembre, y hay que estar en la vanguardia del nuevo orden.

—Bueno, pues te sugiero suscribirte a las circulares de la CIA.

—Muy gracioso, Julián —manifestó Jorge—. Eres un tortuoso hijo de Maquiavelo.

—Ahórrate los aplausos y sigamos con el tema de nuestra reunión —replicó Julián, al tiempo que golpeaba ligeramente la mesa para dar más énfasis a sus palabras—. Si nos fijamos en los atentados que cometieron, se pueden extraer ciertas conclusiones. Que no es posible discernir ningún patrón político claro. El de la India era un político liberal socialista, y el argentino, ultraconservador.

—¿Y a qué nos lleva esto?

—A la conclusión de que trabajan por encargo —contestó Julián —. Alguien está por encima del GRG.

Jorge se quedó callado un instante.

—¿Es eso una conjetura o una deducción?

—Todos los atentados están bien planteados y ejecutados —explicó Julián—. Son extremadamente peligrosos, son conscientes de lo que hacen, actúan a sangre fría y están sobradamente entrenados. Hasta el momento han demostrado un absoluto desprecio por la vida humana. Han utilizado una diversidad de métodos y todos ellos les han funcionado. Excepto en el atentado en la India, en el que murió atropellado uno de ellos al día siguiente, no habían tenido ninguna baja hasta que los liquidamos a todos aquí en Madrid.

—¡Vale, vale! —exclamó Jorge—. Eso nos lleva, entonces, a que deben de tener un contratista muy buen calculador. Muy altamente capacitado y formado. ¿Quizá el que se escapó, ese Reza Aslani?

—No.

Jorge lo miró fijamente.

—¿Entonces?

—Se llama Paladin. No sabemos si es una persona o el nombre de una organización. Pero de lo que sí que estamos seguros es de que opera desde un lugar del sur de Asia.

—¿Cuáles son tus fuentes?

—MI6.

Otra adusta mirada de Jorge.

—¿Te llevas tan bien con los británicos?

—A veces compartimos informes de inteligencia sobre Caracas, Teherán, Pyongyang, Islamabad, Damasco, Pekín…

Las mandíbulas de Jorge se tensaron.

—Qué bien. —Lanzó una mirada sombría y dijo malhumorado—: Te felicito. Me gustaría ver esos informes de vez en cuando. Y también los otros que realizas. Ya sabes, los centrados en la invasión de la intimidad, en las relaciones sexuales, espionaje político…

Julián sostuvo la mirada de Jorge.

—Haré que uno de mis agentes se coordine con vosotros.

—Entonces, por lo que dices, ese tal Paladin debe de tener acceso a recursos significativos. Un centro de entrenamiento, armas, municiones… Por lo que sabemos del GRG, su centro de operaciones estaba o sigue estando en Ghana. Porque, aunque hayáis desarticulado su célula, la empresa seguirá funcionando.

—Sin duda.

Jorge se inclinó sobre el escritorio.

—Me voy a expresar con claridad. Necesitamos realizar los preparativos necesarios, unir fuerzas, y gradualmente ir añadiendo otras, sucesivamente. Pero resulta que este país está anquilosado en viejas rencillas y disputas salariales entre las fuerzas del Estado y aquí no hay quien pueda coordinar todos los cuerpos de seguridad implicados. ¿Te lo puedes creer?

Julián asintió con la cabeza sin decir nada, como si la respuesta fuera obvia.

Jorge le lanzó una gélida mirada. Hubo un profundo silencio en la sala. Por alguna razón, el nuevo director del CNI pensaba que las largas pausas aumentaban su autoridad. Prosiguió:

—Tenemos que hacer lo posible por acabar con ese GRG, su líder y ese tal Paladin —abrió una fina carpeta y leyó para después cerrarla—. De momento, con Reza Aslani, tenemos confirmación de su perfil, gracias a las cámaras que le grabaron en el local La Condesa. No solo como represalia por el daño que nos han causado asesinando a dos personas importantes de nuestro país, sino para evitar que planeen en nuestras calles otro atentado a mayor escala que pueda idear ese Paladin. El problema es a quién acudir. Se necesitan agentes bien experimentados y con excelentes facultades de observación. Personas que sean a la vez audaces e independientes.

A continuación, Julián sonrió con incredulidad.

—Quieres que el Cervantes se encargue del trabajo sucio, ¿verdad?

—Eres un tipo peculiar, Julián. Pero a lo largo de los años debo sentir admiración por tu trabajo. Eres sin duda un gran agente de inteligencia. Como has acertado, quisiera aprovechar para mencionar cierto nombre de un agente díscolo tuyo, que se encuentra por ahí

en el sur de Asia. Y mira, qué casualidad, me informas de que también Paladin está por la zona.

—¿A quién te refieres?

Tamborileó sobre la mesa con los dedos y dejó la mirada perdida.

—Tú lo sabes, pero te refresco la memoria. Un tal David Ribas.

Julián lo miró.

—Yo fui su jefe, pero bajo el mando del CNI. El Cervantes se formó más tarde. Él no tiene nada que ver con nosotros.

—Tú fuiste su mentor trabajando en esta casa. Por este motivo tú eres el adecuado para el cargo. Por consiguiente, como nuevo director del CNI, me conviene tener al Cervantes para hacer el trabajo sucio.

—Ya entiendo. Ejecuciones extrajudiciales.

—Digamos que aquí, en mi organización, no queremos llevar ante la justicia a quien haya detrás del GRG, a Reza Aslani y ese tal Paladin. Eso lo hace la policía con criminales de poca monta. Yo no quiero que tú los mandes ante un juez y de ahí a prisión. Yo quiero que los metas bajo tierra. Y un problema menos. Los matas a tiros o los haces desaparecer con el método que elijas.

—Mmm… —murmuró Julián—. Entiendo.

—Tu experiencia te avala, amigo. Y tu Cervantes es la organización más adecuada para situaciones, digamos, más sutiles. Metéis la nariz por donde queréis y no dejáis huellas dactilares innecesarias. Tienes a gente con talento. Involucrarás a quien quieras y te coordinarás con tu personal como mejor lo consideres. Y, por cierto, tendrás a tu disposición todos los recursos que necesites.

—Sobre todo, si sale algo mal, así vosotros estaríais exentos de responsabilidad.

Jorge irguió la espalda en el asiento, y dijo en un tono de ira incipiente:

—Ojo con esos comentarios. No creo que sean buenos para tu carrera.

—Yo no soy un trepa. No me gusta el servilismo político. —Julián extendió las manos. Sabía que estaba en la línea de fuego y que

debía salir de ella lo antes posible—. En el Cervantes operamos con autonomía. No nos mueven como marionetas.

Contra todo pronóstico, el director del CNI se echó a reír de forma incontrolada.

«Este tío es imbécil», reflexionó irritado Julián.

—Qué gracioso eres, Julián —jadeó Jorge por fin—. Para que me quede claro, ¿asumes la tarea?

Julián suspiró y asintió en silencio por un instante, como si quisiera pulir su respuesta.

—¿Es que tengo otra elección? —Dejó la pregunta en el aire y se marchó a ponerse manos a la obra.

39

Antes del amanecer, David Ribas había bajado al puesto cercano y pedido un té masala.

Tras haber conocido que Paladin estaba detrás de los experimentos farmacéuticos, no podía dormir y tampoco comía mucho últimamente. Esperaba reunirse con Hassena cuando volviera de su viaje al extranjero y hablar sobre ello.

Leyó por encima el periódico en maratí que estaba dispuesto para los clientes. La noticia sobre el atentado iba generando menos espacio y tiempo en los medios.

El equipo nacional de críquet iba a disputar un partido contra el de Australia. Se especulaba un romance entre una actriz de Bollywood y un joven actor que había debutado en una película de acción.

Los políticos se apresuraron en un principio a designar el suceso como un episodio terrible, dramático, siniestro. Hicieron uso de la expresión de forma reiterativa por los medios de comunicación y las redes sociales de «trágico episodio», pero no fueron más allá.

Era una época preelectoral y tanto los que estaban en el gobierno como los de la oposición, recurrieron a las habituales divagaciones políticas sobre la paz, el respeto mutuo, el compromiso con la democracia, la superación el miedo y la incertidumbre para retomar la vida cotidiana, la convivencia pacífica y demás.

Dejó el periódico a un lado. Mientras sorbía el brebaje marrón espeso, escrutaba los rostros de la gente que pasaba de largo,

muchos con las caras macilentas y desgastadas.

Minutos después dejó su motocicleta Royal Enfield Bullet 500 en el garaje habitual. Habló con el mecánico para que revisara el aceite, el sistema de frenos y, en especial, el estado general de la correa de transmisión.

Después se dirigió hacia la estación de tren de cercanías para llegar a la otra punta de Bombay, al suburbio de chabolas donde el padre Gabriel y los demás trabajadores con los que estaba rehabilitando el albergue le esperaban.

Los habitantes de Bombay y alrededores se levantaban muy temprano. Muchos de ellos invertían diariamente entre dos e incluso tres o cuatro horas de viaje hasta llegar a sus puestos de trabajo.

Si se retrasaban en llegar a la estación para coger el tren de cercanías por las mañanas a primera hora, había tanta aglomeración de gente en los andenes que se convertía entonces en todo un reto acceder al interior de los vagones debido a la multitud de pasajeros.

David tuvo suerte de entrar sin problemas en un atestado vagón. Permaneció de pie apoyado contra una ventana.

El día anterior, durante un descanso tras haber estado reparando el exterior del albergue, David había tenido una conversación seria con el padre Gabriel, muy preocupado al haber conocido parte de lo sucedido en Nashik por el joven Pramod.

Anteriormente, el sacerdote no le había cuestionado su presencia en la India. Siempre habían hablado sobre las necesidades de la gente, el trabajo en la reconstrucción del albergue y en cuestiones generales.

—¿Te sorprende este país, David?

—A mí ya no me sorprende nada, padre. Lo he visto todo.

—Pero hay algo que ves que te llame la atención, ¿no? Tiene que haber algo que te motive cada día para mantener la vitalidad que siempre nos muestras.

David rio.

—Vivo en un mundo que ya no tiene nada de normal. No soy capaz de ver nada bajo el prisma de la normalidad. Si una persona es amable conmigo, supone una posible amenaza. Usted es una

excepción. Siempre ando con los ojos bien abiertos. Pero sí, hay algo asombroso en este lugar.

—¿Qué es?

—La rapidez con la que la gente vuelve a sus vidas tras una catástrofe. Si mañana hay lluvias torrenciales que causan inundaciones, los habitantes de este suburbio de chabolas encontrarán siempre el modo de recuperarse. Es como si aceptaran que la naturaleza les enviara un castigo. Como si fuera algo inevitable que tienen que superar. Como un karma que deben asumir.

El padre Gabriel lo miró en silencio. Esperaba algún otro tipo de comentario relacionado con lo que había pasado en Nashik, y la ocupación de David Ribas en la India como asesino profesional bajo las órdenes de la jefa del crimen organizado de Bombay.

—Dime, David, si no hubieras conocido la India y hubieras tenido la posibilidad de dedicarte a otra cosa, ¿qué habrías hecho?

David se quedó pensativo por un momento y luego repuso con una sonrisa:

—Habría sido astronauta para que me lanzaran allá por el espacio y me perdieran de vista.

El padre Gabriel rio por la ocurrencia. Tras un breve instante, David preguntó:

—¿Y usted, padre? Ha debido de ser muy duro hasta ser finalmente aceptado por la gente de este lugar.

—Uf… Al principio pensaban que era un cajero automático. Tardé un tiempo en darme cuenta de que no me daban la bienvenida como sacerdote para ayudarles espiritualmente, sino con el propósito de exprimirme económicamente. Mucha gente, y también varias ONG, me engañaron y me estafaron, sin pudor alguno, a la cara. Jugaron con mis sentimientos y esto fue muy desagradable para mí. Son personas que aún sigo viendo a diario. Y no tienen vergüenza alguna, asumen que no les debo guardar rencor. Me dejaron seco del presupuesto que llevaba conmigo. Hasta que tuve que poner un pie al frente y decir basta. Incluso pensé en irme de aquí. Menos mal que mis compañeros en Portugal y en Francia confiaron en mí,

me animaron a quedarme y obtuve nuevas ayudas que fui administrando cada vez mejor.

»Pero todas las malas experiencias por las que he pasado me han hecho ver la vida de forma diferente. Soy más fuerte, no físicamente, pero sí psicológicamente. Me han cambiado la manera de ver las cosas, y he conocido a gente increíble —señaló a los jóvenes que jugaban, y más allá a los adultos que hacían trabajo de carpintería, y a las mujeres que llevaban cestas sobre sus cabezas—. Ellos me han abierto las puertas de sus casas y de sus corazones sin pedirles nada a cambio. Si me pasara algo, me llevarían a hombros hasta el hospital más cercano y se quedarían allí hasta asegurarse de que me sanaran. Rezarían por mí. Escalarían una montaña por mí si fuera necesario. Sí, esta gente es el polo opuesto a la otra que sigue existiendo y acechando para estrujarme ante el menor descuido. Es un país en el que se debe actuar y no ser simplemente un espectador.

—Sí, lleva su tiempo ganarse a la gente. El colegueo y la amabilidad son interesados.

—Al final, hay que hacer lo que hay que hacer —dijo el padre Gabriel con un suspiro—. Esto me recuerda a cuando el Zorro le dice al Principito que su secreto es muy sencillo: «Las cosas importantes solo se ven con el corazón, porque resultan casi siempre invisibles para los ojos». Hay que seguir y ser constante ante los desafíos, las dificultades.

—Sí, pero el problema consiste en saberlo —contestó David—. No basta con verlo tras una decepcionante experiencia personal, al ser timado y engañado.

—Según tú, ¿es este un problema que tienen los indios por su propia naturaleza?

—¿Timar? ¿Engañar? No. Esto sucede en todos los países. Pero aquí en la India, como en otras sociedades, tienen su propia estructura biológica. Como animales salvajes a los que se les ha alimentado de sangre, ya no quieren comer otra cosa. Por eso, en determinados momentos de la historia de este país, los políticos con intereses partidistas han sido los suministradores de sangre a la fiera social.

—Es que la fragmentación social es brutal. Es la ley de la selva, el más fuerte gana. Hay que llenarse de paciencia y prudencia a raudales. Estos son los ingredientes necesarios para sobrevivir en la India.

David sonrió.

—Creo que fue Kipling quien dijo algo así: «Tienes tal confianza en ti mismo que andas absolutamente descuidado. Una prueba más de que perteneces a la raza humana. Tienes que ser prudente».

El padre Gabriel asintió. Tras un instante de silencio, dijo:

—Te conozco desde hace un par de años y muchas veces pienso que tú no te has librado de tus demonios interiores. Sigues viendo en tus sueños el rostro muerto de tu esposa. Eres un asesino profesional porque te sientes responsable de lo que le pasó, como si tú hubieras podido impedir que sucediera. Estoy de acuerdo en que tu redención no es fácil ni rápida, pero es posible a través del enfrentamiento de tus propias sombras.

—Padre Gabriel, prefiero no hablar de ello —zanjó él.

—Desde que trabajas para Hassena, han muerto demasiadas personas. ¿No crees que es el momento de decir basta? Piensa que el amor no solo nos desafía a actuar con responsabilidad, sino que también tiene el poder de redimirnos, incluso cuando sentimos que hemos fallado gravemente. La conexión emocional con los demás y la capacidad de amar son esenciales para nuestra salvación. *Vindicta trahit exitium*, es decir, la venganza trae consigo la ruina.

David miró al sacerdote. Por un instante, dio la impresión de que no tenía la menor idea de cómo responder a esa pregunta. Su mente estaba en otra parte.

—Tenga en cuenta que mi trabajo consiste en prevenir e impedir que ocurran atentados y crímenes por otros asesinos. Si lo dejo, el nivel aumentará y cada vez se exigirán más cosas.

El padre guardó silencio unos instantes. Levantó la mirada hacia los niños que jugaban corriendo de aquí a allá alrededor del albergue.

—Hay extranjeros —sobre todo miembros de ONG, turistas de yoga, estudiantes de gurús hindúes, etcétera— que romantizan la pobreza en la India. Les incomoda la gente pobre. Dicen que les

oprime el pecho ver los rostros de los miserables. Creen que esos desgraciados indios poseen sabiduría y serenidad por el estado de sus vidas; que muestran un porte de sabios porque luchan por la supervivencia o por la aceptación de su estatus social. Piensan que esta gente está resignada porque les ha tocado vivir así. Creen que las miradas inocentes de los niños encierran historias que los occidentales deben aprender para apreciar lo que tienen en sus países del primer mundo. Qué equivocados están. Es el turismo de la pobreza: voyeurista, explotador y perpetuador de estereotipos negativos.

David sonrió. Un hombre empujaba un carro de ruedas lleno de verduras justo por delante de ellos.

—Bienvenido al siglo XXI, padre.

El ruido de un tren pasando a alta velocidad en dirección opuesta le devolvió a la realidad. El vagón de tren de cercanías estaba más abarrotado que antes.

El convoy fue frenando conforme llegaba a la siguiente estación, chirriando entre las ruedas y las vías, hasta que se detuvo. De nuevo, una ola de gente salió y otra entró. Incluso hubo quienes, no encontrando espacio para acceder, se subieron a los estribos de los vagones.

El tren se puso otra vez en marcha. David pasó la mirada por los pasajeros. Unos iban leyendo ebooks, concentrados en sus dispositivos electrónicos, otros conversaban entre sí, otros escuchaban música por sus auriculares, otros dormitaban en sus asientos o agarrados a los postes de sujeción.

Le llamó la atención un rostro que había visto antes. Era un hombre moreno, que podía pasar por latinoamericano, de algún lugar del Mediterráneo o como indio, de media estatura, de apariencia atlética, vestido como él, de manera informal, con vaqueros, zapatillas, camiseta corta.

Hizo memoria. «Ya está. Cuando salí del garaje al dejar la moto», se dijo a sí mismo David. «Tipo listo».

«¿Será un mercenario de Paladin?». «Este es el cuento de nunca acabar». «Me tienen aburrido. O quizá no. Me sirve de estímulo».

El hombre estaba sentado a pocos metros de distancia. Mantenía la cabeza medio gacha, pero con la visión periférica hacia donde David se encontraba.

Normalmente eran dos asesinos los que viajaban juntos a la India para asesinarle. ¿Dónde estaba el otro?

¿Le habían estado siguiendo desde que había regresado de Nashik? Si un asesino estaba vigilándole en el vagón, quería decir que conocía el recorrido que había estado realizando durante los días anteriores.

Por lo tanto, sabían hacia dónde se dirigía: había dejado expuesto un punto vulnerable de su persona, lo importante que era para él la vida de sus amigos.

Tenía que ir cuanto antes al albergue; el padre Gabriel corría peligro.

40

Se abrió camino entre los pasajeros y se situó cerca de la puerta. Tenía que bajarse en la siguiente parada. Se giró y vio al hombre que hacía lo mismo. Él desvió la mirada, pero David le leyó el pensamiento.

Debía mantenerse lo más alejado posible de él, ya que estaría armado; podía tener una navaja o incluso una pistola. Si se pusiera a disparar en el vagón, cometería una matanza.

Al parar en el andén, las puertas del vagón se abrieron. David salió apresurado hacia el exterior de la estación, donde tendría más opciones para inmovilizar a quien le estuviera siguiendo.

Al instante se vio rodeado por una riada de personas que iban a distintas partes de Bombay, provocando apretujones en la gente. Rápidamente se incorporó a un grupo de hombres vestidos con traje y chaqueta que intentaban alcanzar las escaleras mecánicas mientras hablaban entre ellos de criptomonedas.

Al subir por las escaleras mecánicas, echó una rápida mirada hacia atrás. No conseguía ver al sospechoso, pero sabía que estaba detrás de él. Entonces, sus miradas se encontraron. Él estaba más abajo entre la multitud que se abría paso. Los dos intercambiaron una larga mirada mientras las escaleras mecánicas subían a David hacia el exterior de la estación.

Una vez fuera, cruzó la calle y esperó a que el hombre lo viera. Entonces, continuó. Dio la vuelta a una esquina y se internó en un callejón.

Había cuatro personas bebiendo botellas de alcohol. Al ver al recién llegado, se asustaron y salieron corriendo.

Cuando el hombre llegó, su frente se arrugó; pensó que lo tenía arrinconado.

David lo observó detenidamente. Era más bajo que él; sin duda, parecía de algún lugar del Mediterráneo. Tenía el pelo negro y rizado, nariz y mejillas prominentes. Aunque era delgado, de brazos musculados.

Antes de que David tomara la iniciativa, el hombre agarró del suelo una botella de vidrio y la estampó contra la pared.

David notó que su oponente se había cortado con unos cristales afiladísimos y la sangre manaba de sus dedos. Romper una botella para usarla como arma no era exactamente como sucede en las películas. En la vida real es distinto, ya que no se puede controlar cuánto se rompe. «El vidrio es impredecible y quebradizo —se dijo a sí mismo David—. Tus músculos han actuado antes que tu mente. Grave error».

El hombre dio unos pasos hacia delante, blandiendo la botella, con tan mala fortuna que pisó un charco de alcohol y se resbaló. Antes de erguirse, David aprovechó aquella oportunidad: le dio un golpe seco en la muñeca que le hizo desprenderse del vidrio, se giró hacia un lado y le propinó una patada en la parte de atrás de la pierna derecha, haciéndolo caer al suelo. Antes de que pudiera reaccionar, David le cogió la cabeza con una mano y el mentón con la otra y le rompió súbitamente el cuello. Todo había sido muy rápido. Tiró el cuerpo a un lado y echó a correr.

No podía quitarse de la cabeza que, en aquel momento, el padre Gabriel y quizá también los niños del albergue estuvieran en peligro. Habían descubierto su vínculo con ellos y habían ido directo a su punto más débil: las personas que más le importaban.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Esquivó un coche y otro. Una moto estuvo a punto de golpearle, pero en el último momento David se echó hacia un lado y continuó corriendo.

Cuando se internó en otra calle, un coche en sentido contrario le iba a embestir; el choque iba a ser inminente, pero enseguida el conductor dio un volantazo, golpeando a otro vehículo e impactando

contra un autobús. El conductor quedó atrapado entre el airbag y el arrugado capó del coche, que emitió un silbido al tiempo que expulsaba una columna de humo.

David siguió corriendo hacia los arrabales. Continuó esquivando transeúntes y temerariamente al tráfico. Finalmente consiguió cruzar un parque hasta internarse en el mar de chabolas que tan bien conocía.

Corría como alma que lleva el diablo.

41

Como todas las mañanas, aquel mar de chabolas desprendía un olor ocre, denso, polvoriento, ancianos de pelo blanco y cuerpos esqueléticos durmiendo sobre cartones, mujeres sonrientes de cuclillas lavando la ropa en grandes barreños, otras dando un masaje a sus hijos de vientres abombados y ojos enormes.

David no paraba de correr; se abría paso entre telas de diferentes colores recién lavadas que colgaban de tendederos. Esquivó varios barreños de agua con jabón, a un par de vacas que rumiaban la basura depositada en un lado del camino y a vendedores ambulantes cargados con sus mercancías.

Llegó al albergue. Lo que le llamó la atención fue ver a Pramod y a unos cuantos niños más jugando al fútbol. ¿Quién les habrá comprado el balón? Era el críquet con lo que se entretenían a diario. ¿Y dónde estaba el padre Gabriel?

La pelota fue a parar a sus pies. Pramod se aproximó corriendo.

—Pramod, ¿quién os dio la pelota de fútbol?

—Un amigo del padre Gabriel.

Aquello era un giro inesperado para David, que reflexionó un momento antes de volver a preguntar.

—¿Y dónde se fueron?

—A la iglesia.

David le lanzó la pelota de vuelta y echó a correr de nuevo.

Era una pequeña iglesia antigua, muy sencilla, ubicada en un lugar aislado fuera del suburbio de las chabolas, rodeada de un

frondoso bosque y de vegetación silvestre. Decían que había servido de caballeriza durante el mandato británico. Posteriormente, el espacio fue reformado y reconstruido como lugar de culto por la comunidad de cristianos de Bombay.

David tomó aire al llegar. Escuchó. Excepto por el ruido de los pájaros y el producido por tres langures que saltaron de rama en rama, el silencio era total. Caminó con sigilo por encima de las plantas hasta llegar a la puerta principal. No detectó ningún peligro y se coló dentro.

Enseguida oyó algo. Era una voz extraña, amortiguada. Lo invadió una nueva ráfaga de adrenalina. Procedía de la nave central. Se acercó con mucho sigilo. El lugar estaba en penumbra. Había mucha humedad. Vio dos figuras: el padre Gabriel estaba sentado en el banco de la primera fila, frente a él había una figura amenazante, un hombre alto, ancho de espaldas, cabello corto. Aquel hombre era un desconocido. No sabía que su nombre era Reza Aslani.

—Me está haciendo enfadar, padre.

—No sé nada. No conozco a ningún extranjero. Solo me relaciono con los habitantes de las chabolas de ahí fuera.

Reza exhaló un largo suspiro, como el aire que se escapa de un neumático.

—Cuanto más me mienta, peor será para usted. No recibirá ningún trato especial por ser sacerdote. Háble me de David Ribas: detalles de su vida, con quién se relaciona, quiénes son sus amigos más cercanos… ese tipo de información.

El padre Gabriel iba a volver a protestar, pero fue interrumpido.

—¿Alguien pregunta por mí? —prorrumpió otra voz.

El padre Gabriel y Reza alzaron la vista. David salió al pasillo y caminó hacia ellos.

—¡David Ribas! —dijo Reza en voz alta. Lo miró con interés, como un gato a un canario, listo para el ataque—. Eres un hombre peligroso y escurridizo.

David pudo ver su rostro. Los rasgos de aquel hombre eran irregulares y pronunciados, y su rostro estaba estropeado por la falta de sueño, el cansancio y las preocupaciones.

—Y yo de ti puedo decir que has cometido un error. Deja marchar al padre Gabriel.

—Aunque no soy perfecto, no suelo cometer errores. Tú eres la persona que busco y sabes perfectamente por qué he venido. Voy a matarte.

Antes de que David pudiera intervenir, Reza sacó una navaja y se la clavó al padre Gabriel en el estómago, imprimiéndole varias vueltas para que el toque fuera mortal. Después la retiró ensangrentada, mientras que el sacerdote se llevaba las manos hacia la herida y caía al suelo.

Reza dio unos pasos hacia adelante con absoluta velocidad, confiado en que iba a clavar la hoja en el pecho de David, cuando este hizo una finta hacia un lado al tiempo que le golpeaba tan fuerte con el puño cerrado en el esternón que lo dejó de rodillas sin poder respirar.

Se apresuró a auxiliar al padre Gabriel. Su ropa y sus manos estaban bañadas en sangre. Lo hizo tumbar en el suelo. Arrancó el mantel que había en el pequeño altar y le taponó la herida.

—Aguante. Le llevaré a un médico.

Levantó la mirada. Reza se puso de pie. David se abalanzó sobre él, inmovilizándolo de un golpe en la nuca. Cogió una silla que había pegada a la pared y lo hizo sentar.

Lo ató con las cuerdas de yute que arrancó de los cuadros de la pasión de Cristo que colgaban de la pared. Mantuvo a Reza con los brazos extendidos, pegados al reposabrazos y las piernas atadas a las patas delanteras.

Miró con angustia al padre Gabriel, que le miraba con los ojos abiertos. Tenía que llevarlo de inmediato a un hospital antes de que se desangrara. Sin embargo, necesitaba sacar información de aquel asesino.

—Por Dios, David, ¿qué pretendes hacer?

—No puedo dejarlo marchar, padre. Puede coger a uno de los niños como rehén.

Intentó concentrarse, volver a la calma. No era fácil. La ira le corroía como un ácido. Cogió del pelo a Reza y le levantó la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—¿Eres tú el que dirige la milicia de psicópatas de Paladin?

Cuando David vio que no conseguía que hablara, le dio un puñetazo en la boca. La fuerza del golpe hizo que saliera una salpicadura de sangre y derribara a Reza hacia atrás en la silla. Su cabeza dio contra el suelo.

—David, ¡para! —gritó el padre Gabriel.

David agarró a Reza por el respaldo de la silla y lo arrastró hasta la habitación anexa. Lo tiró al suelo y removió cajones de los muebles. Sacó una bolsa de plástico. Vació su contenido y, antes de que el tipo pudiera decir nada ,le cubrió la cabeza con el plástico y cerró con fuerza.

Por dentro, Reza boqueó. Se retorcía en el suelo. Yacía apoyándose en las manos atadas. Lo poco que podía hacer era mover la cabeza con frenesí. David sabía que la privación de oxígeno hacía que la víctima cooperara durante una tortura.

—Me vas a decir lo que yo quiero saber —dijo David—. Y no pararé hasta conseguirlo. Cuanto más te resistas, más doloroso va a ser.

Tras unos segundos, consideró que el hombre había tenido suficiente. Le quitó de golpe la bolsa.

Reza intentó recuperar el aliento, debatiéndose por tomar oxígeno de la manera más pausada posible.

—Para, para —suplicó.

David lo incorporó hasta dejarlo sentado en la silla. Sabía que suplicarle que parara no era lo mismo que responder. El tipo era listo y quería ganar tiempo. Al otro lado se moría el sacerdote y sabía que David no quería que aquello sucediera.

—¿Quién es Paladin? ¿Dónde se encuentra?

—Si voy a morir como tu amigo el sacerdote, ¿por qué te iba a revelar nada?

David le dio un puñetazo.

Reza lanzó al suelo un escupitajo de sangre.

—Tendrás una muerte lenta o rápida. Tú eliges.

—No serás capaz.

David volvió a golpearlo, más fuerte aún.

Reza sonrió entre dientes. Lanzó una mirada furiosa a David. La sangre le brotaba por la boca y la nariz y le caía en la camiseta.

David se dispuso a pegarle otro puñetazo, pero se detuvo.

—Habla antes de que sea demasiado tarde.

La sonrisa petulante de Reza apenas vaciló.

—¿Cuánto tiempo crees que seguirás con vida aquí en la India? He visto perros sarnosos callejeros que no te reclamarían ni como hijo.

David le devolvió la sonrisa, ahuecó la mano y le golpeó en una oreja. El impacto produjo un sonoro ruido de ventosa y Reza soltó un grito de dolor.

—Las preguntas las hago yo. Tú, limítate a responder.

—Vete a la mierda.

David observó varias herramientas de carpintería que habían sido colocadas en una mesa y en estanterías. Cogió un martillo con la empuñadura de madera. Lo sopesó en la mano.

—Está bien. Tú insistes. ¿Mano izquierda o derecha?

—Que te vayas a la mierda.

David descargó con rapidez el martillo contra la mano derecha de Reza, que aulló como un poseso.

—¿Ahora vas a decirme lo que quiero saber?

A Reza se le saltaban las lágrimas; soltó una ristra de insultos con los dientes rechinando.

—Está bien —continuó David—. Este dolor es solo el principio.

Levantó el martillo al aire.

—¿Rodilla izquierda o derecha?

Un destello de pánico cruzó el rostro de Reza. Antes de que pudiera hablar, David descargó un golpe sobre su rodilla izquierda.

El grito que soltó de dolor fue desgarrador. David sabía que un asesino a sueldo como aquel no entendía más que la fuerza bruta. Por mucha bravura que mostrara para no hablar, simplemente se trataba de ver cuánto sufrimiento estaría dispuesto a aguantar primero. Ya lo tenía roto.

—¿Quién es Paladin?

—Es una organización, una empresa, ¡qué sé yo!

—¿Cómo lo conociste?

—Conocí a un tipo que conoció a otro tipo y de él fue de quien obtuve los contratos.

—¿Eres tú el responsable de los últimos mercenarios que han venido a por mí?

—No. Yo no sabía nada de ti hasta hace unos días. Debe de ser Paladin quien los ha contratado.

—¿Dónde puedo dar con la persona que dirige Paladin?

—No puedes.

—O me lo dices o volveré a ponerte la bolsa en la cabeza y esta vez no te la quitaré.

El padre Gabriel entró tambaleándose. Pegó la espalda a la pared y se dejó caer sujetándose el estómago.

—David, por favor, no mates en la casa del Señor… —murmuró.

Él levantó el martillo sobre la cabeza de Reza.

—Habla —insistió.

—Son gente muy cauta. Tienen una seguridad impenetrable.

En ese preciso momento, el teléfono móvil de Reza sonó en el interior de un bolsillo del pantalón.

—Es Paladin —informó él.

David lo sacó de su bolsillo. Era un móvil con tarjeta prepago. El modelo era muy simple, solo para ser utilizado durante la estancia en la India. No había lista de contactos ni nada guardado que pudiera ser investigado.

—No es una llamada —explicó Reza—. Es un mensaje al que hay que añadir un código para acceder a él.

—¿Cuál es?

—ÁFRICA, en mayúsculas.

David lo escribió y de inmediato apareció un vídeo corto de Hassena entrando a la fuerza a un avión privado en algún lugar remoto.

El móvil recibió una llamada. David, contestó.

—¿Señor Ribas? —dijo una voz distorsionada.

Aquellas palabras atrajeron su atención.

—Sí.

—Si quiere ver con vida a Hassena, tiene que hacer lo que le diga.

—¿Quién eres? ¿Paladin? Te juro que si le hacéis daño…

—No —logró decir con voz ronca el interlocutor—. Nosotros no la hemos secuestrado. Un grupo del crimen organizado la tiene retenida y espera chantajear a los socios de su querida amiga para su liberación.

David se giró y miró al padre Gabriel, que estaba agonizando. Tenía que darse prisa; debía llevarlo a un hospital.

—¿Qué quiere que haga? Hable rápido.

—Usted deje ahora mismo con vida a la persona que le ha querido matar, y nosotros le mandaremos por este medio un mensaje con la ubicación exacta del lugar en el que se encuentra su amiga.

¿Cómo sabían que tenía en sus manos a aquel asesino? David echó una mirada feroz hacia Reza y asintió.

—De acuerdo. Tiene mi palabra.

La llamada se cortó.

David se guardó en el bolsillo el aparato móvil y corrió a auxiliar inmediatamente al padre Gabriel. Lo llevó en brazos afuera de la iglesia. Encontró un autorickshaw cuyo conductor reconoció al sacerdote.

El hospital más cercano estaba a unos cuarenta minutos en carretera, sorteando el denso tráfico. Fue demasiado tarde. El padre Gabriel murió durante el trayecto, en los brazos de David. Incluso si él no hubiera pasado tiempo sonsacando información de Reza, hubiera fallecido de camino; la herida que había recibido en el estómago había sido mortal.

Accedieron a la parte de atrás del hospital por la zona de emergencias. Dejaron el cuerpo del sacerdote encima de una camilla y se marcharon de las inmediaciones antes de que alguien los viera.

Sonó un pitido, había recibido un mensaje en el móvil. David sacó el aparato del bolsillo. Accionó el icono de la pantalla táctil. Leyó el lugar donde tenían retenida a Hassena: la dirección era del sur de Inglaterra.

Pocos minutos después de la marcha de David Ribas, un hombre entró en la iglesia. Su rostro no se veía con claridad, ya que permaneció oculto en la penumbra. Miró a un lado y a otro. Tenía los reflejos aguzados por si tuviera que pasar a la acción de inmediato. Era un profesional.

Reza alzó la mirada y dijo en tono de súplica subiendo al mismo tiempo la voz:

—No le he dicho nada. Te lo juro. Me tienes que creer. He hecho mucho por vosotros.

El misterioso hombre sacó una pistola y dijo:

—Te creo.

Dio un paso adelante y disparó.

En el exterior, el sonido fue lo bastante fuerte como para catapultar a la manada de cuervos que estaban en los árboles cercanos. Aletearon y se fueron con sus graznidos a otra parte.

42

El moderno helicóptero Sikorsky CH-53K King Stallion, también llamado Sikorsky S-95, se elevó y sobrevoló la costa británica a casi trescientos kilómetros por hora sin ser detectado. En el interior iba el equipo operativo del Cervantes. Había pocas nubes y eran altas, por lo que la vista era espectacular. Surcaron el cielo por encima de las ciudades y pueblos rurales hasta que aterrizaron en un aeródromo de un lugar llamado Folkestone and Hythe, del condado de Kent.

Óscar apagó las turbinas gemelas. Salvo por el menguante giro de los rotores y el creciente sonido del viento, no se oía nada más.

Mientras él hacía comentarios en su micro a los operarios del aeropuerto que sonaban a típica jerga de piloto, atrás los pasajeros se iban preparando: chalecos, armas, municiones.

Laura consultó su reloj de pulsera.

—Tenemos media hora hasta la llegada de David Ribas.

—Espero que no se retrase —añadió Fabián.

—No lo hará —dijo Laura.

Óscar salió de la cabina con unos documentos de vuelo.

—Bien, yo me voy a rellenar los formularios con el personal de aquí. Antes éramos un vuelo de donación de órganos que transportaba cuatro riñones desde París al Kent and Canterbury Hospital.

—¿Y ahora? —preguntó Tom—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Óscar sonrió. Movió el palillo que le colgaba de la boca de un lado a otro.

—Ahora voy a decir aquí que somos una firma privada de empresarios que va a realizar un curso de paintball con nuestros socios de la City. Ya sabéis, la actividad con pistolas que echan bolas que, al impactar, se rompen con pintura. En plan guerra de guerrillas al aire libre, en bosques y campos. Así, si nos ven de lejos con armas, no les sorprenderán, solo que no sabrán que son de verdad.

—¿Idea tuya?

—No, fue Varun quien me lo sugirió.

A los pocos minutos, un Gulfstream G800 aterrizó. Los pasajeros eran tres: David Ribas, un médico y una enfermera.

Tras la noticia sobre el secuestro de Hassena, David se había puesto en contacto con el Cervantes a través de un número de teléfono que tenía reservado para él. Ellos hicieron una serie de comprobaciones con el servicio de inteligencia ruso. Y, efectivamente, Hassena había sido secuestrada en el aeropuerto de Almaty, en Kazajistán, por personas del crimen organizado británico, de origen albanés.

El trato fue el siguiente: ellos lanzarían una operación de rescate en suelo británico y David Ribas se comprometería a colaborar con el Cervantes para acabar con Paladin. Él estuvo conforme.

La puerta de la cabina se abrió y salieron las escaleras. El equipo médico se quedó dentro de la aeronave junto con el piloto indio. David salió al exterior, caminó por la pista y entró en el helicóptero del Cervantes.

Todos entrechocaron las manos con David. Hacía unos años que le habían visto por última vez en persona durante una operación.

—Me alegro mucho de verte —dijo Laura, mirándole de arriba a abajo—. Aunque te veo un poco más delgado.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Yo también me alegro de verte, Laura —contestó David—. Y tú sigues igual que siempre.

Los dos se dieron un cálido abrazo. David le entregó en una bolsa de plástico el teléfono móvil que obtuvo de Reza Aslani.

—Ojalá Varun pueda encontrar alguna pista que nos dirija a Paladin.

Laura lo guardó en una mochila.

—Desde luego que lo hará.

Luego, Laura le entregó un chaleco antibalas, un fusil y munición.

Ella mostró a todos un plano de una casa rodeada de gran vegetación, con dos plantas y un sótano. Y explicó el modo de actuación.

—No conviene retrasarnos —continuó Laura—. El plan es atacar con luz del día, ya que no se lo esperarán. Será un ataque sorpresa. Hemos calculado nueve personas, diez como mucho. No son profesionales como nosotros. Son traficantes de armas albaneses. Ellos deben de estar confiados en que a nadie se le puede ocurrir rescatar a Hassena y, si alguien lo hiciera, aprovecharía la oscuridad de la noche.

Dos todoterrenos Range Rover de color negro y con los cristales tintados les esperaban en un hangar. Los habían dejado allí ocho horas antes empleados de una empresa de alquiler de vehículos.

Enseguida salieron todos fuertemente armados hacia los todoterrenos. En uno de ellos metieron una camilla plegable.

Tom señaló a Óscar y dijo.

—Oye, creía que te quedarías en el helicóptero hasta que regresáramos.

Él sonrió, movió el palillo que mantenía todo el rato entre los labios.

—¿Y perderme la fiesta? Ni hablar, chaval.

—Pero si caes herido, ¿quién nos llevará de vuelta?

Óscar sonrió más socarronamente con el palillo en la boca.

—Os he dejado un manual en mi asiento. —Y añadió en tono ampuloso—: Es decir, o aprendéis a volar o volvéis a nado.

Tom lo miró y replicó en tono jocoso:

—Muy gracioso.

Condujeron a lo largo de una carretera en medio del campo que se extendía dos kilómetros bordeando un acantilado.

Tras quince minutos de conducción a alta velocidad, enseguida se hizo visible la carretera del condado. Giraron y tras unos minutos

vieron la casa sobre la colina.

Aparcaron los coches en un terraplén. Cogieron el material. David quiso ponerse a la espalda la camilla plegable para la extracción de Hassena, pero Laura le dijo que la llevaría Fabián, encargado también de los explosivos. Ella quería que David estuviera libre de incomodidades para sentirse ágil y flexible cuando el peligro lo requiriera, le consideraba un gran tirador; podía contribuir a salvar su vida en mejor condición, pero, sobre todo, a proteger la de los demás. Se pusieron todos pinganillos para mantenerse en comunicación entre ellos. Una vez listos, iniciaron a pie el camino por el bosque.

Al llegar a las inmediaciones, Laura señaló una ladera a Tom, el francotirador del grupo. Él subió a toda prisa y oteó a lo lejos. Entonces, se apoyó en el suelo con una rodilla al tiempo que movía su rifle en lentos círculos mientras miraba por el objetivo.

—Hay tres hombres en el exterior —anunció por su pinganillo

—¿Los tienes a tiro? —preguntó Laura.

—Sí.

—Adelante, Tom.

El rifle iba equipado con un tipo especial de silenciador. Apretó el gatillo y el arma escupió fuego una, dos y tres veces.

—Despejado —confirmó. Bajó la ladera y se unió al grupo.

—Vamos allá —ordenó Laura.

Al llegar al edificio, Fabián puso una carga explosiva en la puerta, activó el detonador y se apartó con los otros. La puerta se desprendió hacia adentro, dejando al descubierto los refuerzos de acero y quedando colgadas las bisagras.

El primero en entrar fue David. Luego le siguieron los demás. Todos buscaron refugio cuando una lluvia de disparos de un arma automática atravesó la entrada, rompiendo y destruyendo los cuadros y muebles de la sala.

Laura disparó su fusil una vez, dos veces y luego una tercera vez. El fuego de la ametralladora se detuvo abruptamente.

Tom, Óscar, Fabián y David corrieron por el vestíbulo.

Una figura apareció por la derecha, David le disparó y el hombre cayó hacia atrás con una bala en el cuello.

Tom, con su rifle en bandolera, armado con una pistola Glock, llegó al final del pasillo cuando rugieron varios disparos de escopeta y el aire se llenó de pólvora. Óscar se agachó y, asomándose por la esquina, roció la zona de balas.

—Vamos —dijo internándose en el interior de la habitación.

Dos hombres yacían muertos en el suelo.

Tom se guardó la pistola en la funda de su chaleco táctico y cogió del suelo la escopeta. Le sorprendió el arma. Era de doble cañón. Enarbolaba grabados de perdices y faisanes. La abrió. Había un cartucho.

Óscar le llamó la atención.

—¿Qué haces? Deja eso.

—¿Has visto esto? Parece de coleccionista. Debe de valer un pastón.

Óscar estaba irritado.

—¿Alguna vez te han metido la cabeza a la fuerza por el culo?

—Eh, no.

—Pues apunta en tu calendario... ¡Ese día ya viene!

De repente la puerta a la izquierda se abrió. Un hombre con una barba muy poblada se asomó y gritó algo en su idioma. Fue a alzar la pistola que tenía en una mano cuando Tom levantó la escopeta y disparó a tres metros de distancia. El tren superior del cuerpo del hombre se elevó de vuelta a la habitación por la que se había asomado como si llevara un arnés y lo hubieran tirado de él con un cable.

—No ha estado nada mal, ¿eh? —susurró Tom a Óscar.

—Déjate de tonterías —bramó él.

Tom tiró la escopeta y volvió a sujetar su pistola; quitó el cargador y metió uno nuevo tras sacarlo de su petate.

Se oyó un grito y un cuerpo cayendo y rodando por unas escaleras.

—Uno herido está en el sótano —dijo David—. Posiblemente la tengan ahí abajo retenida.

Tom, Fabián y David corrieron hacia la puerta del sótano. Laura y Óscar se mantuvieron fuera en alerta.

Las escaleras estaban llenas de sangre del hombre herido que había intentado escapar. Tom encendió la luz. Lo vieron debajo de las escaleras hecho un ovillo, con el cuello partido.

Bajaron con las armas extendidas, dispuestos a disparar a cualquier enemigo que se presentara por delante. La parte central era amplia. En la pared del fondo había una pequeña cocina bien equipada.

Fabián señaló una puerta.

Se oyó la voz angustiosa de una mujer.

—¡Aquí! ¡Ayuda!

Encontraron a Hassena en el interior de la habitación anexa, semiinconsciente, con fiebre y expresándose con incoherencia sobre un colchón. Le habían suministrado suero y tenía un vendaje en un brazo. Su piel estaba fría y pegajosa. Tenía un moratón en la mejilla derecha, lo que indicaba que se habría resistido durante el secuestro.

David le puso los dedos en el cuello y detectó su pulso débil.

—Debemos darnos prisa —dijo.

Llamaron a Laura. Ella le quitó la botella de suero y le aplicó una inyección que llevaba en un pequeño botiquín.

David murmuró en su oído.

—Hassena, ¿me oyes? Vamos a sacarte de aquí. Te despertarás en el hospital.

Ella gimió algo, pero enseguida se quedó dormida. Fabián desplegó la camilla que llevaba a la espalda y, entre él y David, la sacaron fuera del sótano.

Cuando salieron, surgió de nuevo fuego de armas automáticas, agujereando las paredes y obligando a todos a agacharse.

David hizo un gesto a todos con dos dedos levantados: eran dos hombres con ametralladoras.

—Arroja una granada aturdidora —aulló Laura a Fabián.

Pero en vez de eso, él cogió un taco de C-4 de uno de los bolsillos de su pantalón cargo, lo moldeó en forma redonda, le metió un detonador para que explotara en cuatro segundos y lo lanzó como si fuera una pelota a través de las puertas destrozadas. David protegió con su cuerpo el de Hassena.

La explosión fue brutal. Arrancó las bisagras de las puertas ya dañadas y creó una nube de humo acre.

Tom y Óscar se abalanzaron al interior. Los dos hombres estaban muertos.

—Todas las habitaciones despejadas —dijo Tom a Laura.

—Bien. Cargad los explosivos y a los coches. ¡Vamos!

Fabián fue dando a sus compañeros las cargas de explosivos y las colocó en distintos lugares estratégicos del edificio.

Cuando estaban de camino al aeródromo por el sinuoso camino, se produjeron las explosiones.

La operación había sido rápida y eficaz.

Metieron con cuidado la camilla dentro del avión y enseguida el médico y la enfermera atendieron a Hassena.

Se despidieron rápidamente de David.

Óscar se apresuró a entrar en la cabina. Todos se abalanzaron al interior de la parte trasera. El rugido del motor tomó fuerza y la turbina arrancó. El helicóptero estaba listo para despegar.

Laura dio un fuerte abrazo a David y le besó en la mejilla.

—Cuídate mucho —lo dijo en tono serio y solemne, comprendiendo que podía ser aquella ocasión la última vez que se vieran con vida.

David sonrió.

—Tú también. —Cuando Laura se alejó hacia el helicóptero, él gritó—: Dale recuerdos a Julián.

Ella se giró y agitó una mano en el aire.

Tom cerró la puerta lateral. Laura miró hacia abajo durante el ascenso. El aparato ladeó hacia la derecha y volaron en dirección a la costa francesa, donde repostarían y continuarían el viaje hasta Madrid.

El Gulfstream no tardó en despegar del aeródromo, de regreso a la India.

Durante el vuelo, el médico confirmó a David que Hassena estaba fuera de peligro, pero sí que sufría importantes efectos dañinos debido a la fuerte dosis de sedantes que le habían suministrado durante el breve cautiverio.

Finalmente aterrizaron en Bombay. Una furgoneta les esperaba a pie de pista. No había ningún distintivo exterior que indicara que era en verdad una ambulancia.

Los especialistas que atendieron a Hassena aseguraron a David que su corazón no estaba fuerte y, por tanto, necesitaba cuidados especiales y continuos durante una semana como mínimo.

Pronto su salud se restablecería y comenzaría a diseñar un plan para castigar a los culpables. La venganza que se cerniría irremediablemente sobre ellos sería categórica.

EPÍLOGO

Al llegar a su apartamento, David se tumbó sobre la cama, puso su alarma mental a las cinco de la mañana y se durmió al instante.

Se despertó a la cuatro de la mañana. Ya no podía dormir más. Se metió debajo de la ducha.

«¿Qué día es hoy?», se preguntó. Se acordó de cuando era un crío y en España vivía sin importarle qué día de la semana era, porque todos los días era feliz jugando. Ah, bueno, excepto los domingos, cuando le forzaban a meterse en la bañera, a echarle vinagre caliente en el pelo frotando el cabello con energía, porque decían que mataba a los piojos, y a acostarse temprano porque al día siguiente había colegio.

Cómo le hicieron odiar los domingos, las clases, los profesores y toda aquella enseñanza robotizada que los docentes se esforzaban en implantar en los más jóvenes, carentes de pensamiento crítico.

Después de vestirse, salió a la calle.

Se tomó un desayuno en uno de los muchos puestos callejeros que estaban abiertos a primera hora de la mañana. Huevos revueltos con *parathas* empapadas de *ghee*.

Luego, mientras se tomaba su primer té masala del día, leyó por encima los periódicos en maratí, en hindi e inglés.

Después fue al garaje a recoger su moto.

Al llegar, vio una Honda y dos Yamaha sin matrículas y modificadas, y dos coches Maruti, también tuneados. Los reconoció al instante. Llamó al mecánico.

—Mohammad, ¿tu hermano Saaved ha montado su espectáculo?

El hombre juntó las palmas de las manos a la altura del pecho.

—Ya me advirtió Hassena *madame* de no dejarte entrar nunca más en *Maut ka kuan*.

«El pozo de la muerte», o *Maut ka kuan*, era el espectáculo que el hermano de Mohammad exhibía en algunas ferias ambulantes en los suburbios y en los pueblos del interior de la India. David había participado en algunas ocasiones. Hassena se enteró y se lo prohibió, debido al peligro que conllevaba.

Consistía en la temeraria conducción de motos y coches dentro de un enorme cilindro con forma de barril. Los conductores van a toda velocidad, a más de sesenta kilómetros por hora, a lo largo de la pared vertical, realizando acrobacias, manteniéndose unidos al suelo de tablas de madera gracias a la fuerza centrífuga y a la fricción.

El público se sitúa en la parte superior del cilindro, mirando el espectáculo hacia abajo. Los conductores comienzan desde el fondo y, conforme dan círculos, aumentando la velocidad, se sitúan en el centro del cilindro y van ascendiendo y manteniéndose horizontalmente al suelo.

Normalmente conducen en el sentido de las agujas del reloj. Las motos suelen ser Yamaha u Honda, y los coches, la antigua versión de Maruti 800. Los participantes en ocasiones no suelen llevar cascos ni ninguna protección especial; simplemente, visten ropa casual, camisetas y pantalones vaqueros.

El público suele alargar los brazos hacia abajo a través de la plataforma construida alrededor de la circunferencia de la estructura, sosteniendo billetes de rupias. Entonces, los pilotos, mientras conducen en círculos, van ascendiendo y agarrando a toda velocidad el dinero. Incluso los conductores cambian a ritmo vertiginoso de coches a motos y viceversa, haciendo el espectáculo aún más peligroso.

—No se enterará. Yo me hago responsable.

Mohammad le mantuvo la mirada un instante y frunció el ceño.

—Está bien. Pero como la última vez, solo con la moto, no con el coche. Y no subes hasta arriba. Circulas por la mitad del pozo. Y con la cara tapada.

—Venga, hombre. No me pongas condiciones.

—Me juego mucho, David. Si Hassena se llegara a enterar, podría prohibir a mi hermano montar el espectáculo en toda Maharastra. Y sería yo el culpable. —Levantó los brazos al aire, mostrando su negocio—. ¿Y qué sería de mi taller? No quiero regresar a mi pueblo de Bihar.

David alzó un pulgar al aire y le guiñó un ojo.

—De acuerdo, solo con la moto y por la mitad del pozo. Pero que sea la Yamaha.

El mecánico refunfuñó y asintió.

—Vale, se lo diré a mi hermano.

Era de noche. La feria estaba muy concurrida de gente, haciendo uso de las diversas atracciones ambulantes, las tómbolas, las casetas de tiro, los puestos de comida rápida y de algodón de azúcar.

Los hombres encargados del «pozo de la muerte» eran delgados, morenos y llevaban todos el cabello cortado y cuidado como si fueran celebridades. Uno de ellos lo tenía parcialmente teñido de rubio y largo hasta los hombros.

—¿Quieres agua? —le dijo a David una mujer joven, con la cara muy maquillada, ofreciéndole una botella de agua mineral fría; vestía una camiseta de tirantes con colores vivos y una falda con lentejuelas. Ella era la encargada de anunciar el espectáculo por el micrófono.

David se echó un chorro de agua por la nuca, tomó un sorbo y le devolvió la botella.

Él tenía la necesidad de calmar su mente, relajarla. Quería evadirse de los problemas, de los pensamientos relacionados con su vida en la India, de su compromiso de acabar con el misterioso Paladin, quienquiera que fuera, de la venganza que le ordenaría Hassena acatar contra los culpables de su secuestro.

—David, a mi señal sales de la pista —dijo un hombre revisando por última vez la moto Yamaha.

Otro le dijo riendo a la vez que arrancaba su Honda.

—A ver si vas a salir volando con la moto y tenemos un disgusto.

Saaved, el dueño del espectáculo, apareció. Iba repeinado hacia atrás, llevaba pendientes en las orejas y vestía como si hubiera salido de una sala de baile con música disco en los años setenta: pantalones acampanados con estrellas bordadas y camisa roja carmín con pico largo. Le dio un antifaz para cubrir parte de su rostro.

—Toma —le dijo—. Como la última vez.

David sonrió satisfecho.

—Como la última vez —repitió.

A los pocos minutos, David se encontraba dando círculos a alta velocidad.

La estridente música disco en hindi bullía de los altavoces. Era una explosión de brillo y energía nacida entre los años 70 y 80, con sabor a Bollywood. Bappi Lahiri sonaba como un eco dorado del pasado. Remixes de canciones antiguas. Es fiesta, es nostalgia, es la India abrazando el ritmo global con su propio acento.

La joven hablaba por el micrófono explicando la audacia de los conductores.

Por encima de David, dos hombres conducían sus motos, riendo, agarrando el dinero que el público les ofrecía y haciendo malabarismos en los asientos.

David Ribas había logrado sobrevivir una vez más, pero su mujer y sus amigos habían muerto durante el tiempo que él estaba en la India. Hubo un momento en que creyó haber tenido suerte por seguir vivo, y que debía hacerlo no solo por sí mismo, sino para mantener vivo el recuerdo de su esposa.

Pronto se dio cuenta de que estaba equivocado: no había nada afortunado en su supervivencia; nada justificaba lo que había tenido que soportar.

Con la muerte de su mujer embarazada nada más llegar a la India, su mundo había quedado destrozado. Y cuanto más intentaba

controlar sus pensamientos y estado emocional, más frenéticos e inquietos se volvían.

Tenía la obligación, la responsabilidad, de perseverar en la India hasta que llegara su fin. Podía continuar adaptándose a la idiosincrasia del país y superarla, o consumirse y morir.

Quizá el mundo no era ni blanco ni negro. Quizá nunca lo había sido y todo fuera un embrollo donde las personas se limitaban a actuar de la mejor manera posible.

Había matado y seguiría matando a villanos. Pero el mundo seguía, la vida continuaba, el tiempo transcurría inexorablemente y siempre había algún malvado que sustituía al anterior. Después de Paladin, ¿quién vendría? Alguien igual o peor.

David Ribas era consciente de que si las personas valerosas se quedaban con los brazos cruzados, los malos ganarían, y él no iba a permitirlo.

Le vinieron a la mente las palabras del padre Gabriel de la conversación que mantuvieron sobre la dificultad de sobrevivir en la India siendo extranjeros: «Es difícil apañártelas por uno mismo en una sociedad radicalmente distinta a la nuestra. Cuando eres ajeno al sistema. Sin embargo, tú eres la persona más extraordinaria que conozco, capaz de seguir adelante en este inmenso caos. No temas, David. En medio de este caos suelen surgir, de muy hondo, destellos de luz que nos conectan con la esencia, con el amor en estado puro».

Y, en otra ocasión, le dijo: «Nuestras acciones tienen consecuencias, David, y aunque tratemos de escapar de ellas, nunca podremos liberarnos completamente de la carga que llevan. La vida nos enseña que la responsabilidad de lo que hacemos siempre recae sobre nosotros y no podemos huir».

Ahora, mientras el aire golpeaba su rostro y enmarañaba su cabello, sintió una experiencia sensorial única, de euforia. Se soltó del manillar y extendió los brazos en forma de cruz, alzando la mirada hacia el cielo mientras controlaba la motocicleta con las piernas apretadas a la moto dando círculos y círculos alrededor del «pozo de la muerte». Solo podía oír la música que tronaba a través

de los altavoces reventados que se empecinaban en poner a todo volumen.

Los conductores que circulaban a toda velocidad sobre él rieron con su pericia. La joven mujer le vitoreaba por el micrófono. Saaved, asustado, se llevaba las manos a la cabeza por si sucedía un accidente. Y el público, lleno de júbilo, aplaudía, le señalaba, le silbaba y le miraba con entusiasmo.

Cuentan que poco antes de morir tu vida pasada circula por tu mente en una especie de *revival* a toda velocidad, como si de una película se tratara, como si pudieras verte a ti mismo antes de desaparecer para siempre.

Algo así debió de suceder a David Ribas en aquel instante de su vida, en aquella velocidad de urgencia, en aquel «pozo de la muerte».

Pero a él todavía le quedaban muchas cosas por hacer. Su existencia no haría sino ponerse más emocionante.

Estaba demasiado enfadado para morir.

Y la vida continuaría.

NOTA AL LECTOR

Te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

Para mí es de suma importancia, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer
24 HORAS PARA MORIR EN LA INDIA

David Ribas volverá en
ESPIONAJE SE ESCRIBE CON SANGRE



Muchas gracias.

Alfredo

NOTA DEL AUTOR

En esta novela, como en el resto de la serie protagonizada por David Ribas, he intentado priorizar la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes con cuerpo y alma.

Al fin y al cabo, para que mis historias sean lo más emocionantes posible, he usado los recursos propios de un novelista.

Lugares, organizaciones de inteligencia, personajes o tramas son licencias artísticas, ficción, fruto de la imaginación.

Confío en que los lectores disfruten de la lectura tanto como yo lo he hecho escribiendo esta nueva entrega de la serie David Ribas.

Alfredo

Web del autor en
Amazon España



AGRADECIMIENTOS

No me hubiera sido posible encontrar la motivación, los medios o el tiempo para escribir esta historia sin el apoyo de los lectores de la serie David Ribas. 24 HORAS PARA MORIR EN LA INDIA es la vigésima cuarta entrega. Espero poder seguir ofreciendo más novelas interesantes en adelante.

Mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela.

Gracias a ti, querido lector, por compartir conmigo este vínculo tan especial.

Gracias por hacer posible una nueva andadura de David Ribas.

Alfredo

ÍNDICE

Créditos
Prefacio

I. UN PRODUCTOR DE CINE, UN SECUESTRO Y DOS INTENTOS DE ASESINATO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

II. UNA SERIE DE MUERTES MISTERIOSAS
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

III. ASESINATOS SELECTIVOS
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

IV. UNA MISIÓN DE RESCATE

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Epílogo

Nota al lector
Nota del autor
Agradecimientos